

MERCADERES DEL ESPACIO

Frederik Pohl & Cyril M. Kornbluth

Aquella mañana, mientras me vestía, repasé mentalmente la larga serie de estadísticas, omisiones y exageraciones, que los miembros del directorio esperaban descubrir en mi informe. Mi departamento —Producción— había sido ferozmente atacado por una plaga de renuncias y enfermedades, y ya se sabe que sin gente no es posible hacer el trabajo. Pero la mesa directiva no me iba a aceptar esta excusa.

Me froté la cara con jabón depilatorio y me la enjuagué con un hilito de agua dulce. Un derroche, es verdad; pero el agua salada me irrita la piel, y al fin y al cabo pago mis impuestos.

No había acabado de secarme los últimos restos de jabón, cuando el hilo de agua dejó de salir. Lancé unas cuantas maldiciones y terminé de lavarme con agua salada. Últimamente estas cosas sucedían a menudo. La gente acusaba de sabotaje a los consistas. La Compañía Neoyorquina de Suministro de Agua, S. A., había sido investigada en varias ocasiones, pero nada se había descubierto.

El transmisor de las primeras noticias del día, ubicado sobre mi espejo de afeitarse, me atrajo unos instantes. El discurso del Presidente, pronunciado la noche anterior; una rápida ojeada al brillante cohete de Venus, instalado en las arenas de Arizona; los tumultos de Panamá...

La señal que marca los cuartos quebró la onda de sonido. Apagué el receptor. Llegaría tarde otra vez. Con lo cual, indudablemente, no iba a ablandar al directorio.

Gané unos cinco minutos poniéndome la camisa del día anterior, en vez de buscar una limpia, y dejando que el desayuno se me enfriara y empastara sobre la mesa. Pero perdí esos cinco minutos tratando de comunicarme por teléfono con Kathy. No contestaba.

Llegué atrasado a la oficina.

Afortunadamente —y sorprendentemente— Fowler Schocken llegó también atrasado.

Fowler tiene la costumbre de citar a la mesa directiva quince minutos antes de la hora de entrada habitual. A los empleados de administración y a las estenógrafas se les ponen los nervios de punta, pero Fowler se siente muy cómodo. Fowler pasa todas las mañanas en la oficina, y las mañanas comienzan para él con la salida del sol.

Hoy, sin embargo, tuve tiempo de recoger, antes de que comenzara la reunión, el informe preparado por mi secretaria. Cuando Fowler Schocken entró en la sala de conferencias, excusándose cortésmente por su tardanza, yo ya estaba ubicado en mi asiento, en uno de los extremos de la mesa; bastante tranquilo, y tan seguro de mí mismo como puede razonablemente estarlo un socio de Fowler Schocken.

—Buenos días —dijo Fowler, y los once le contestamos con el estúpido murmullo de costumbre.

No se sentó enseguida; se quedó mirándonos paternalmente durante casi un minuto y medio, y luego, con el aire de un turista en Xanadú, paseó por la sala una mirada complacida y atenta.

—He estado pensando en nuestra sala de reuniones —dijo, y todos miramos a nuestro alrededor.

La sala de reuniones no es ni muy pequeña ni muy grande; de unos cuatro por cinco. Pero es fresca, tiene buena luz y un mobiliario imponente. Unos frisos animados ocultan ingeniosamente los ventiladores; las alfombras son tupidas y suaves, y todos los muebles están enteramente contruidos con madera de árbol: auténtica, genuina, garantizada.

—Tenemos una hermosa sala, señores —continuó Fowler Schocken—. No en vano nuestra agencia de publicidad es la más importante de Nueva York. El valor de nuestros avisos supera en un megadólar a todos los otros.

Y añadió, paseando su mirada por nuestras caras:

—Es innegable que le sacamos buen provecho. Creo que ninguno de los presentes tiene una casa de menos de dos habitaciones —me guiñó un ojo—. Ni siquiera los

solteros. Yo tampoco puedo quejarme; mi casa de verano mira hacia uno de los mejores parques de Long Island. No he probado una sola proteína sintética durante estos últimos años: me alimento de carne, y cuando quiero dar un paseo pedaleo mi Cadillac. El lobo aúlla muy lejos de mi puerta. Y creo que todos ustedes podrían decir más o menos lo mismo. ¿No es cierto?

La mano del director de Investigaciones del Mercado se alzó en el aire y Fowler le preguntó, señalando con un movimiento de cabeza:

—¿Sí, Mathews?

Matt Runstead sabe perfectamente de qué lado está untado el pan. Lanzó a su alrededor una mirada de desafío.

—Sólo deseo dejar constancia de que estoy en un todo de acuerdo con el señor Schocken. En un cien por cien. Sí, señor —dijo, y castañeteó los dedos.

Fowler Schocken saludó con una inclinación de cabeza.

—Gracias, Mathews.

Y era sincero. Se quedó callado unos instantes y luego continuó:

—Nadie ignora cómo hemos llegado hasta aquí. Recordarán ustedes, el triunfo de Astromejor Verdadero y cómo levantamos a Indiastrias. El primer trust esférico. Todo un subcontinente transformado en una sola unidad industrial. La Sociedad Schocken fue la promotora de ambos negocios. Nadie puede decir que nos dejamos llevar por la marea. Pero eso es asunto viejo... ¡Señores! Quiero hacerles una sola pregunta. Y contéstenme sinceramente: ¿estamos aflojando?

Schocken examinó lentamente, uno por uno, todos nuestros rostros, sin hacer caso del bosque de manos levantadas. Y —Dios me perdone— yo también levantaba la mano. Fowler señaló al hombre más próximo.

—Usted primero, Ben.

Ben Winston se incorporó y comenzó a decir con una voz abaritonada:

—En lo que se refiere a Antropología Industrial, ¡no! Escuche el informe de hoy. Ya lo encontrará en el boletín del mediodía, pero permítame que le ofrezca un resumen.

»Según las últimas estadísticas, en todas las escuelas primarias situadas al este del Mississippi ya se está empaquetando el lunch escolar de acuerdo con nuestras instrucciones. Las croquetas de soja y los biftecs regenerados —y todos los que rodeaban la mesa se estremecieron al pensar en las croquetas de soja y los biftecs regenerados— se distribuyen en envases de color verde, un verde idéntico al de los productos Universal. Pero los caramelos, los helados y la ración de cigarrillos Colillitas están envueltos en el brillante color rojo de los productos Astromejor Verdadero. Cuando los niños crezcan... —Winston dejó de mirar sus notas y nos lanzó una ojeada triunfal—. Según nuestros cálculos, señores, de aquí a quince años los productos Universal estarán en quiebra, en la ruina, ¡fuera del mercado!

Winston se sentó en medio de una salva de aplausos. Schocken aplaudió y nos miró satisfecho. Yo me incliné hacia adelante con la Expresión Uno (Voluntad, Inteligencia, Eficacia) pintada en mi rostro. Pero me molesté inútilmente. Fowler señaló con una mano al hombre que seguía a Winston, Harvey Bruner.

—No tengo que recordarles, señores, que la sección Ventas tiene problemas verdaderamente únicos —dijo Harvey, hinchando sus delgadas mejillas—. Juro que en ese maldito gobierno se han infiltrado consistas.

»Ya lo sabrán ustedes: las emisiones subsónicas de nuestra propaganda auditiva han sido declaradas fuera de la ley... Pero hemos devuelto el golpe, y estamos lanzando al público unas palabras claves, íntimamente relacionadas con los traumas y las neurosis de la vida norteamericana moderna. Ellos hicieron caso a los fanáticos de la seguridad, y nos impidieron proyectar nuestros anuncios en las ventanillas de los vehículos aéreos. Pero también esta vez devolveremos el golpe. El laboratorio me informa —exclamó, señalando

al director de investigaciones— que muy pronto ensayaremos un sistema que proyecta directamente el anuncio en la retina del ojo.

»Y no sólo esto, señores. Avanzamos en toda la línea. Sólo como un ejemplo quiero mencionarles el programa Mascafé —Harvey se interrumpió—. Perdóneme, señor Schocken —dijo en voz baja—. ¿Los miembros de la sección Seguridad han registrado recientemente esta sala?

Fowler Schocken asintió con un movimiento de cabeza.

—Nada en absoluto, Harvey. Sólo los micrófonos de costumbre: los del Departamento de Estado y los de las Cámaras de Representantes. Pero alimentamos los micrófonos con una conversación ya preparada.

Harvey se tranquilizó.

—Bueno, acerca de este Mascafé. Estamos distribuyéndolo en quince ciudades. Una reserva de Mascafé para tres meses, mil dólares en efectivo y una semana en las playas de la Liguria. Pero (y esto es verdaderamente grandioso) cada muestra de Mascafé contiene tres miligramos de alcaloides. Algo inofensivo, pero después de diez semanas el consumidor queda atado para toda la vida.

»Una cura le costaría cinco mil dólares por lo menos, de modo que le resulta más fácil seguir tomando Mascafé. Tres tazas en cada comida y una jarra al lado de la cama para beber durante la noche, tal como se aconseja en la etiqueta del frasco.

Fowler Schocken resplandeció y yo me sumergí otra vez en Expresión Uno. Cerca de Harvey se sentaba Tildy Mathis, jefe de personal, nombrada por el mismo Fowler Schocken. Pero en las reuniones de la mesa directiva no hablan las mujeres, y después de Tildy estaba yo.

Comencé a preparar mis observaciones preliminares, pero Fowler Schocken me hizo sentar con una sonrisa.

—No pediré un informe a cada una de las secciones. No hay tiempo para eso. Pero ustedes, señores, me han dado su respuesta. Una respuesta que me complace. Aceptan ustedes todos los desafíos. Y ahora...

Apretó uno de los botones de su tablero, e hizo girar su silla en redondo. Las luces de la sala se apagaron. Sobre la cabeza de Schocken, el Picasso proyectado en la pared se desvaneció revelando una pantalla jaspeada en la que empezó a formarse una imagen.

Era algo que yo había visto aquella misma mañana, sobre mi espejo de afeitarse: el cohete de Venus. Un monstruo de 300 metros de largo, el hijo inflado de la legendaria bomba V-2 y de los anticuados y rechonchos cohetes a la Luna. Alrededor del cohete se veía un andamio de acero y aluminio con unas figuritas que manejaban unas minúsculas llamas autógenas de color blanco y azul. La imagen había sido registrada, indudablemente, hacia ya algún tiempo. Mostraba al cohete tal como había estado semanas o meses atrás, en una de las primeras etapas de su construcción, no ya listo para despegar tal como se me había aparecido esa mañana.

Desde la pantalla surgió una voz que declaró triunfal e inexactamente:

—¡Esta es la nave que llegará a las estrellas!

Reconocí enseguida la voz de tonos de órgano de uno de los comentaristas de la sección Efectos Auditivos e identifiqué fácilmente el libreto como obra de una de las redactoras de Tildy. El talentoso descuido que confundía a Venus con una estrella tenía que proceder de las oficinas de esa mujer.

—¡Esta es la nave que un nuevo Cristóbal Colón conducirá a través del vacío! —decía la voz—. ¡Seis millones y medio de toneladas de acero inoxidable y de rayos arrebatados al cielo! Una nueva arca para mil ochocientos hombres y mujeres, y todo lo necesario para convertir un nuevo mundo en un nuevo hogar.

»¿Qué hombres irán a él? ¿Qué pioneros afortunados arrancarán unas riquezas imperiales al suelo fértil de ese novísimo mundo? Voy a presentárselos. Un hombre y su esposa, dos de los intrépidos...

Y la voz siguió así unos instantes. La imagen del cohete se transformó en un espacioso cuartito suburbano. El marido estaba doblando la cama y metiéndola en la pared, y sacando el biombo que separaba el rincón de los padres del rincón de los hijos; la madre sintonizaba el desayuno y armaba una mesa. Por sobre los jugos del desayuno y las pastas para niños (y por sobre los tazones humeantes de Mascafé, como es natural) los miembros de la familia se hablaban persuasivamente unos a otros, tratando de convencerse de lo hábiles y valientes que habían sido al reservar pasajes para Venus.

Y la pregunta final del más pequeño de los charlatanes (Mamita, cuando yo sea grande, ¿podré llevar a mis nenitos a un lugar tan lindo como Venus?) dió paso a una serie de vistas, verdaderamente llenas de imaginación, de un Venus futuro: valles verdeantes, lagos de cristal, resplandecientes montañas.

El comentario no negaba las décadas de cultivos hidropónicos y de vida en cabañas herméticas que esos pioneros tendrían que soportar en la irrespirable y anhídrica atmósfera de Venus. Pero tampoco hablaba de ellas.

Al comenzar la película, yo había apretado, casi inconscientemente, el botón de mi cronómetro. Cuando la película terminó, miré la esfera. Nueve minutos. Tres veces más larga que lo permitido por la ley, y un minuto más que nuestras propias películas. Sólo cuando volvieron las luces, se encendieron los cigarrillos, y Fowler Schocken retomó su charla estimulante, comencé a comprender.

Fowler se dirigió a nosotros con ese estilo vibrante y lleno de circunloquios que forma ya parte indisoluble de nuestra profesión. Nos recordó la historia de la publicidad. En un principio sólo se trataba de vender productos manufacturados. Un trabajo de niños. Actualmente, y con el fin de satisfacer las necesidades del comercio, creábamos nuevas industrias y remodelábamos las costumbres. Volvió a repetirnos lo que nosotros, la Sociedad Fowler Schocken, habíamos alcanzado a lo largo de nuestra expansiva carrera, y luego dijo:

—Alguna vez hemos comparado el mundo, señores, con un plato de comida. Hemos demostrado varias veces la exactitud de nuestra afirmación. Pero ya no hay más comida en el plato —aplastó cuidadosamente su cigarrillo—. Nos hemos comido hasta los últimos restos. Hemos literalmente conquistado el mundo y, como Alejandro, lamentamos que no haya más que conquistar. Pero he ahí —y señaló la pantalla a sus espaldas— un mundo nuevo.

Matt Runstead nunca me gustó, como ya lo habrán advertido. Es un Paul Pry capaz de instalar toda una red de micrófonos aun dentro de nuestra misma compañía. Debía de estar enterado del Proyecto Venus; de otro modo no hubiese podido espetarnos el discursito que viene a continuación. La educación de los reflejos no da para tanto. Mientras los demás aún tratábamos de digerir lo que Fowler nos había dicho, Runstead, ya de pie, exclamaba:

—Caballeros, esto es en verdad la obra de un genio. Ya no se trata de la India. Ya no se trata de algo simple y cómodo. Todo un planeta para vender. ¡Yo te saludo, Fowler Schocken, el Clive, el Bolívar, el Juan Jacobo Astor de un nuevo mundo!

Matt fue el primero, como ya he comentado; todos los demás nos fuimos levantando por turno y dijimos más o menos lo mismo. Incluso yo. Lo estaba haciendo desde hacia mucho. Kathy no lo entendía, y yo había tratado de explicarle que era algo así como romper una botella de champaña en la proa de un barco o sacrificar una virgen al iniciarse las cosechas. La analogía era bastante exacta, pues no creo que ninguno de nosotros, excepto quizá Matt Runstead, alimentase al mundo con derivados de opio sólo por el dinero. Al oír a Fowler Schocken, y al hipnotizarnos a nosotros mismos con nuestras

respuestas antifonales, nos sentíamos capaces de hacer cualquier cosa en honor del dios de las Ventas.

No quiero decir que fuésemos criminales. Los alcaloides contenidos en el Mascafé eran, como lo había dicho Harvey, casi inofensivos.

Cuando terminamos de hablar, Fowler apretó otro botón y nos mostró la imagen de un mapa. Cuidadosamente nos explicó todas sus partes. Nos presentó cuadros, diagramas y gráficos de la nueva sección de la Sociedad Fowler Schocken, sección encargada del desarrollo y la explotación del planeta Venus. Resumió rápidamente los fastidiosos cabildeos preliminares en el Congreso (conversaciones en los pasillos y búsqueda de votos) que nos habían permitido obtener el derecho exclusivo de aplicar y recolectar impuestos entre los colonizadores de Venus. Y entonces comencé a entender por qué podíamos usar, sin ningún peligro, un anuncio de nueve minutos de duración.

Fowler explicó cómo el gobierno (es curioso que nos refiriéramos a esa cámara de compensación de influencias como si aún fuese una entidad independiente), cómo el gobierno, repito, quería que Venus fuese un planeta norteamericano, y cómo había elegido nuestro singular talento publicitario para realizar esa idea. Mientras Fowler hablaba, todos fuimos contagiándonos con su entusiasmo. Envidié al hombre que iría a dirigir el proyecto Venus. Cualquiera de nosotros se hubiese sentido orgulloso.

Fowler nos habló también de las dificultades que habíamos tenido con el senador por Productos Químicos Duont, con sus cuarenta y cinco votos, de nuestro fácil triunfo sobre el senador por la Nash Kelvinator, con sus seis votos, y citó luego orgullosamente una frustrada demostración de los consistas contra la Sociedad Fowler Schocken, demostración que había sublevado al entusiasta secretario del Interior.

La sección Ayuda Visual había realizado un hermoso trabajo, pero ya llevábamos casi una hora mirando los mapas y dibujos y escuchando los planes y las hazañas de Fowler.

Finalmente, Fowler Schocken apagó el proyector y dijo:

—Bien, ahí la tienen. Esa es nuestra nueva campaña. Y comienza en este mismo instante. Sólo tengo que hacer un pequeño anuncio y nos pondremos en seguida al trabajo.

Fowler Schocken es todo un artista. Buscó una hojita de papel y leyó en ella una frase que el más tonto de nuestros cadetes hubiese podido repetir de memoria.

—El jefe de la sección Venus —leyó— será Mitchell Courtenay.

Y ésa fue la mayor de todas las sorpresas. Porque Mitchell Courtenay soy yo.

2

Como me demoré unos minutos con Fowler mientras los otros volvían a sus puestos, y además el ascensor emplea unos segundos en descender hasta mi oficina, situada en el piso ochenta y seis, me encontré al entrar con que Hester estaba ya limpiando mi escritorio.

—Felicitaciones, señor Courtenay —me dijo—. Nos mudamos al piso ochenta y nueve, ¿no es maravilloso? ¡Y yo tendré mi propia oficina!

Le di las gracias y tomé el teléfono. Ante todo tenía que reunir a mi gente y luego entregar las riendas de la sección Producción; le tocaba el turno a Tom Gillespie. Pero primero telefoneé a casa de Kathy.

No contestaba; así que llamé a los muchachos. Los muchachos se mostraron adecuadamente tristes porque yo me iba, y adecuadamente contentos porque todos avanzaban un poco. Y así llegó la hora de almorzar, así que dejé el problema Venus para las primeras horas de la tarde.

Llamé por teléfono, comí rápidamente en el restaurante del edificio, descendí en el ascensor hasta el tren subterráneo y recorrí en él un kilómetro y medio hacia el sur. Al

salir del subterráneo me encontré al aire libre, por primera vez en aquel día. Busqué en mis bolsillos los taponos antihollín, pero no llegué a ponérmelos. La lluvia reciente había lavado un poco el aire. Era un verano húmedo y caluroso. Las hordas que se apretaban en las aceras estaban tan ansiosas como yo de volver a sentirse bajo techo. Atropellando a la gente, me metí en un vestíbulo.

El ascensor me llevó hasta el piso catorce. Era un edificio anticuado, con un acondicionamiento de aire bastante imperfecto. Sentí un escalofrío; tenía las ropas húmedas. Se me ocurrió que podía valerme de esta excusa, pero lo pensé mejor y decidí llevar adelante mi viejo plan.

Cuando entré en el consultorio, una muchacha de uniforme blanco y almidonado alzó la vista y me miró.

—Mi nombre es Silver —le dije—. Walter P. Silver. Me están esperando.

—Si, señor Silver —recordó la muchacha—. Su corazón. Un caso urgente.

—Eso es. Claro que puede ser de origen psicosomático. Siento una...

—Claro —me señaló una silla—. La doctora Nevin lo atenderá inmediatamente.

Pasaron diez minutos. Una joven salió del consultorio, y entró el hombre que esperaba desde antes que yo. Al fin terminaron con el hombre. La enfermera me dijo:

—¿Quiere entrar, señor Silver?

Entré. Kathy, muy elegante y muy hermosa, vestida con una bata de médico, guardaba en ese momento una hoja clínica en un cajón de su escritorio. Se enderezó y exclamó al verme:

—¡Oh, Mitch! —parecía disgustada.

—Sólo dije una mentira —repliqué—. Di un nombre falso. Pero es un caso urgente, de veras. Y se trata de mi corazón...

En su rostro se insinuó una sonrisa que no llegó a formarse del todo.

—Pero no como caso médico —me contestó.

—Le dije a la enfermera que quizá era algo psicosomático. Y sin embargo me hizo pasar.

—Ya hablaré con ella. Mitch, ya sabes que no puedo verte en horas de trabajo, así que por favor...

Me senté muy cerca de su escritorio.

—Nunca puedes verme, Kathy. ¿Qué pasa?

—Nada. Por favor, vete, Mitch. Tengo mucho trabajo.

—Nada es más importante que esto, Kathy. He estado llamándote toda la noche y toda la mañana.

Kathy, sin mirarme, encendió un cigarrillo.

—No estaba en casa.

—No, no estabas.

Me incliné hacia adelante, le saqué el cigarrillo de la boca y soplé sobre él. Kathy tosió, se encogió de hombros, y tomó otro cigarrillo.

—Creo que puedo preguntarle a mi esposa donde pasa su tiempo, ¿no es cierto?

Kathy estalló:

—Maldita sea, Mitch. Bien sabes que...

Sonó el teléfono. Kathy cerró un momento los ojos y luego, reclinándose en su silla, levantó el auricular y miró hacia el otro extremo del cuarto. Durante unos instantes fue sólo un médico que tranquiliza a un enfermo. Cuando terminó la conversación, ya se había dominado totalmente.

—Por favor, vete —dijo, aplastando su cigarrillo.

—No hasta que me digas cuando puedo volverte a ver.

—No tengo tiempo, Mitch. Y no soy tu esposa; no tienes derecho a molestarme. Podría hacerte arrestar.

—Mi certificado ya está legalizado —le recordé.

—El mío no. No lo estará jamás. A fin de año habremos terminado, Mitch.

—Tengo algo que contarte.

Kathy fue siempre una mujer curiosa. Guardó silencio durante unos minutos y al fin, en vez de pedirme otra vez que me fuera, me preguntó:

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Algo magnífico, Kathy. Merece que lo festejemos. No es sólo una excusa. Por favor, Kathy... Prometo no hacerte ninguna escena.

—... No.

Pero había dudado. Insistí.

—Por favor...

—Bueno... —Mientras Kathy pensaba, volvió a sonar el teléfono—. Está bien, Mitch. Llámame luego a casa. A las siete. Ahora deja que atienda a mis enfermos.

Levantó el aparato. Salí del consultorio cuando Kathy comenzaba a hablar. No me miraba.

Cuando entré en su oficina, Fowler Schocken, inclinado sobre el escritorio, estudiaba de cerca la última edición del Semanario de Tauton. La revista centelleaba a todo color. Las apretadas moléculas de sus tintas recogían los fotones a gotas y los soltaban en cascadas. Fowler sacudió ante mi aquellas páginas brillantes y me preguntó:

—¿Qué te parece esto, Mitch?

—Propaganda barata —le contesté rápidamente—. Si descendiéramos a fomentar una revista como ésa... Bueno, yo renunciaría. Un recurso muy vulgar.

—Hum —murmuró Fowler.

Puso la revista boca abajo. Las fulgurantes tintas lanzaron un último chisporroteo, y faltas de su fuente de luz, se apagaron totalmente.

—Sí, es vulgar. Pero no podemos negarle iniciativa a Tauton. Sus anuncios tienen ahora dieciséis millones de lectores. Lectores que serán clientes de Tauton. Y espero que eso de la renuncia no haya sido en serio, Mitch. Acabo de darle el visto bueno a Harvey. Editaremos Schock. La primera edición aparecerá en el otoño, con un tiraje de veinte millones.

Fowler levantó una mano misericordiosa como para cortar mis tartamudeantes explicaciones.

—No. Comprendo lo que quisiste decirme. Eres enemigo de la propaganda barata. Yo también. Tauton resume a mi entender todo lo que impide que la publicidad ocupe el lugar que le corresponde junto a la religión, la medicina y el derecho. Tauton es capaz de emplear todas las triquiñuelas: desde sobornar a un juez hasta robar a un empleado. De ese hombre, Mitch, tienes que cuidarte.

—¿Porqué? Quiero decir, ¿por qué yo en especial?

Schocken rió entre dientes.

—Porque le robamos Venus, por eso mismo. Te he dicho que es un hombre emprendedor. Tuvo la misma idea que yo. El gobierno tardó en concedernos la paternidad del asunto.

—Entiendo —dije.

Y entendía. Nuestro gobierno representativo no fue nunca tan representativo. No necesariamente representativo per cápita, sino ad valorem. Si a usted le gustan los problemas filosóficos, aquí tiene uno: los votos de todos los ciudadanos, ¿tendrían que valer lo mismo, como opinan los tratados de derecho, y como deseaban, según dicen algunos, los fundadores de la Nación? ¿O el valor del voto dependerá de la sabiduría, el poder y la influencia... es decir, el dinero del votante? Este problema filosófico es suyo, no mío, ¿me entiende? Yo soy un hombre práctico que está enrolado en las filas de Fowler Schocken. Pero algo me preocupaba.

—¿No tratará Tauton de... bueno, de intervenir directamente?

—Oh, sí; tratará de robarnos la idea.

—No es eso lo que quiero decir. ¿Recuerda usted lo que pasó en la Antártida?

—Estuve allí. Tuvimos ciento cuarenta bajas. Pero quién sabe cuántas tuvieron ellos.

—Y sólo se trataba de un continente. Tauton se toma las cosas muy en serio. Si nos declaró la guerra por unas tierras piojosas y heladas, ¿qué no hará por un planeta?

Fowler dijo pacientemente:

—No, Mitch, no se atreverá. Esas luchas son muy costosas. Además, no le damos ningún motivo. Por lo menos, ninguno que tenga valor judicial. Y por otra parte... recibiría una paliza.

—Espero que así sea —dijo más tranquilo.

Créame, soy un fiel empleado de la Sociedad Fowler Schocken. Desde mis días de cadete he tratado de dedicar mi vida «a la Compañía y a las Ventas». Pero los pleitos comerciales, aun en nuestra tranquila profesión, suelen ser una verdadera carnicería.

Unas pocas décadas atrás, una agencia londinense pequeña pero muy activa, le entabló pleito a la sucursal inglesa de la firma B. B. D. & O., dejando con vida sólo a dos Barton y a un Osborn menor de edad. Y se dice que en los escalones del Correo Central, en el sitio en que la Unión Telegráfica del Oeste y la Compañía Americana de Ferrocarriles lucharon por un contrato de correspondencia, se pueden ver todavía algunas manchas de sangre.

Schocken habló nuevamente.

—Hay algo que sí requiere atención: los fanáticos. Proyectos como éste los hacen reaccionar siempre. Todas esas organizaciones chifladas, desde los consistas hasta el G. O. P., van a ponerse en movimiento, en favor o en contra del proyecto Venus. Trata de que todos se pongan a favor.

—¿Aun los consistas? —chillé.

—Bueno, no. No quise decir eso. Sería peligroso —Fowler asintió con un movimiento de cabeza y la luz se reflejó en sus canas—. Hum. Podrías difundir el rumor de que la conquista del espacio y el conservacionismo son intereses diametralmente opuestos. Se consume demasiada materia prima, descende el nivel de vida... ¿te das cuenta? Que en el combustible de los cohetes se emplean compuestos orgánicos que los consistas desearían utilizar como fertilizantes...

Me gusta ver a un experto en acción. En unos pocos minutos, Fowler Schocken me planeó toda una subcampana. Sólo faltaba completar los detalles. Los consistas eran pan comido. Esos fanáticos desorbitados pretendían demostrar que la llamada civilización moderna está saqueando nuestro planeta. Ridículo. La ciencia se adelanta siempre a la escasez de recursos naturales. Cuando la carne fresca comenzó a faltar, aparecieron las croquetas de soja. Cuando disminuyó el petróleo, la técnica del coche de pedales.

Algo oí en otros tiempos de la doctrina de estos hombres. Todos sus argumentos se resumen en uno: la vida natural es la vida verdadera. Tonterías. Si la naturaleza pretendiera que nos alimentásemos solamente de vegetales frescos, no nos hubiese dado la niacina, ni el ácido ascórbico.

Aguanté otros veinte minutos de la inspiradora charla de Fowler, y salí con el descubrimiento que ya había hecho otras veces. Brevemente, y con eficacia, Fowler me había solucionado todos los problemas.

Faltaban los detalles, pero yo conocía mi trabajo.

Venus tenía que ser colonizado por nosotros. Para realizar esta empresa necesitábamos tres cosas. Colonizadores, un vehículo para llevarlos a Venus, y algo en qué ocuparlos cuando estuvieran allí.

Lo primero era fácil, gracias a la publicidad. Los programas televisados de Schocken eran un modelo perfecto; bastaba con imitarlos. Es muy fácil convencer a un cliente de que el pasto que no ve es el más verde. Planeé rápidamente una campaña de prueba de un costo algo inferior a un millón. Más de eso hubiese sido extravagante.

El segundo problema casi no nos concernía. Las naves habían sido diseñadas por tres empresas diferentes, Aviación Republicana, Laboratorios Telefónicos Bell y Aceros USA, contratados para tal efecto por el Departamento de Estado. Nuestra tarea no consistía en hacer posible el viaje, sino en hacerlo deseable. Cuando tu mujer descubriera que no podía cambiar el quemador de la tostadora, porque su pieza de nicromo formaba parte de las turbinas del cohete; cuando el inevitable y disgustado legislador, representante de una minúscula y paralizada compañía, agitara unos documentos de expropiación alrededor de su cabeza y comenzara a hablar de los derroches del gobierno en planes descabellados, entonces entraríamos nosotros. Le diríamos a tu mujer que los cohetes son más importantes que las tostadoras, y le diríamos a la firma representada por el legislador que su campaña era impopular y que reduciría sus beneficios.

Pensé brevemente en una campaña que aconsejase austeridad, pero la rechacé. Perjudicaría nuestros otros negocios. Mejor sería un movimiento religioso, algo que atrajese a los ochocientos millones que se quedarían en tierra. Anoté eso. Bruner podía ayudarme.

Y así llegué al tercer punto. Algo en qué ocupar a los colonizadores de Venus.

Estas eran, como yo bien lo sabía, las miras de Fowler. El dinero que nos pagaría el gobierno por nuestra campaña inicial no era despreciable, pero Fowler Schocken no podía detenerse en esas cuentitas. Queríamos aumentar constantemente nuestra cadena comercial, queríamos que los colonizadores —y sus hijos— contribuyeran con su dinero al crecimiento de nuestra cuenta.

Como es natural, Fowler esperaba repetir, en una escala enormemente aumentada, nuestro suceso Indias. Sus agentes, dirigidos por él mismo, habían organizado el territorio de la India en una sola unidad comercial, en donde todos los productos (desde los canastos tejidos a mano hasta los lingotes de iridio y los paquetes de opio) eran vendidos a través de la propaganda de Fowler Schocken. Ahora haría lo mismo con el planeta Venus. El valor potencial del negocio equivalía al de todo el dinero circulante... ¡Todo un planeta, y del tamaño de la Tierra, tan rico en teoría como la Tierra, y cada micrón, cada miligramo, totalmente nuestro!

Miré mi reloj. Eran cerca de las cuatro. Estaba citado con Kathy a las siete; tenía el tiempo justo. Llamé a Hester para que me reservara un pasaje en el aeroplano para Washington mientras yo llamaba a un número que el mismo Fowler me había facilitado. Se trataba de Jack O'Shea, el único ser humano que había vuelto de Venus... hasta ahora. Arreglamos una entrevista. Su voz era joven y arrogante.

Esperamos cinco minutos más de lo acostumbrado en el campo de aterrizaje de Washington. Luego hubo un revuelo en la escalera. Los guardas del Expreso Brinks corrían en enjambres alrededor de nuestra nave. El teniente que los dirigía comenzó a exigir a todos los pasajeros los papeles de identidad. Cuando me llegó el turno, le pregunté qué pasaba. El teniente, pensativo, miró el número de mi cédula de Seguridad Social, y luego me hizo un saludo:

—Lamento molestarlo, señor Courtenay —se disculpó—. Los consistas bombardearon Topeka. Nos dijeron que el culpable viajaría en el cohete de Nueva York a las 4:05. Parece haber sido una pista falsa.

—¿Qué bombardeo fue ése?

—La división Materias Primas de la compañía DuPont (estamos contratados para proteger sus instalaciones, como usted sabe) estaba inaugurando los trabajos de una nueva veta de carbón descubierta bajo un campo de trigo. Después de una hermosa ceremonia, y justo cuando la excavadora hidráulica comenzaba su trabajo, alguien arrojó una bomba desde la multitud. Mataron al maquinista, a su ayudante y a un vicepresidente. El hombre se perdió en la multitud, pero fue identificado. Lo atraparemos en seguida.

—Buena suerte, teniente —dije, y me alejé de prisa hacia el bar del aeropuerto.

O'Shea, sentado junto a una ventana, me estaba esperando, con visible impaciencia. Le pedí disculpas y me sonrió.

—Le puede pasar a cualquiera —me dijo, y balanceando sus piernecitas llamó a un camarero.

Cuando hicimos nuestros pedidos, se echó hacia atrás y preguntó:

—¿Y bien?

Lo observé por encima de la mesa y luego miré por la ventana. El gigantesco pilón erigido en memoria de F.D.R. resplandecía en el sur; detrás de él se alzaba la pequeña cúpula oscura del viejo capitolio. Yo, un charlatán publicitario, no sabía como empezar. Y O'Shea se divertía conmigo.

—¿Y bien? —me preguntó otra vez alegremente. Y yo sabía que quería decir «Ahora todos tienen que venir a mi. ¿Qué le parece el cambio?».

Me eché al agua:

—¿Qué hay en Venus?

—Arena y humo —me respondió—. ¿No leyó mi informe?

—Claro que sí, pero quiero saber más.

—En ese informe está todo. ¡Dios mío! Estuvieron interrogándome tres días seguidos; si algo quedo afuera, lo he olvidado.

—No me refiero a eso, Jack —le dije—. ¿Quién se va a pasar la vida leyendo informes? Tengo quince empleados que no hacen otra cosa que digerir informes para que yo no necesite leerlos. Pero quiero saber algo más. Quiero sentir el planeta. Y sólo usted puede dirigirme, porque sólo usted ha estado en Venus.

A veces desearía no haber estado —dijo O'Shea con aire de fatiga—. Bueno, y ¿por dónde quiere que empiece? Ya sabe cómo me eligieron: el único enano en el mundo que poseía licencia de piloto. Y ya sabe cómo construyeron la nave. Habrá visto también los análisis químicos de las muestras que traje de vuelta. No aclaran mucho. Todas son del mismo lugar, y cinco kilómetros más lejos el terreno puede ser totalmente distinto.

—Sí, ya sé todo eso. Óigame, Jack, supongamos que usted deseara que un montón de gente fuera a Venus. ¿Qué les diría?

Se rió.

—Les diría unas cuantas condenadas mentiras. Comencemos desde un principio, ¿quiere? ¿De qué se trata?

Hablé de lo que pensábamos hacer, mientras unos ojitos redondos me miraban fijamente desde la cara de luna llena de O'Shea. Las facciones de los enanos tienen algo así como una cualidad opaca, como si fueran de porcelana. Como si el destino que las ha hecho más pequeñas las hubiese hecho también más perfectas y acabadas que las de los hombres comunes, como para mostrar que la falta de tamaño no significa falta de terminación. O'Shea bebía a sorbos su bebida, y yo a tragos, entre párrafo y párrafo.

Cuando terminé mi discurso, yo aún no sabía si O'Shea estaba o no de mi lado. Él no era un títere del servicio que bailase sostenido de las cuerdas que manejaba Fowler Schocken. No era tampoco un civil a quien pudiésemos comprar con los diezmos de nuestras ganancias. Fowler lo había ayudado a hacerse de un pequeño capital mediante presentaciones en público, libros y conferencias; nos debía cierta gratitud, pero nada más.

—Me gustaría poder ayudarlos —dijo O'Shea, y eso facilitó las cosas.

—Puede hacerlo —le supliqué—. Para eso estoy aquí. Dígame qué hay de bueno en Venus.

—Muy poco —me dijo, y se le dibujó una arruguita en la frente de laca—. ¿Por dónde empezaré? ¿Le hablaré de la atmósfera? Formaldehído puro... como para embalsamar a cualquiera. ¿El clima? Varios grados por encima del punto de ebullición del agua, si hubiera agua en Venus; pero no la hay. No a la vista por lo menos. ¿Los vientos? A veces soplan a ochocientos kilómetros por hora.

—No, no se trata de eso —le dije—. Ya estoy enterado. Y honestamente, Jack, esos problemas pueden solucionarse. Yo quisiera tener una sensación de ambiente. Dígame qué pensó al llegar, cuáles fueron sus reacciones. Hábleme, y ya le avisaré yo cuando esté satisfecho.

O'Shea se mordió los labios de mármol rosado.

—Bueno —dijo—, comencemos por el principio. Pidamos otro trago, ¿quiere?

Vino el mozo, tomó nuestro pedido y volvió con las bebidas. Jack tamborileó con los dedos sobre la mesa, bebió un sorbo de su vino del Rhin, mezclado con agua gaseosa, y comenzó a hablar.

Comenzó desde el principio. Mejor. Yo quería llegar al alma del asunto, a los factores íntimos que no habían tenido cabida en sus informes, a la emociones que animarían el proyecto.

Me habló de su padre, un ingeniero químico de un metro ochenta de estatura, y de su madre, un rolliza ama de casa. Me hizo sentir la congoja y el amor que les había inspirado ese hijo de ochenta centímetros de estatura. Tenía once años de edad cuando se habló por primera vez de su vida adulta y de su posible trabajo. O'Shea recordó la tristeza de sus rostros ante la inevitable y apresurada sugestión de un circo. Le costó bastante no insistir en el tema. Sus padres se alegraron; pero más se alegraron cuando Jack, a pesar de los obstáculos, los rechazos y las risas, realizó su deseo de estudiar ingeniería y cohetes, con el propósito de convertirse en un piloto de pruebas.

Venus había pagado todo eso con creces.

Los diseñadores del cohete a Venus se habían encontrado con un grave problema. Había sido bastante fácil mandar un cohete a la Luna, menos de cuatrocientos mil kilómetros de distancia; teóricamente no era mucho más difícil enviar otro cohete al planeta más próximo: Venus. Sólo se trataba de cuestiones de órbitas y tiempo, el gobierno de la nave y el viaje de vuelta. Un dilema. Podía alcanzar Venus en unos pocos días, pero con un derroche tan enorme de combustible que la potencia de diez naves no bastaría para transportarlo. O el curso del cohete podía seguir una órbita natural —como una barca que navega aguas abajo por un río tranquilo, lo que ahorraría mucho combustible—, pero aumentarla la duración del viaje en varias semanas.

Un hombre consume en ochenta días doce veces su propio peso en comida, respira nueve veces su peso en aire, y bebe agua suficiente como para mantener una lancha a flote. Alguien sugirió: destilen agua de los productos de desecho y háganla circular otra vez. ¿Y hacer lo mismo con la comida? ¿Y hacer lo mismo con el aire? Lo sentimos mucho. El aire y la comida necesarios pesan mucho menos que el equipo que requieren semejantes operaciones. Había que desechar al piloto; era indudable.

Los diseñadores se pusieron a trabajar en un piloto automático. Cuando terminaron, parecía excelente. Pero pesaba cuatro toneladas y media, a pesar de lo minúsculo de circuitos y conexiones, construidos bajo la lente de un microscopio.

El proyecto se detuvo hasta que alguien pensó en un mecanismo perfecto: un enano de treinta kilos. Con un peso tres veces inferior al de un hombre común, Jack O'Shea se alimentaba con un tercio de la comida y respiraba un tercio del oxígeno. Con purificadores de aire y agua, de peso mínimo y bajo consumo, Jack entró justo en peso y ganó la fama.

Jack dijo, vacilante, un poco ebrio bajo el impacto de dos copas de bebidas aguadas:

—Me metieron en el cohete como un dedo en un guante. Quizá recuerde usted a qué se parecía el cohete. ¿Pero sabe que me *embutieron* en el asiento del piloto? No era del todo un asiento; se parecía a una escafandra. Todo el aire de la nave estaba en el traje. El agua llegaba a mi boca mediante un tubo. Se ahorra peso...

Y así pasó ochenta días. El traje lo alimentó, le dio de beber, enjugó su transpiración, eliminó sus desechos corporales. Si hubiese sido necesario, habría inyectado novocaína en un brazo roto, habría parado la hemorragia de una arteria o habría bombeado aire en sus pulmones. Era una placenta; una placenta horriblemente incómoda.

Pasó así ochenta días; treinta y tres días de ida, cuarenta y un días de vuelta. Los seis días intermedios justificaban el viaje.

Jack descendió envuelto en una total oscuridad —nubes de gas le cerraron los ojos y ocultaron la pantalla del radar— hacia la epidermis de un mundo desconocido. Se encontraba a trescientos metros del suelo y aún no había visto sino un torbellino amarillo. El cohete se posó en las arenas y Jack cerró las turbinas.

—Bueno, no pude salir —me dijo—. Será algún otro el que pise el suelo de Venus. Alguien a quien no le interese respirar. De todos modos, allí estaba yo, mirando —se encogió de hombros, me miró aturdidamente y lanzó una palabrota—. Lo he dicho mil veces en mis conferencias, pero nunca he conseguido dar una impresión exacta. Les dije que Venus se parece al antiguo desierto pintado. Quizá se parezca; nunca estuve allí.

»El viento sopla fuerte en Venus, y despedaza las rocas blandas que se convierten en tormentas de arena. Las parte más duras, bueno, se alzan como figuras raras y manchas de color. Algunas de ellas parecen grandes estatuas. Y las colinas están llenas de agujeros. Es algo así como el interior de una caverna, pero sin oscuridad. La luz es... rara. No hay luz como esa en la Tierra. Anaranjada y castaña, brillante, muy brillante; pero... amenazadora. Como el cielo de verano en el crepúsculo, cuando amenaza lluvia. Pero en Venus no hay lluvias, pues no hay agua —O'Shea se detuvo—. Hay rayos, muchos; pero no lluvias... No sé, Mitch —terminó abruptamente—. ¿Le sirve de algo?

No le contesté enseguida. Miré mi reloj y vi que ya estaba por salir mi aeroplano de vuelta. Me incliné y cerré el aparato registrador que llevaba en el portafolios.

—Me ha servido de mucho, Jack —le dije—. Pero quiero algo más.

»Ahora tengo que irme. Óigame, ¿puede venir a Nueva York y trabajar conmigo unos días? He registrado todas sus palabras, pero necesito también algunas imágenes. Nuestros artistas pueden sacar bastante de sus informes, pero se necesita más. Usted nos será más útil que cualquier fotografía —no le dije que en los cuadros de nuestros artistas se iba a ver cómo sería Venus... si Venus fuese diferente—. ¿Qué le parece?

Jack se inclinó hacia atrás y durante un minuto adoptó los aires de un querube, y aunque me hizo sudar mientras me describía la extensa campaña de conferencias que le había preparado su agente para las próximas semanas, se mostró finalmente de acuerdo. La charla de la ciudad de Shriner podía ser cancelada, decidió, y las reuniones con sus redactores podían realizarse en Nueva York.

Nos citamos para el día siguiente, y justo en ese momento un parlante anunció que mi nave estaba ya por salir.

—Lo acompañaré hasta el aeroplano —se ofreció Jack.

Bajó de la silla y arrojó un billete sobre la mesa. Caminamos juntos a través de los angostos pasillos del bar y salimos al campo. Jack sonrió y se pavoneó ligeramente ante los gritos y exclamaciones que despertó su presencia. El campo estaba en sombras y el resplandor nocturno de Washington destacaba contra el cielo las siluetas de algunas aeronaves.

Hacia nosotros, desde la estación terminal, venía un gigantesco helicóptero de cincuenta toneladas. Las luces del aeródromo resplandecían en su casco. No estaba a más de quince metros del suelo. Sus paletas giratorias crearon un torbellino descendente que casi me arrastra el sombrero.

—Malditos choferes de ómnibus —gruñó Jack, alzando la vista hacia el helicóptero— Tendrían que ponerlos bajo las órdenes de la G.C.A. Como los aparatos son tan dóciles, esos jockeys de paletas se meten en cualquier parte. Si yo manejara un cohete como manejan ellos... ¡Corra, corra!

Jack O'Shea comenzó a gritar dándome puñetazos en el vientre. Lo miré con asombro; todo era tan repentino e ilógico... O'Shea lanzó contra mí su cuerpo diminuto y trastabillé unos metros.

—¿Qué demonios...? —comencé a decir, pero no llegué a oír mis propias palabras.

Un crujido metálico y el aletear de los rotores ahogaron mi voz. Enseguida se oyó un estruendo increíble: la caja del helicóptero, con su cámara de aluminio, cayó sobre el piso de cemento, a un metro de nuestros pies. El armazón se hizo pedazos, y unas cajas de avena arrollada de Astromejor Verdadero se desparramaron en todas direcciones. Uno de los rojos paquetes rodó hasta mis pies. Lo recogí estúpidamente, y me quedé mirándolo.

Sobre nuestras cabezas, el aliviado helicóptero se elevó rápidamente, alejándose; pero no lo miré. Jack estaba gritando:

—Por amor de Dios, ¡sáquelo de ahí!

Debajo de las retorcidas planchas de aluminio salía un brazo con una valija, y en medio de unos confusos ruidos, creí oír el sonido balbuceante del dolor humano. A eso se refería Jack O'Shea. Sáquelo de ahí.

Dejé que él me arrastrara hasta el aplastado metal, y tratamos de levantarlo. Sólo conseguí lastimarme una mano y romperme el traje. Enseguida apareció el personal del aeropuerto, y bruscamente nos echaron de allí.

No recuerdo cómo nos alejamos, pero de pronto me encontré sentado sobre el equipaje de alguien, con la espalda apoyada en la pared de una plataforma terminal. Jack O'Shea me hablaba excitado. Maldecía a todo el gremio de pilotos de helicópteros, y me insultaba por no haberme movido cuando vio que se abrían las portezuelas de la bodega. Recuerdo también que Jack me sacó de un golpe la caja de avena que yo llevaba todavía en la mano. Los psicólogos afirman que no soy excesivamente sensible ni timorato, pero esa vez el aturdimiento me duró hasta que Jack me metió en la nave.

Más tarde, la camarera de vuelo me dijo que por lo menos cinco personas habían muerto aplastadas por la caja, y comencé a recordar más claramente. Pero no muy bien. Todo lo que yo recordaba, lo único que parecía importante, era la voz de Jack que decía una y otra vez, con la amargura y la ira pintadas en su rostro de porcelana:

—Demasiada gente, Mitch, multitudes en todas partes. Estoy con usted. Necesitamos Venus, Mitch. Necesitamos espacio.

3

La vivienda de Kathy, en la parte baja de la ciudad de Bensonhurst, no era muy amplia, pero sí bastante cómoda. Estaba amueblada elegantemente, dentro de un estilo simple y hogareño. Yo lo sabía muy bien. Apreté el botón, sobre el que se leía DRA. NEVIN, y le sonreí cuando me abrió la puerta.

Kathy no me devolvió la sonrisa. Dijo dos cosas:

—Estás atrasado, Mitch —y enseguida—. Creí que antes me llamarías por teléfono.

Entré y tomé asiento.

—Llegué tarde porque casi me matan, y no llamé porque ya era tarde. ¿Quedamos a mano?

Me hizo la pregunta que yo esperaba, y le expliqué cómo me había salvado apenas de la muerte. Kathy es una hermosa mujer, con un rostro cálido y expresivo, el cabello de dos tonos de rubio e impecablemente arreglado, y una constante sonrisa en los ojos. Me he pasado mucho tiempo mirándola, pero nunca la observé con más atención que cuando le describí la caída del armazón de aluminio.

Fue decepcionante. Estaba sinceramente preocupada, sin duda; pero Kathy abre su corazón a todo el mundo y nada en su rostro me permitió suponer que estaba más preocupada por mí que por cualquier otro a quien hubiese tratado durante mucho tiempo.

Le hablé entonces de las otras grandes noticias: la campaña de Venus y mi jefatura. Tuve más éxito. Se sorprendió enormemente. La vi excitada y contenta, y en un arranque repentino hasta llegó a besarme. Pero cuando le devolví ese beso, lo que había deseado

desde hacía meses, se apartó de mí y fue a sentarse ostensiblemente en el otro extremo de la habitación, como para sintonizar unas bebidas.

—Esto merece un brindis, Mitch —dijo, y me sonrió—. Champaña por lo menos. Querido Mitch, ¡es una noticia maravillosa!

Aproveché la oportunidad.

—¿Quieres ayudarme a celebrarlo? ¿A celebrarlo realmente?

Una nube de cansancio le cubrió los ojos.

—Hum —dijo, y añadió—. Bueno, Mitch, recorreremos la ciudad. Yo invito, naturalmente. Pero te dejaré a las doce: dormiré en el hospital. Tengo una histerectomía a la mañana y no quiero acostarme tarde, ni demasiado bebida.

Pero sonrió al decírmelo. Decidí, una vez más, aprovecharme de mi suerte.

—Muy bien —dijo, y no estaba fingiendo. Kathy es una excelente compañera—. ¿Me dejas usar tu teléfono?

Cuando llegaron nuestras bebidas, yo ya había conseguido entradas para un teatro, una mesa en un restaurante y otra en un bar.

Kathy no estaba muy convencida.

—Es un programa algo excesivo para sólo cinco horas —dijo—. Mi histerectomía no va a resultar si me tiemblan las manos.

Pero la convencí enseguida. Su capacidad de resistencia daba para más. Una mañana tuvo que hacer una trepanación después de que nos habíamos insultado mutuamente durante toda la noche. Y, sin embargo, la operación salió muy bien.

Según mi parecer, la cena fue un verdadero fracaso. No pretendo ser un sibarita, que sólo admite proteínas auténticas; pero me molesta pagar el precio de proteínas frescas si me sirven proteínas regeneradas. El aspecto de la comida era bastante bueno, pero el gusto era horrible. Taché el restaurante de mi lista y me disculpé con Kathy, pero ella se rió. Y además la función fue muy buena. En general las sesiones hipnóticas me dan dolor de cabeza, pero esta vez entré en trance enseguida, y al terminar la película no me sentí peor.

El club nocturno estaba repleto, y el encargado nos había reservado una mesa para otra hora. Tuvimos que esperar cinco minutos en el vestíbulo del bar y Kathy se negó terminantemente a concederme un tiempo suplementario. Pero cuando el encargado nos llevó hasta nuestro sitio —disculpándose y haciéndonos reverencias— y nos trajeron las bebidas, Kathy se inclinó hacia mí y me dio un beso. Me sentí muy a gusto.

—Gracias —me dijo Kathy—. Ha sido una velada maravillosa, Mitch. Asciende a menudo, por favor. Me agrada.

Encendí un cigarrillo para ella y otro para mí, y abrí la boca para decir algo, pero me detuve. Kathy me dijo:

—Adelante, no tengas miedo.

—Bueno, iba a decir que siempre nos hemos divertido.

—Sí, ya sabía que ibas a decir eso. Y yo iba a decir que ya sé a dónde vas, y que la respuesta es siempre no.

Kathy pagó la cuenta y salimos. Al llegar a la calle nos colocamos los tapones antihollín.

—¿Coche, señor? —preguntó el portero.

—Sí, por favor —respondió Kathy—. Un tándem.

El cochero llamó a un coche de pedales para dos y Kathy le dio la dirección del hospital al muchacho de adelante.

—Puedes venir si quieres, Mitch —me dijo, y subí detrás de ella.

El portero nos dio el empujón inicial, y lo muchachos gruñeron tomando impulso. Bajé la capota. Nuestro noviazgo revivió unos instantes. La amable oscuridad, el leve y húmedo olor de las lonas del coche, el quejido de los muelles. Pero sólo unos instantes.

—Cuidado, Mitch —me advirtió Kathy.

—Por favor, Kathy —dijo lentamente—. Permíteme que te lo diga. No me llevará mucho tiempo.

Kathy no replicó.

—Nos casamos hace ocho meses... Bueno, no fue un matrimonio completo —añadí enseguida, cuando vi que Kathy iba a interrumpirme—. Pero hicimos los votos interlocutorios. ¿Recuerdas por qué?

Kathy dijo pacientemente, después de un momento:

—Estábamos enamorados.

—Es cierto —le dije—. Yo te quería, y tú me querías a mí. Y los dos teníamos nuestro trabajo, y sabíamos que eso podría traernos dificultades. Nos casamos en forma condicional. Nada permanente antes de un año —toqué su mano y Kathy no se movió—. Kathy, querida, ¿no crees que obrábamos conscientemente? ¿No podemos, al menos, terminar ese año?

»Quedan aún cuatro meses. Probemos, Kathy. Si concluye el año y no deseas legalizar tu certificado... bueno, por lo menos no podré decir que no me diste una oportunidad. En cuanto a mí, no tengo que esperar. Mi certificado está legalizado, y no cambiaré nunca de opinión.

Atravesábamos en ese momento una calle iluminada y vi cómo Kathy torcía la boca, en un gesto que no pude entender.

—Oh, maldita sea, Mitch —dijo con voz muy triste—. Sé muy bien que no cambiarás. Por eso mismo es todo tan horrible. ¿Debo comenzar a insultarte para que comprendas que esto no tiene remedio? ¿Debo decirte otra vez que tienes un carácter insoportable? ¿Que eres egoísta, maquiavélico y tramposo?

»En un tiempo me pareciste un hombre encantador, Mitch. Un idealista que ponía los principios y la moral por encima del dinero. Tenía razones para verte así. Me lo decías tu mismo, y con un tono muy convincente. Comprendías, además, mi trabajo. Te gustaba la medicina; ibas a verme operar tres veces por semana. Les decías a tus amigos, delante de mí, que te sentías orgulloso de que yo me dedicara a la cirugía.

»Tardé tres meses en descubrir qué querías decirles. Cualquiera puede casarse con una mujer que ha sido una ama de casa, pero sólo un Mitchell Courtenay puede casarse con una cirujana y hacer de ella una ama de casa —le temblaba la voz—. No pude soportarlo, Mitch. No pude. No me importaban las discusiones, ni tu mal humor, ni las peleas interminables. Pero a veces una vida humana depende de mí, y si yo me siento destrozada a causa de las peleas que tengo con mi marido, esa vida no está segura, Mitch. ¿No te das cuenta?

Se oyó algo así como un sollozo.

—¿Me quieres aún, Kathy? —le pregunté en voz baja.

Durante unos momentos, Kathy no se movió. Luego lanzó una breve carcajada.

—Llegamos al hospital, Mitchell —dijo—. Es la hora.

Levanté la capota y bajamos del coche.

—Espere —le dije al muchacho conductor, y acompañé a Kathy hasta la puerta.

No me dio un beso de buenas noches, y no me citó para otra vez. Me quedé en el vestíbulo durante unos veinte minutos, para ver si me engañaba y volvía a salir, y luego regresé en el coche de pedales hasta la estación de subterráneo mas cercana.

Yo estaba con un humor de perros, y cuando pagaba el viaje el muchacho conductor me preguntó:

—Oiga, señor, ¿qué quiere decir ma... macavélico?

—«No se meta donde no lo llaman», en español —le contesté bruscamente.

Ya en el tren subterráneo, pensé con amargura en que para gozar de un poco de soledad tendría que ser inmensamente rico.

A la mañana siguiente, cuando llegué a la oficina, no me sentía mejor. Hester desplegó toda su diplomacia para que no le arrancara la cabeza en los primeros minutos, y fue una suerte que no hubiese reunión de directorio. Despaché mi correspondencia y los acumulados informes internos, y Hester desapareció inteligentemente. Al rato volvió con una taza de café; café auténtico, de una planta.

—La encargada de los baños lo hace a escondidas —explicó—. Comúnmente no quiere que lo saquemos, pues tiene miedo al equipo de Mascafé. Pero usted es ahora uno de los astros de la casa, y...

Le di las gracias y le entregué la cinta donde estaba grabada la conversación con O'Shea para que la oyesen en algunas oficinas. Después me puse a trabajar.

Traté de resolver ante todo el problema del área de prueba, y en seguida tuve un disgusto con Matt Runstead. Matt está a cargo de la sección Investigaciones de Mercado. Tuve que pedir su colaboración, pero no mostró ningún interés en ayudarme. Puse un mapa del sur de California en el proyector, mientras Matt y dos de sus inexpresivos ayudantes me llenaban el piso de cenizas.

Señalé las áreas de prueba y de control.

—San Diego, a través de Tijuana; la mitad de las comunidades que rodean a Los Angeles, y la parte baja de Monterrey. Estos serán los centros de control. El resto de California-México lo utilizaremos como prueba. Matt, usted tendría que trasladarse allí, me parece. El puesto de comando podría ser nuestra oficina de San Diego. El jefe es Turner, un hombre muy competente.

Runstead gruñó:

—Ahí no cae jamás un copo de nieve. No podríamos vender un solo abrigo, ni siquiera con una esclava de regalo. Pero hombre, por Dios, ¿por qué no deja que investigue el mercado algún hombre enterado del asunto? ¿No comprende que el clima estropea su sigma?

El más joven de los prefabricados ayudantes comenzó a apoyar a su jefe, pero le cerré en seguida la boca. Tenía que consultar a Runstead a propósito de las áreas de prueba, pero Venus era mi proyecto, y yo iba a dirigirlo. Añadí con un tono bastante antipático:

—Ingresos, edad, densidad de población, salud, conflictos psíquicos, distribución de grupos, causas de mortalidad y monto de los presupuestos: todo señala a California-México como la perfecta área de prueba. Es un diminuto universo de menos de cien millones de habitantes, imagen de todos los sectores de Norteamérica. No alteraré mi proyecto.

—No dará resultado —dijo Matt—. La temperatura es el factor más importante. Cualquiera puede darse cuenta.

—Yo no soy cualquiera, Matt. Soy el encargado de la sección.

—Hablemos con Fowler —me dijo, y salió de la oficina.

Tuve que seguirlo. No podía hacer otra cosa. Mientras, oí que el más viejo de sus ayudantes se comunicaba con la secretaria de Fowler Schocken y le avisaba que íbamos a verlo. Los hombres de Matt Runstead estaban muy bien organizados. Pensé un momento que me gustaría tener una oficina como ésa, y comencé a preparar unas palabras para Fowler.

Pero Fowler Schocken tiene una habilidad insuperable para aplacar los conflictos internos. Lo demostró en seguida. Cuando entramos en la oficina nos dijo alegremente:

—¡Ahí están, los dos a quienes quería ver! Matt, ¿no puede apagar un incendio? La gente del I. A. G. Sostiene que nuestra campaña en apoyo del Nopren está reduciendo sus entradas. Insinúan que se pasarán a Tauton si no renunciamos a Nopren. Un pajarito me ha dicho que el mismo Tauton les metió la idea en la cabeza...

Siguió explicándonos las dificultades de nuestras relaciones con el Instituto Americano de Ginecología. Lo escuché sin mucho entusiasmo. Nuestra campaña «Bebés sin

porqués», sobre el proyecto de determinación del sexo, aumentó en un 20 por ciento, por lo menos, el coeficiente de natalidad. El Instituto no podía dudar de nosotros.

Runstead opinó:

—No tienen motivos para pleitear, Fowler. Vendemos al mismo tiempo licores alcohólicos y remedios contra las borracheras. No tienen por qué protestar por nuestras otras campañas. Pero bueno, ¿qué tiene que ver esto con Investigaciones del Mercado?

Fowler se rió entre dientes.

—¡Eso es! —graznó—. Les pondremos una trampa. Esperan los argumentos habituales de los jefes de campaña... y en cambio se encargará usted del asunto. Bombardéelos con un fuego graneado de diagramas y estadísticas que probarán que Nopren no impide que una pareja tenga hijos; permite solamente posponerlos hasta que consigan un empleo conveniente. En otras palabras: suben los beneficios de las ventas sin que varíe su volumen. Eso le dará en un ojo a Tauton. Y los abogados no podrán defender intereses opuestos; les saldría muy caro. Cualquier otra tentativa similar será cortada de raíz. Es indispensable. ¿Cree que podrá arreglar el asunto, Matt?

—Oh, sí, seguro —refunfuñó Runstead—. ¿Y que hago con Venus?

Fowler me guiñó un ojo.

—¿Qué dices, Mitch? ¿Puedes prescindir de Matt por un tiempito?

—Definitivamente —le dije—. En realidad, para eso he venido a verlo. A Matt no le gusta el sur de California.

Matt tiró al suelo su cigarrillo. La alfombra de nylon de Fowler comenzó a echar humo.

—Qué demonios... —comenzó Matt con tono de pelea.

—Tranquilo —le dijo Fowler—. Oigamos la historia, Matt.

Runstead me miró resplandeciente.

—Sólo dije que el área de California no era la más adecuada. ¿Qué distingue sobre todo a Venus de la Tierra? ¡El calor! Necesitamos un área de prueba con un clima templado, fresco. Un hombre de la Nueva Inglaterra puede sentirse atraído por Venus; uno de Tijuana, nunca. Ya hace bastante calor en California-México.

—Hum —dijo Fowler Schocken—. Escúcheme, Matt: esta campaña no puede detenerse, y usted va a estar ocupado con el asunto del I. A. G. Elija un buen vice, alguien que pueda sustituirlo en la sección Venus mientras usted no está, y llévelo a la reunión de mañana a la tarde. Mientras... —Fowler lanzó una mirada al reloj de su escritorio—. El senador Danton me espera desde hace siete minutos. ¿Todo arreglado?

Indudablemente, no todo estaba arreglado para Matt, y yo me sentí feliz para el resto del día. Las cosas marchaban bastante bien.

La sección Desarrollo redactó un informe sobre la grabación de O'Shea y los otros materiales a mano. El informe incluía algunos proyectos de artículos. Recuerdos de Venus: globos fabricados con materiales orgánicos que flotaban en lo que llamábamos, riéndonos, el «aire» de Venus. Otros más ambiciosos: un análisis químico que señalaba la presencia de hierro puro... No con un 99% de pureza, sino hierro absolutamente puro, un hierro que nadie podía encontrar o fabricar en un planeta oxigenado como la Tierra. Los laboratorios lo pagarían muy bien.

Y además, la sección Desarrollo había descubierto —no desarrollado— un notable aparato llamado válvula Hilsch de alta velocidad. El dispositivo, sin consumo de energía, podía refrigerar las viviendas de los colonizadores usando los cálidos vientos de Venus. El aparatito estaba olvidado desde 1943. Nadie desde entonces le había encontrado utilidad, porque nadie desde entonces se había encontrado con esa clase de vientos.

Tracy Collier, el hombre de enlace con la sección Venus, trató de explicarme la posibilidad de usar algunos catalizadores que fijaran el oxígeno. Yo asentía de vez en cuando. Según Tracy, un poco de platino esparcido sobre Venus provocaría, en contacto con esas continuas y terribles tormentas eléctricas, una «nevada» de nitratos y una «lluvia» de hidrocarburos, purgando la atmósfera del formaldehído y amoníaco.

—¿No será un poco caro? —le pregunté cautelosamente.

—Según —me contestó—. El platino apenas se gasta, como usted sabe. Si empleamos un gramo, la operación nos llevará un millón de años. A más platino, menos tiempo.

No entendí nada, de veras; pero indudablemente eran buenas noticias. Le di unos golpecitos en el hombro y lo mandé a trabajar.

La sección Antropología Industrial me expuso algunos inconvenientes.

—Nunca podremos convencer a la gente de que deseen vivir en una lata de sardinas recalentada. Todas nuestras costumbres se oponen a eso —se quejó Ben Winston—. ¿Quién va a viajar millones de kilómetros para tener la «oportunidad» de pasarse el resto de su vida metido en una cabaña de latón, cuando puede quedarse aquí en la Tierra, donde hay pasillos, ascensores, calles, terrazas, todo el espacio que un hombre puede desear? ¡Es contrario a la naturaleza humana, Mitch!

Discutí con él. No tuve mucho éxito. Empezó a hablarme de la vida norteamericana. Desde uno de los ventanales me mostró los centenares de kilómetros cuadrados de terrazas donde hombres y mujeres podían pasearse al aire libre con sólo meterse en la nariz los extractores de hollín, en vez de encerrar la cabeza en una pesada escafandra de oxígeno. Al fin me enojé.

—Alguien debe querer ir a Venus —le dije—. ¿Por qué compran sino el libro de O'Shea? ¿Por qué los electores no protestan por ese presupuesto de un billón otorgado al proyecto Venus? Dios sabe que no quiero llevarte de la nariz, pero ¿por qué no te fijas en esa gente que compra los libros, en esos que asisten fielmente a todos los programas de televisión de O'Shea, y que llegan temprano, y que se quedan conversando en el vestíbulo? O'Shea es casi un empleado nuestro; sácale lo que puedas. Estudia la colonia lunar, averigua qué clase de individuos vive allí. Y entonces sabremos qué programa hemos de ofrecerles. ¿Algo más?

Winston no contestó.

Mi secretaria se había portado a las mil maravillas. Me entrevisté con algún miembro de cada una de las secciones, y mi trabajo adelantó notablemente. Pero Hester no podía leer todos los informes, y al final del día los papeles se habían amontonado sobre mi escritorio. Hester quiso quedarse a trabajar conmigo, pero realmente no había trabajo para ella. Dejé que me trajera unos sandwiches y una taza de café, y luego la mandé a su casa.

Pasaban las once de la noche cuando terminé mi trabajo. Me detuve en el restaurante nocturno del piso quince. Era un lugar cuadrado y sin ventanas donde servían café de levadura y jamón de harina de soja. Pero esos contratiempos no fueron nada, realmente.

Llegué a mi casa y abrí descuidadamente la puerta. En ese mismo momento oí un silbido, y en seguida una explosión. Algo golpeó en el marco de la puerta, junto a mi cabeza. Me eché hacia adelante y grité. A través de la ventana se veía una figura que tomada de una escalera de cuerdas se alejaba con un arma en la mano.

Fui tan estúpido como para correr a la ventana y quedarme mirando la figura del hombre y el helicóptero. Yo hubiera sido un blanco perfecto si la máquina no estuviera moviéndose a gran velocidad.

Sorprendido ante mi propia calma, llamé a la Compañía Protectora Metropolitana.

—¿Es usted socio, señor? —me preguntó una voz.

—Claro que sí, demonios. Desde hace seis años. ¡Manden un hombre enseguida! ¡Manden un pelotón!

—Un momento, señor Courtenay... ¿Mitchell Courtenay? ¿Jefe de publicidad?

—No —dije amargamente—. Mi profesión es «blanco de tiro». ¿Quiere mandar un hombre, por favor, antes de que vuelva ese asesino?

—Perdóneme, señor Courtenay —dijo la dulce e imperturbable voz—. ¿Dijo que no era jefe de publicidad?

Me rechinaron los dientes.

—Lo soy —admití.

—Gracias, señor. Aquí está su ficha. Lo siento mucho, señor, pero su cuenta está atrasada. Para la protección de los jefes de publicidad no rige la tarifa común. Los pleitos comerciales aumentan enormemente el riesgo.

La voz de la mujer citó una cifra que me puso los pelos de punta. No me enojé. La mujer era sólo un instrumento.

—Gracias —le dije con cansancio, y colgué.

Introduje en la máquina lectora la hoja de la guía titulada Pleitos y Persecuciones y me comuniqué con algunas agencias protectoras. Fui rechazado varias veces, pero al fin un detective aparentemente soñoliento consintió en venir a verme.

Apareció a la hora y media. Le pagué. Sólo logró molestarme haciéndome preguntas incomprensibles, y buscando huellas digitales inexistentes. Después de un rato se fue diciendo que investigaría el caso.

Me fui a acostar y me quedé dormido pensando y pensando: ¿quién tendrá interés en matar a un simple e inofensivo jefe de publicidad?

4

Me armé de coraje y atravesé decididamente el vestíbulo que llevaba a la oficina de Schocken. Necesitaba una respuesta, y él podría dármela.

Indudablemente, no era el momento más adecuado para entrevistar a Fowler. Su puerta se abrió violentamente y Tildy Mathis salió de estampida. Tenía el rostro alterado. Me miró sin verme. Juraría que no me reconoció.

—«Rehágala» —dijo Tildy, casi histéricamente—. Me mato trabajando para esa vieja rata canosa, y ¿qué me ofrece en pago? «Rehágala. Rehaga esa página; está bien, pero usted puede darme algo mejor». «Rehaga esta página», me dice. «Quiero calor. Quiero energía y belleza y humildad, y simpatía, y entusiasmo y toda la ternura y emoción que caben en un dulce corazón de mujer», me dice, «y en no más de quince palabras», me dice. Le daré quince palabras... —sollozó y siguió caminando por el vestíbulo—. Ya va a ver ese niño santurrón, ese papá meliflúo, ese hiperbólico dios de los nombramientos, ese insaciable Moloch de una vieja...

El portazo cortó en seco la última invectiva de Tildy. Lo lamenté. Me hubiese gustado oírla. Me aclaré la garganta, llamé y entré en la oficina de Fowler. Me lanzó una sonrisa en la que no se advertía que hubiese estado discutiendo con Tildy. Al contrario: su cara rosada, sus ojos claros, desmentían mis sospechas.

Pero alguien había tratado de matarme.

—Sólo un minuto, Fowler —le dije—. Quiero saber si está usted peleando con Tauton.

Me guiñó un ojo.

—Siempre peleo, Mitch. Duro, pero limpio.

—Me refiero a una pelea sucia, muy sucia. ¿Ha tratado, por ejemplo, de matar a alguno de sus hombres?

—¡Mitch! ¡Realmente...!

—Es sólo una pregunta —continué imperturbable—. Anoche al entrar en casa, un hombre encaramado en un helicóptero disparó contra mí. Pensé que era una represalia.

—Borra a Tauton.

Respiré hondo.

—Fowler —le dije—, de hombre a hombre: ¿no hemos sido notificados? Quizá no deba hablar de este modo, pero no se trata de mí. Se trata del proyecto Venus.

Fowler estaba pálido, y comprendí que mi jefatura corría peligro.

—Mitch —me dijo—, te he nombrado en este puesto porque pensé que serías capaz de asumir toda la responsabilidad. Ya no se trata del trabajo; sé de sobra que puedes hacerlo. Pero pensé que comprendías también el código del comercio, y en todos sus alcances.

—Sí, señor —le contesté.

Se sentó y encendió un cigarrillo. Dudó una fracción de segundo y luego me alcanzó el paquete.

—Mitch, eres el más joven de nuestros jefes, pero tienes mucho poder. Una sola palabra tuya, y en unas pocas semanas la vida de medio millón de consumidores habrá cambiado totalmente. Eso es poder, Mitch, poder absoluto. Y ya conoces el viejo dicho: «El poder ennoblece. Y el poder absoluto ennoblece de un modo absoluto».

—Sí, señor —le dije.

Sí, me sabía de memoria los viejos dichos. Y sabía también que Fowler estaba contestando eventualmente a mi pregunta.

—Ah, Mitch —me dijo con aire soñador, agitando su cigarrillo—. Tenemos prerrogativas y deberes, y peligros también. Unos y otros están necesariamente unidos. Si no pleiteáramos, todo nuestro sistema comercial dejaría de existir.

—Fowler —me atreví a decirle—, ya sabe que no me quejo del sistema. Da resultado, y eso es lo principal. Ya sé que tenemos que pleitear; y es razonable que si Tauton pleitea, usted no pueda decirlo a los cuatro vientos. Los jefes se pasarían la vida escondiéndose, en vez de trabajar. Pero... el proyecto Venus está aquí, dentro de mi cabeza. Así domino mejor las cosas. Si lo escribiera todo, apenas adelantaríamos.

—Naturalmente.

—Supongamos que Tauton inicie un pleito, y supongamos que yo sea la primera víctima... ¿Qué pasa con el proyecto Venus?

—Tienes razón —admitió Fowler—. Seré sincero contigo: no he recibido ninguna notificación.

—Gracias, Fowler —le dije, sinceramente—. Trataron de matarme. Y ese accidente de Washington quizá no fue un accidente. Tauton no intentará nada sin antes notificarnos, ¿no es cierto?

—No lo he provocado hasta tal punto. Y nunca hasta ahora ha hecho una cosa semejante. Son torpes, son tramposos, pero no ignoran las reglas de juego. Matar durante un pleito es apenas un delito, pero matar sin aviso previo es una ofensa comercial. ¿No te habrás equivocado de puerta, Mitch?

—No —le dije—. No tengo enemigos; mi vida es muy monótona. En fin, no entiendo nada. Debe de haber sido un error. Pero de todos modos me alegro de que ese individuo no haya tenido mejor puntería.

—¡Yo también, Mitch, yo también! Pero dejemos tu vida privada y hablemos de negocios. ¿Lo has visto a O'Shea?

Ya se había olvidado de mi asunto.

—Sí, lo he visto. Hoy viene a Nueva York; va a trabajar a mi lado.

—¡Espléndido! Algo de su gloria pasará a nosotros, si llevamos bien las cosas. Insiste con O'Shea, Mitch. No necesito decirte cómo.

Era una despedida.

O'Shea me estaba esperando en la antesala de mi oficina. No lo pasaba mal: sentado en un escritorio, hablaba en un tono áspero y autoritario rodeado por la mayor parte del personal femenino. Las miradas de las mujeres eran inequívocas. O'Shea era un enano de ochenta y cinco centímetros, pero tenía fama y dinero, dos valores que la Sociedad Fowler Schocken había logrado introducir profundamente en el alma del país. O'Shea podía elegir a su gusto entre esas mujeres. Me pregunté cuántas escenas similares habría vivido O'Shea desde que volvió a la Tierra envuelto en una aureola.

La disciplina en la casa es muy severa, pero las muchachas no volvieron a sus puestos hasta que anuncié mi presencia con un carraspeo.

—Buenos días, Mitch —dijo O'Shea—. ¿Ya se le ha pasado el susto?

—Sí, pero después recibí otro. Trataron de matarme.

Le conté la historia y O'Shea gruñó pensativamente.

—¿Por qué no se consigue un guardaespaldas?

—Sería lo mejor, pero ¿no habrá sido un error?

—¿Como la caída de la caja?

Guardé silencio.

—Jack —dije luego—, ¿por qué no cambiamos de tema? Me da escalofríos.

—Concedido —sonrió—. Bueno, comencemos a trabajar. ¿Cómo empezamos?

—Ante todo, las palabras. Necesitamos palabras sobre Venus. Palabras que entusiasmen, que deleiten. Palabras que hagan soñar con viajes, con espacios ilimitados, con otros mundos. Palabras de inquietud y esperanza. Palabras que ennoblezcan la decisión de ir a Venus, y alejen la idea de que es una locura. Y al mismo tiempo, palabras que aplaudan la feliz existencia de Indiasrias, y de Astromejor, y de la Sociedad Fowler Schocken, y que denuncien la tristeza de tener que aguantar a los productos Universal y a la Sociedad Tauton.

O'Shea me miraba con la boca abierta.

—No habla en serio... —dijo al fin.

—Usted es uno de los nuestros, O'Shea —le dije simplemente—. Y éste es nuestro modo de trabajar. Con usted aplicamos el mismo método.

—¿De qué demonios está hablando?

—Su ropa y sus zapatos son Astromejor Verdadero, Jack. Lo hemos convencido, indudablemente. Tauton y Universal por un lado, y Fowler y Astromejor por otro, lucharon por conquistarlo. Y usted eligió a Astromejor. Nos oyó. Suavemente, sin darse cuenta, decidió que la ropa Astromejor era superior a la ropa Universal.

—Nunca leo los anuncios —dijo O'Shea desafiante.

Le sonreí.

—En esa declaración que ha hecho está encerrado nuestro mejor triunfo.

—Prometo solemnemente —dijo O'Shea— que tan pronto deje esta oficina meteré mis ropas en el horno...

—¿También el equipaje? —le pregunté—. ¿El equipaje Astromejor?

Me miró sorprendido y luego recuperó la calma.

—Sí, también el equipaje Astromejor —replicó—. Y luego tomaré el teléfono y ordenaré un equipo completo de ropas y equipajes Universal. Y usted no podrá detenerme.

—No tengo ningún interés en detenerlo, Jack. Todo redundará en beneficio de Astromejor. Le diré qué va a hacer. Comprará un equipo completo de ropas y equipajes Universal. Usará el equipo durante un tiempo con una vaga sensación de incomodidad. Mientras, su libido irá reaccionando. Pues nuestros anuncios (aunque usted asegure que no los lee) lo han convencido de que usar los artículos de otra firma no es signo de virilidad.

»Su autoestima irá disminuyendo. En lo más profundo de su mente, usted sabrá que no está usando lo mejor. Su subconsciente no podrá soportar esa idea. De cuando en cuando usted «perderá» alguna prenda del equipo Universal. «Accidentalmente» su pie se atravesará en la bocamanga del pantalón Universal. Pondrá una excesiva cantidad de ropa en las valijas de esa marca y echará maldiciones porque no cierran bien. Entrará en una tienda, y en un momentáneo ataque de amnesia (en el que olvidará esta conversación) comprará otra vez nuestros productos.

O'Shea se rió débilmente.

—Y todo eso sólo con palabras.

—Palabras e imágenes. Vista, sonido, olfato, gusto, tacto. Pero las palabras son lo más eficaz. ¿Lee poesía?

—¡Dios mío, claro que no! ¿Quién es capaz de leer eso?

—No me refiero a la bazofia contemporánea. En eso tiene usted razón. Hablo de Keats, Swinburne, Wylie. Los grandes líricos.

—A veces —admitió O'Shea prudentemente—. ¿Por qué?

—Voy a pedirle que pase el resto de la mañana y parte de la tarde con uno de los más grandes poetas líricos del mundo: una joven llamada Tildy Mathis. Tildy ignora que es una poetisa; cree que es una redactora de publicidad. No le saque esa idea de cabeza: la haría desgraciada.

»*Thou, still unravish'd bride of quietness,
Thou, foster-child of silence and slow time...*

»Así hubiera escrito Tildy antes de la era de la publicidad. La relación es evidente. Sube la publicidad, baja la poesía. Las personas capaces de escribir poemas musicales emocionantes, conmovedores, son muy pocas. Cuando fue posible obtener excelentes entradas aplicando el talento lírico a la publicidad, la poesía quedó en manos de unos chiflados sin inspiración que gritan para hacerse oír y tratan de distinguirse con actitudes excéntricas.

—¿Y por qué me dice todo esto? —preguntó O'Shea.

—Ahora trabaja con nosotros, Jack. El poder trae grandes responsabilidades. Nuestra profesión va al alma de los hombres. Compramos talento... y lo dirigimos. Y no se puede jugar con las vidas sino inspirándose en los más grandes ideales.

—Comprendo —dijo O'Shea suavemente—. Pero no se preocupe: no he aceptado su oferta pensando en el dinero o en la fama. Estoy con ustedes por el deseo dar a la raza humana un poco más de espacio, y un poco más de dignidad.

—Eso es —le dije, adoptando la Expresión Uno. Pero interiormente yo estaba estupefacto. Los «grandes ideales» que yo iba a citar eran las Ventas.

Llamé a Tildy por teléfono.

—Hable con ella —le dije a O'Shea—. Conteste a todas sus preguntas. Pregúntele usted también. Hablen largamente, amigablemente. Hágale experimentar lo que usted ha sentido. Y ella escribirá, casi sin darse cuenta, unos hermosos fragmentos líricos que sacudirán los corazones y las almas del pueblo consumidor. No le oculte nada.

—Claro que no. Pero oiga, Mitch, y ella, ¿no ocultará nada?

En ese momento O'Shea me pareció una figurita de Tanagra, con un rostro de sátiro.

—Nada —le prometí solemnemente.

Todo el mundo conocía a Tildy.

Esa tarde, por primera vez después de cuatro meses, Kathy me llamó por teléfono.

—¿Te pasa algo? —le pregunté rápidamente—. ¿Puedo ayudarte?

Kathy se ríe entre dientes.

—Nada, Mitch. Sólo quería saludarte y darte las gracias por una noche maravillosa.

—¿Qué te parece si la repetimos? —le pregunté seguida.

—¿Te gustaría cenar en mi casa?

—Mucho, de veras. Muchísimo. ¿Qué vestido te pondrás? ¡Te llevaré una flor verdadera!

—Oh, Mitch, no seas extravagante. Ya no estamos de novios y no ignoro que tienes más dinero que Dios. Pero sí, desearía que me trajeras algo.

—Nómbrale y es tuyo.

—Jack O'Shea. ¿Podrías? Me enteré de que llegaba esta mañana y supuse que estaría trabajando contigo.

Le respondí muy desilusionado:

—Sí, está aquí conmigo. Hablaré con él y luego volveré a llamarte. ¿Estás en el hospital?

—Sí, y muchas gracias. Me encantará conocerlo.

Llamé a la oficina de Tildy y me comuniqué con O'Shea.

—¿Va a estar ocupado esta noche, Jack? —le pregunté.

—Hum... podría ser.

Indudablemente, estaba intimando con Tildy.

—Le propongo lo siguiente. Una cena tranquila conmigo y mi mujer. Una joven hermosa, excelente cocinera, gran cirujana y magnífica compañía.

—Aceptado.

Llamé a Kathy y le dije que le llevaría a ese misántropo alrededor de las siete.

O'Shea entró en mi oficina a las seis, gruñendo.

—Espero que la cena sea muy buena, Mitch. Tildy Mathis me atrae. ¡Qué mujer! ¿Qué le pasa? ¿No puede con su genio?

—Me parece que no —respondí—. Pero Keats cayó en los lazos de una intrigante, y Byron fue a parar al pabellón de las enfermedades venéreas, y Swinburne se complicó increíblemente la vida, y... ¿continúo?

—No, por favor. ¿Qué clase de matrimonio ha hecho usted?

—Interlocutorio —le respondí, con un poco de tristeza.

O'Shea frunció levemente el ceño.

—Puede ser por mi educación, pero esos arreglos me erizan la piel.

—A mí me pasa lo mismo —le dije—. Por lo menos en este caso. Si por una casualidad Tildy aún no se lo ha dicho, mi hermosa e inteligente mujer no quiere seguir. Ya no vivimos juntos; y si no cambia de modo de pensar, dentro de unos cuatro meses todo habrá terminado.

—Tildy no me dijo nada —repuso O'Shea—. Me parece que a usted le duele bastante el asunto.

Casi tuve lástima de mí mismo. Casi intenté ganarme su compasión. Casi empecé a decirle que duro me resultaba, cuánto la quería, y que apenas podía verla, y que no sabía cómo hacerla cambiar. Y de pronto me di cuenta de que iba a decírselo a un enano de treinta kilos que, si se casaba, pasaría a ser, en cualquier momento, juguete de su mujer y víctima del ridículo.

—Un poco —contesté—. Vamos, Jack; tenemos el tiempo justo para tomar unas copas. Iremos en subterráneo.

Kathy nunca estuvo más bonita, y yo lamenté no haberme gastado un par de días de sueldo en una flor. Saludó a O'Shea con un «hola» y éste anunció en voz alta:

—Me gusta usted. No le brillan los ojos. No tiene ese brillo que dice: «¡Qué mono es!»; ni ese otro que significa «¡Señor! Pensar que tiene tanto dinero y sin embargo debe sentirse un fracasado». Ni tampoco ese que dice «Una chica tiene que probarlo todo». En resumen, usted me gusta y yo le gusto.

Era indudable que O'Shea estaba un poco borracho.

—Le voy a servir un poco de café verdadero, señor O'Shea —dijo Kathy—. Me arruiné comprando unas auténticas salchichas de cerdo, y un auténtico dulce de manzana, y tiene que estar en condiciones de apreciarlos.

—¿Café? —dijo O'Shea—. Oh no, señora. A mí sírvame Mascafé. Si bebiera café traicionaría a la gran firma Sociedad Fowler Schocken de la cual soy socio. ¿No es cierto, Mitch?

—Le daré permiso por esta vez —le contesté—. Además Kathy no cree que los inofensivos alcaloides del Mascafé son totalmente inofensivos.

Por suerte Kathy estaba en ese momento en el rincón de la cocina y no me oyó. O fingió no oírme. Un día tuvimos una terrible discusión de cuatro horas sobre este asunto y lo completamos con epítetos como «envenenador de niños» y «reformadora de imbéciles» y algunos otros más breves e indecentes.

El café apagó un poco la alcoholizada excitación de O'Shea. La comida fue maravillosa, y a los postres todos nos sentimos más a gusto.

—Ha estado usted en la Luna, supongo —le dijo Kathy a O'Shea.

—Todavía no. Iré uno de estos días.

—No hay nada —comenté—. Perdería el tiempo. La Luna es un mal negocio; y aburridísimo. Me parece que seguimos allí sólo para acumular experiencia y aplicarla luego en el planeta Venus. Unos cuantos miles de mineros y nada más.

—Perdónenme un momento —dijo O'Shea, y se retiró.

Aproveché la oportunidad.

—Kathy, querida —dije rápidamente—. Te agradezco mucho que me hayas llamado. ¿Significa algo?

Kathy se pasó el pulgar de la mano derecha por el índice de la misma mano y supe que iba a decirme una mentira.

—Quizá, Mitch —dijo suavemente—. Tienes que darme tiempo.

Tiré mi arma secreta:

—Mientes —dije disgustado—. Siempre haces eso antes de mentirme. No sé si lo harás también con los demás.

Le mostré cómo y Kathy se rió.

—Estamos a mano —dijo con cierta amargura—. Tú me mientes reteniendo el aliento y mirándome fijo a los ojos. No sé si haces lo mismo con tus empleados y clientes.

O'Shea volvió y comprendió en seguida que algo pasaba.

—Tengo que irme —nos dijo—. ¿Viene conmigo, Mitch?

Kathy asintió con la cabeza y yo dije:

—Sí, lo acompaño.

En la puerta se sucedieron las cortesías y Kathy me dio un beso de buenas noches. Fue un beso largo y cálido, como para empezar la velada, no para terminarla. Creí sentir los latidos de su corazón, pero cerró fríamente la puerta.

—¿Ha pensado en el guardaespaldas? —me preguntó O'Shea.

—Me confundieron con otro —dije tercamente.

—Invíteme a su casa a beber unas copas —insistió O'Shea.

La situación era casi patética. Un enano de treinta kilos se ofrecía para protegerme.

—Vamos —le dije.

Tomamos el subterráneo. O'Shea entró antes que yo, y encendió las luces. No ocurrió nada. Mientras bebía a sorbos un débil whisky con soda, probó las ventanas, cerraduras, goznes, etcétera.

—La silla estaría mejor de ese lado —comentó.

De ese lado, naturalmente, no se veía la ventana. Moví la silla.

—Cuidese, Mitch —me dijo O'Shea al marcharse—. Su encantadora mujer y todos sus amigos lo echarán mucho de menos si le pasa algo.

Algo pasó. Me golpeé una pierna mientras armaba la cama. Me ocurría a menudo. Aun Kathy, con esos movimientos precisos y limpios de cirujana, llevaba en el cuerpo las cicatrices de la vida hogareña. De noche hay que armar la cama, de mañana hay que guardarla en la pared e instalar la mesa para el desayuno. Luego hay que sacar la mesa para llegar a la puerta. No es raro que algunos hombres poco ambiciosos añoren el espacio de otras épocas, pensé, y me acomodé para pasar la noche.

Pasó una semana, y las cosas comenzaron a marchar. Con Runstead fuera de mi vista, ocupado en armonizar las opiniones del I.G.A. y la campaña Nopren, me sentí más cómodo y empuñé fuertemente las riendas.

Los empleados de Tildy se encargaban de la redacción. Eran jóvenes temperamentales, que a veces escribían sólo una línea por día —y con verdadera angustia— y en otras ocasiones lanzaban una página tras otra sin esfuerzo alguno, con los ojos brillantes y como poseídos. Tildy dirigía y editaba el material y sólo me hacía llegar lo mejor de lo mejor: libretos comerciales de nueve minutos, pies de fotografías, artículos varios, cuentos, anuncios a toda página, frases para la campaña de rumores, documentos de garantía, chistes y charadas (limpios y sucios), para distribuir por todo el país.

La sección Ayuda Visual trabajaba a todo vapor. Los aerógrafos y las cámaras creaban alegremente un mundo nuevo. No se había visto nada semejante en la técnica publicitaria del «antes y después»; los técnicos parecían poseídos por el demonio de la historia.

La sección Desarrollo sacaba conejos de todos los sombreros. Le dije a Collier que lo veía excesivamente optimista y el hombre me replicó:

—Energía, señor Courtenay. Venus tiene energía. Está más cerca del Sol. La energía solar se manifiesta en ese planeta con calor y agrupaciones moleculares totalmente nuevas, que se desplazan con enorme rapidez. No existe en la Tierra energía semejante. Para aprovechar la energía cinética de la atmósfera terrestre utilizamos molinos de viento. En Venus usaremos turbinas. Si queremos electricidad en Venus sólo necesitamos instalar un acumulador, clavar un pararrayos y dar un salto atrás. Se trata de algo nuevo.

Las secciones Investigaciones del Mercado y Antropología Industrial estaban trabajando en el área México-California, probando los anuncios de Tildy y los equipos y films de Ayuda Visual, y ensayando interpolaciones y extrapolaciones. Una línea directa me unía con el escritorio de Ham Harvis, vice de Runstead en San Diego.

Los días comenzaban regularmente con una reunión de la sección Venus. Una charla alentadora de mi parte; informes sobre el progreso de la campaña de cada uno de los miembros, críticas y sugerencias. Ham se comunicaba con nosotros y advertía a Tildy que las palabras «atmósfera serena» no concordaban con el resto de una frase y que le pasase una lista de posibles variantes.

Tildy le preguntaba a Collier si estaría bien hablar de «arenas de topacio» en un artículo informativo. La frase sugería de paso que el suelo de Venus estaba sembrado de piedras preciosas y semipreciosas. Collier les aconsejaba a los de Ayuda Visual que hicieran la atmósfera del «antes» un poco más roja. Y yo le decía a Collier que la publicidad permitía esas licencias.

Después de la reunión todo el mundo se ponía a trabajar, y yo me pasaba las horas deshaciendo nudos y coordinando e interpretando mis propias directivas antes de que fueran llevadas a la práctica. A la caída del día volvíamos a reunirnos, y yo hablaba insistentemente sobre algún tópico específico, como por ejemplo: «Introducción de los productos Astromejor en la economía de Venus» o «Nivel de ingresos de los futuros colonizadores de Venus en relación con el poder de consumo después de veinte años de vida en el planeta».

Y luego venía lo mejor. Mis relaciones con Kathy estaban progresando. Vivíamos aún bajo techos distintos, pero me parecía que ya no por mucho tiempo. Unas veces Kathy me llamaba a mí, otras yo la llamaba a ella. Salíamos, comíamos bien, bebíamos bien y nos vestíamos bien. Era indudable que estábamos disfrutando de la vida.

Casi nunca conversábamos seriamente. Kathy evitaba esos temas y yo no volvía a insistir. Yo creía que sólo había que esperar un poco. Jack O'Shea nos acompañó una vez, antes de salir para Miami donde daba una conferencia, y eso también me gustó.

Formábamos una elegante pareja de saludable aspecto, y de un nivel social tan alto que podíamos invitar a la celebridad mundial número uno.

Después de una satisfactoria y sólida semana de trabajo, le dije a Kathy que era tiempo de que yo visitara las instalaciones: el cohete en Arizona y las oficinas de prueba en San Diego.

—Magnífico —dijo Kathy—. ¿Puedo acompañarte?

Me alegré muchísimo. La resistencia de Kathy se estaba acabando.

La visita al cohete fue algo muy simple. Dos de mis empleados estaban allí en contacto con las Fuerzas Armadas, la Aviación Republicana, los Laboratorios Telefónicos Bell y los Aceros USA. Nos guiaron a través del monstruo como si fuésemos dos turistas.

—Enorme casco de acero... Más espacio que el de un edificio comercial... Sistema de circulación de alimentos, y regeneración de aire y agua. Una tercera parte dedicada a los motores, otra a la carga y la otra a las cabinas... Pioneros heroicos... Aisladores... Acumuladores para las cabañas... Bombas caloríferas para el hemisferio iluminado, y para el hemisferio en sombras... Esfuerzo industrial sin precedentes... Sacrificio nacional... Seguridad nacional...

Cosa rara. El vasto espacio abierto que rodeaba el cohete me impresionó mucho más que el cohete mismo. En alrededor de dos kilómetros cuadrados, no se veía ninguna casa, ningún invernadero, ningún tanque, ningún espejo solar. La arena brillante, atravesada por cañerías, me atraía en forma rara. No había quizá en toda Norteamérica un paisaje como ése. Me mareaba. Mis ojos no están acostumbrados a ver más allá de unos pocos metros.

—Qué extraño es esto —dijo Kathy a mi lado—. ¿Podemos pasear por esas arenas?

—Lo siento, doctora Nevin —dijo uno de mis hombres de enlace—. Zona de peligro. Los centinelas de las torres tienen orden de hacer fuego contra todos los que atraviesen el campo.

—Dé órdenes en contrario —le dije—. La doctora Nevin y yo queremos dar un paseo.

—Muy bien, señor Courtenay —me dijo el hombre, muy preocupado—. Haré lo que pueda, pero llevará un poco de tiempo. Tengo que informar al CIC, al Servicio Secreto de la Marina, a la CIA, al FBI, a Seguridad y a Vigilancia.

Miré a mi mujer. Se encogió de hombros, divertida y desesperanzada a la vez.

—Bueno, no se preocupe —le dije al hombre de enlace.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviado—. Perdóneme, señor Courtenay, pero nunca se alteraron las órdenes y no hay como hacerlo enseguida. Ya sabe usted lo que significa eso.

—Lo sé, de veras —dije sinceramente—. Dígame, ¿han dado resultado los sistemas de seguridad?

—Parece que sí, señor Courtenay. No se ha descubierto ningún espía, y no ha habido sabotajes. Ni del extranjero, ni de parte de los consistas —dijo el hombre.

Con los nudillos de su mano derecha golpeó solemnemente un hermoso anillo de compromiso de madera de roble que llevaba en el dedo mayor de la mano izquierda. Me prometí a mí mismo revisar algún día su cuenta de gastos. Un empleado de su categoría no gana tanto como para usar esas joyas.

—¿Los consistas están interesados? —le pregunté.

—¿Quién sabe? El CIC, la CIA, el ACE y el SUV dicen que sí. El Servicio Secreto de la Marina, el FBI y el SS dicen que no. ¿Quiere hablar con el comandante MacDonald? Es el jefe del ONI en el campo. Un experto en consistas.

—¿Te gustaría conocer a un experto en consistas, Kathy? —le pregunté.

—Si tenemos tiempo... —me contestó.

—Retrasaré la salida del avión si es necesario —dijo el hombre ávidamente, tratando de hacer olvidar su fracaso anterior.

Nos llevó a través de una complicada red de cuarteles y depósitos hasta el edificio de la administración. Pasamos ante siete distintos puestos de vigilancia antes de llegar a la oficina del comandante.

MacDonald era uno de esos oficiales de carrera que dejan bien parado al ciudadano norteamericano: tranquilo, competente, fuerte. Sus insignias y charreteras lo señalaban como un especialista contratado por el Servicio Secreto que provenía de las filas de la Agencia de Policías Pinkerton. Era un profesional: usaba el anillo distintivo de los graduados en Pinkerton: madera de pino con un ojo grabado en su sello. Ningún otro adorno. Pero es como una marca de fábrica; indica que su poseedor es un hombre de talento.

—¿Quieren que les hable de los consistas? —me preguntó serenamente—. Soy el hombre indicado. Me he pasado la vida persiguiéndolos.

—¿Una cuestión personal, comandante? —le pregunté, preparándome para oír una historia melodramática.

—No. El viejo orgullo de un hombre de trabajo. Gozo también del placer de la caza, pero las presas no abundan, realmente. Los consistas se cazan habitualmente con trampas. ¿Han oído hablar de la bomba de Topeka? No es porque quiera criticar a la competencia, pero esos guardas podían haber previsto un ataque consista.

—¿Por qué exactamente, comandante?

MacDonald sonrió con aire de hombre enterado.

—Intuición —nos dijo—. Eso tan difícil de expresar con palabras. Los consistas se oponen a las perforaciones. Déles una oportunidad de manifestar esa oposición, y allí estarán ellos.

—Pero, ¿por qué ese odio a las perforaciones? —insistió Kathy—. Necesitamos hierro y carbón, ¿no?

—Bueno —dijo el comandante simulando un divertido cansancio—, ahora me piden que sondee la mente de un consista. Los he interrogado durante más de seis horas y nunca han dicho nada con sentido común. Si cazamos al de la bomba de Topeka, por ejemplo, hablará voluntariamente, pero solo nos dirá tonterías. Me explicará que la minería hidráulica destruye la capa superficial del suelo. Y yo le diré que sí, pero ¿y qué importa?, y él me dirá ¿pero no se da cuenta?, y yo le diré ¿de qué?, y él me dirá que esa capa no puede reemplazarse.

»Si, puede reemplazarse, le responderé, y además las plantas cultivadas en tanques son mucho mejores. Y él empezará a explicarme que los cultivos en tanque no proporcionan elementos animales al suelo, etc., etc. Y el tal consista terminará diciéndome que el mundo se ha ido al diablo y que es necesario que la gente abra los ojos, y yo terminaré respondiéndole que siempre se ha encontrado un modo de seguir adelante y que lo encontraremos también en el futuro.

Kathy se rió incrédula, y el comandante dijo:

—Son tontos, pero duros. Tienen disciplina. Usan el sistema de células. Si uno de ellos cae en nuestras manos, caerán también los otros tres o cuatro que forman su célula; pero difícilmente alguno más. No hay contacto lateral entre las células, y el contacto vertical con los círculos superiores se efectúa por intermedio de citas con agentes.

»Sí, creo conocerlos, y no me parece que vayan a sabotear el cohete. El proyecto Venus no les interesa.

Kathy y yo nos reclinamos en nuestros asientos y nos pusimos a mirar los anuncios que desfilaban por la cabina a la altura de los ojos. De pronto aparecieron los versitos sobre Colillitas que yo mismo había escrito hacía muchos años, cuando aún era un redactor. Me incliné hacia Kathy y le conté la historia. El anuncio parpadeaba y unas suaves campanillas tocaban el tema de El país de los juguetes, de Víctor Herbert.

Luego se apagaron los anuncios y apareció una leyenda, sin efectos sonoros.

«De acuerdo con la ley federal, se avisa a los pasajeros que estamos volando en este instante sobre la falla de San Andrés y entramos en territorio sísmico, y que todas las cláusulas sobre pérdidas y daños ocasionados por terremotos que puedan estar incluidas en los seguros, dejan de tener validez y no volverán a tenerla hasta que se abandone dicho territorio».

Los anuncios volvieron a desfilar.

—Y supongo —dijo Kathy— que al final hay una nota que aclara que las pólizas de seguros contra mordeduras de yak son válidas en todas partes menos en el Tibet.

—¿Seguro contra mordeduras de yak? —le pregunté asombrado—. ¿Para qué quieres un seguro semejante?

—Una nunca sabe cuando se va a encontrar con un yak hostil.

—Me parece que me estás tomando el pelo —dije con aire de dignidad—. Faltan cinco minutos para aterrizar. Me gustaría caer inesperadamente sobre Ham Harvis. Es un buen muchacho, pero Runstead pudo haberle contagiado su derrotismo. No hay nada peor en nuestra profesión.

—Me gustaría acompañarte, Mitch.

Miramos a través de las ventanas, con la curiosidad de dos turistas, mientras la nave entraba en la ruta de tránsito que cubre la ciudad de San Diego. Comenzamos a volar en círculos, esperando la señal de la torre de mando. Kathy nunca había estado en San Diego. Yo vine una vez, pero siempre hay algo nuevo que ver, pues los edificios se derrumban a menudo y otros surgen en su lugar.

Y qué edificios. Parecen carpas de plástico sostenidas por esqueletos del mismo material. Cuando un terremoto sacude el Sur de California, los edificios tiemblan y se balancean, pero no se rompen. Y si el terremoto llega a destruir los esqueletos, no se pierde nada de valor: unas planchas de material plástico que se abren por las partes ya previstas, y algunas armazones sin importancia.

Desde el punto de vista de la economía del continente, tampoco conviene construir costosos edificios en el Sur de California. Las pruebas con la bomba H han alterado la estructura de la falla de San Andrés, y hay grandes probabilidades de que todo el territorio se hunda tranquilamente en el océano uno de estos días... cualquier día. Pero según se veía desde el aeroplano, San Diego aún estaba a flote, y esperábamos, como todos los otros pasajeros, que nada ocurriera durante nuestra corta visita.

En otro tiempo había habido cierto pánico entre la población, pues los terremotos se repiten diariamente, pero creo que casi todo debía ser atribuido al estrepitoso derrumbe de los antiguos edificios. El pueblo fue acostumbrándose, y hasta comenzó a sentir cierto orgullo... No podía esperarse menos en esta zona. Los nativos son capaces de citar resmas de estadísticas que demuestran que la probabilidad de morir durante un terremoto es menor que la de ser aplastado por algún meteorito o la de ser alcanzado por un rayo.

Conseguimos un coche de pedales de tres hombres y nos hicimos llevar a la sucursal de la casa. Yo me sentía un poco inquieto. No era imposible que Ham Harvis tuviera un vigía en el aeródromo para avisarle que llegaba una inspección. Y aunque estos vigías suelen ser bastante inútiles, su presencia esconde casi siempre algún desastre.

La mujer a cargo de la mesa de entradas me dio el primer disgusto. No reconoció mi cara ni mi nombre. Me dijo perezosamente:

—Veré si el señor Harvis no está ocupado, señor Counelly.

—Señor Courtenay, señorita. Y soy el jefe del señor Harvis.

Cuando entramos en las oficinas, sorprendimos una escena de ociosidad y abandono que me puso los pelos de punta. Harvis, en mangas de camisa, estaba jugando a las cartas con dos jóvenes empleados. Otros dos boquiabiertos, con los ojos brillantes, indudablemente en estado de trance, miraban una pantalla hipnótica. Otro apretaba distraídamente con un dedo una máquina de calcular.

—¡Harvis! —rugí.

Todos, excepto los dos hombres en trance, se dieron vuelta y me miraron sorprendidos. Di unos pasos hacia el transmisor hipnótico y lo apagué. Los hombres volvieron en sí, somnolientos.

—Se... se... señor Courtenay —tartamudeó Harvis—. No esperábamos...

—Indudablemente. Los demás sigan trabajando. Harvis, entremos en su oficina.

Kathy nos siguió recatadamente.

—Harvis —le dije—, el trabajo eficaz hace perdonar muchas cosas. Ha estado usted enviándonos muestras excelentes de su capacidad. Estoy preocupado, muy preocupado, por la atmósfera que he encontrado en estas oficinas..., pero eso puede corregirse.

Sonó el teléfono. Atendí yo. Y una voz dijo excitada:

—¿Ham? Ha llegado Courtenay. Haz algo, rápido. Ha tomado un coche de pedales de tres.

—Gracias —respondí, y colgué el tubo—. Su vigía del aeropuerto —Ham se puso pálido—. Muéstreme sus diagramas, sus cuadros sinópticos, sus resúmenes. En fin, todo lo que pueda mostrarme. Vamos, enséñemelos.

Ham me miró en silencio, durante un largo rato, y al fin dijo:

—No hay nada.

—¿Y qué puede enseñarme?

—Disfraces, invenciones.

—¿Papeles fraguados, quiere decir? ¿Qué ha estado enviándonos? ¿Patrañas?

Harvis asintió. Parecía enfermo.

—¿Cómo pudo hacer eso, Harvis? ¿Cómo-pudo-hacer-eso?

Se desató en un confuso torrente de palabras. No lo había hecho a propósito, me dijo. Era su primer trabajo independiente, y no era difícil que fuese un incapaz. Había tratado de que el personal subalterno llevara bien las cosas, mientras él se defendía a los manotones, pero fue imposible. Se dieron cuenta, y comenzaron a tomarse libertades que no se había atrevido a denunciar.

Y al punto abandonó su tono lastimoso y adoptó otro más beligerante. Y después de todo, ¿qué importaba? Era sólo papeleo. La opinión de un hombre valía tanto como la de cualquiera. Y además no era difícil que todo el proyecto se viniera abajo. ¿Qué importaban sus descuidos? Había mucha gente descuidada, y sin embargo las cosas iban adelante.

—No —le dije—. Está equivocado, y usted lo sabe. La publicidad es un arte, pero tiene una base científica: ensayos, pruebas, investigación del mercado. Ha minado los cimientos del proyecto, Harvis. Salvaremos lo que merezca salvarse y empezaremos otra vez.

Harvis se defendió débilmente:

—Está perdiendo el tiempo, señor Courtenay. He trabajado al lado del señor Runstead, y él opina que todo este papeleo es inútil. Y el señor Runstead sabe tanto como usted.

Yo conocía muy bien a Runstead, y sabía que era capaz de cualquier cosa.

—Muéstreme algo con esa opinión de Runstead —le dije abruptamente—. Cartas, memoranda, cintas grabadas. Cualquier cosa.

—Enseguida, señor —dijo Harvis, y se zambulló en los cajones de su escritorio.

Examinó cartas, comunicaciones, y nos hizo escuchar algunas cintas magnetofónicas, y el miedo y la frustración fueron acentuándose cada vez más en su rostro. Al fin dijo, confundido:

—No puedo encontrar nada..., pero estoy seguro...

Seguro que estaba seguro. En las formas más refinadas de la publicidad se convence al cliente sin dejarle saber que se está convenciendo. Este débil hombrecito había sido adoctrinado indirectamente por Runstead, y enviado luego a sabotear el proyecto Venus.

—Está despedido, Harvis —le dije—. Váyase, y no vuelva por aquí. Y le recomiendo que no vaya a buscar empleo en otra agencia de publicidad.

Entré en la otra oficina y anuncié:

—Están todos despedidos. Todos. Recojan sus cosas y váyanse. Recibirán sus cheques por correo.

Me miraron con la boca abierta. Kathy murmuró a mis espaldas:

—Mitch, ¿es esto necesario realmente?

—Claro que es necesario. ¿Ha advertido alguien a la central lo que estaba ocurriendo? No. Se dejaron estar. Esto es como una infección, Kathy.

Ham Harvis pasó a nuestro lado y se encaminó hacia la puerta. En su rostro estaba pintado el desconcierto. Había estado tan seguro de que seguía los consejos de Runstead... Llevaba un abultado portafolios en una mano y un impermeable en la otra. No me miró.

Entré en su oficina vacía y alcé el aparato que comunicaba directamente con Nueva York.

—¿Hester? —pregunté—. Le habla Courtenay. Acabo de despedir a todo el personal de San Diego, California. Notifique a Personal y que arreglen lo de sus sueldos. Y comuníqueme con el señor Runstead.

Tamborileé con mis dedos impacientemente sobre la mesa durante casi un minuto, y al fin Hester dijo:

—Señor Courtenay, lamento haberlo hecho esperar. La secretaria del señor Runstead dice que su jefe ha salido para Pequeña América en una de esas giras. Dice que como el señor Runstead terminó felizmente el asunto IGA, necesitaba un descanso.

—Necesitaba un descanso... Dios Todopoderoso. Hester, resérveme un pasaje de Nueva York a Pequeña América; vuelvo en el primer aeroplano. Pero trate de que coincidan los horarios, y de que pueda salir enseguida para el Polo, ¿me entiende?

—Sí, señor Courtenay.

Colgué y me encontré con la mirada asombrada de Kathy.

—Sabes, Mitch —me dijo—, he sido injusta contigo. Te he acusado de mal carácter. Pero ahora veo donde lo adquiriste. ¿Esto ocurre muy a menudo?

—No —le contesté—. Nunca he visto un caso igual. Pero todos se pasan el tiempo tratando de desacreditarse mutuamente. Querida, debo irme. Trataré de alcanzar en el aeropuerto el próximo aeroplano para Nueva York. ¿Vienes conmigo?

Kathy dudó unos instantes.

—¿No te importa si me quedo? Quisiera dar unas vueltas por la ciudad.

—No, no; puedes quedarte. Diviértete y llámame cuando vuelvas a Nueva York.

Nos besamos y corrí hacia la calle. No había nadie en las oficinas y le dije al portero que una vez que Kathy saliera, cerrara hasta nueva orden.

Miré hacia atrás desde la calle, y vi que Kathy me saludaba agitando la mano desde aquel raro y endeble edificio.

6

Descendí por la rampa del aeropuerto de Nueva York, y allí estaba Hester.

—Gracias, Hester —le dije—. ¿Cuándo sale el cohete para el Polo?

—Dentro de doce minutos, de la plataforma seis, señor Courtenay. Aquí está su pasaje. Y algo para comer por si...

—Muy bien. Perdí la comida.

Caminamos hacia la plataforma del cohete, y yo fui masticando un sándwich de queso regenerado.

—¿Qué hay de nuevo en la oficina? —pregunté, distraídamente.

—Una gran excitación a propósito del despido de la gente de San Diego. El personal elevó una queja al señor Schocken. Este respondió apoyándolo a usted con un argumento de Fuerza Cuatro.

No estaba tan bien. Fuerza Doce... un huracán... una explosión en su oficina, y una frase como ésta: «¿Cómo se atreven ustedes, simples amas de casa, a juzgar la decisión del director de un proyecto? Que no se vuelva a repetir...», etc. Fuerza Cuatro... una brisa: «Señores, estoy seguro de que el señor Courtenay ha tenido sus buenas razones para tomar esa decisión. Muy a menudo, la tarea rutinaria nos impide ver los lineamientos generales...»

Le hice una pregunta a Hester:

—La secretaria de Runstead, ¿es simplemente una empleada, o también una... —iba a decir una «soplona», pero alteré suavemente mi frase— ...también una confidente?

—Runstead le tiene mucha confianza —declaró Hester con prudencia.

—¿Cómo reaccionó ante el asunto de San Diego?

—Alguien me dijo que se rió mucho, señor Courtenay.

No quise seguir preguntando. Era justo que yo quisiese conocer la posición de los jefes. Pero no podía pedirle a Hester que acusara a una de sus compañeras. Aunque había muchas que lo hacían.

—Volveré pronto —le dije—. Tengo algo que arreglar con Runstead.

—¿No lo acompaña su mujer?

—No. Es una cirujana. Voy a despedazar a Runstead, y si la doctora Nevin viniese conmigo trataría de juntar los pedazos.

Hester se rió cortésmente.

—Buen viaje, señor Courtenay.

Habíamos llegado a la plataforma seis.

No fue un buen viaje. Fue un viaje miserable, en un miserable y reducido cohete de turismo. Volábamos a baja altura, y las lentes prismáticas de las ventanillas siempre me marean. Uno mira hacia afuera y se encuentra mirando hacia abajo. Y peor aun, todos los anuncios eran de Tauton. Cuando uno acaba de convencer a su estómago de que todo está bien, y comienza a interesarse en el paisaje, pum, un imbécil anuncio de Tauton, de un erotismo recargado, ocupa la ventanilla, y una musiquita machacona e insulsa le taladra a uno los oídos.

Estábamos pasando sobre el valle del Amazonas —un paisaje muy interesante— y yo comenzaba a admirar la tercera presa eléctrica, nada menos que la más poderosa del mundo, cuando de pronto: «Sostén, sostén Soportador, sostén continuamente; no te arrugues, no te muevas, sostén firmemente». Las imágenes del antes y después eran del peor gusto posible, y agradecí nuevamente a Dios el estar trabajando para Fowler Schocken.

Lo mismo ocurrió al salir de Tierra del Fuego, cuando pasábamos sobre unas grandes factorías de ballenas, vastas áreas oceánicas cercadas por redes metálicas que no dejan salir a los cetáceos. Yo estaba mirando fascinado cómo una ballena alimentaba a su retoño —parecía algo así como una operación de reabastecimiento aéreo— cuando volvió a ocupar la ventanilla uno de esos anuncios de Tauton. Cayó sobre mí como una descarga eléctrica: «Señorita, ¿huele usted así ante su señor?»

Se abrió el canal olfativo y no pude más. Usé la bolsa de cartón mientras el anuncio chillaba: «No es raro que él no la quiera. ¡Use Sinolor!», y un trío celestial tarareaba en tiempo de vals: «Transpire, transpire, transpire, pero no destruya el amor», y luego en lenguaje médico, prosaico y abrupto: «No trate de detener la transpiración. Es un suicidio, advierten los médicos. Un desodorante, y no un astringente».

Y luego otra vez la primera línea y los olores. Ya no importaba. No me quedaba nada en el estómago.

Lo mejor de Tauton está en estos anuncios de tipo médico. Uno creería que son invención suya. Mi compañero de asiento, un estrambótico cliente vestido con ropas Universal, me observaba con aire divertido.

—¿Demasiado para usted, amigo? —me preguntó, mostrándome esa antipática superioridad de las gentes que no se marean.

—Hum —dije.

—Esos anuncios enferman a cualquiera —continuó, alentado por mi brillante respuesta.

Bueno, esto no podía quedar así.

—¿Qué quiere decir, exactamente? —le pregunté con brusquedad.

El hombre se asustó.

—Que el olor era un poco fuerte, nada más —dijo, apresuradamente—. Me refería solo a ese anuncio, no a los anuncios en general. No es una protesta, amigo mío.

—Mejor para usted —le dije, y me di vuelta.

Pero el hombre seguía preocupado, y añadió:

—Soy un hombre normal, amigo. De buena familia. Me eduqué en una escuela de las mejores. Yo también soy productor, fabricante de tinturas, y reconozco que hay que vender los productos. Mercados de distribución. Complejos de Ventas. Integración. ¿Ve? ¡Soy un hombre normal!

—Bueno —gruñí—. Entonces, cierre la boca.

Se encogió en su asiento. No me divertí al hacerlo callar, pero había que defender los principios.

Estuvimos volando sobre Pequeña América mientras un par de aparatos de turismo aterrizaban en el hielo. Uno de ellos era un cohete hindú. Me sentí emocionado: la nave había sido enteramente construida por Indiastrias, de la nariz a la cola. La tripulación había sido instruida por Indiastrias y empleada por Indiastrias. Los pasajeros, que bostezaban soñolientos, le pagaban a Indiastrias. E Indiastrias le pagaba a la Sociedad Fowler Schocken.

Un camión de remolque nos metió en Pequeña América: un galpón de material plástico. Sólo nos revisaron una vez. Pequeña América es un apropiado centro de exportación..., una trampa de dólares para los turistas de todo el mundo, y sin interés militar. Hay bases militares en el Polo, pero son escasas, reducidas y están sepultadas en el hielo.

Un reactor de torio suministra energía y calor. Si alguna nación necesitara desesperadamente materiales fisibles y quisiera apoderarse del torio, no se llevaría nada de importancia. Unos molinos de viento colaboran con el reactor. Se han instalado, además, unas «bombas de calor» que no sé cómo funcionan.

Pregunté por Runstead en el puesto de vigilancia. El oficial alzó la vista y me miró:

—Está inscripto en la gira de dos días que sale de Nueva York. Agencia Cook e hijos. Ocupa la habitación III-C-2205.

Me mostró un mapa del lugar y pude ver que eso quería decir espiral tercera, tercer piso, sector quinto, habitación veintidós.

—No puede perderse. Si usted quiere, puedo acomodarlo en la habitación de al lado, señor Courtenay.

—Gracias; más tarde.

Salí de allí y me abrí paso a codazos a través de una multitud que hablaba una docena de idiomas. Llegué a III-C-2205 y toqué el timbre. No contestaron.

Un joven sonriente se acercó a mí y me dijo:

—Soy Cameron, el director de la gira. ¿Puedo serle útil?

—¿Dónde está el señor Runstead? Tengo que verlo. Cuestión de negocios.

—¡Dios mío! Estamos tratando de olvidar todo eso... Veré en mis libros. Venga conmigo, por favor.

Me llevó hasta su oficina-baño-dormitorio y hojeó rápidamente unos libros.

—Ascensión al glaciar Astromejor —me dijo—. Dios mío, fue solo. Partió a las 07:00, provisto de un traje eléctrico con una radio de orientación y una ración de comida. Volverá dentro de cinco horas. ¿Tiene reservada ya su habitación, señor...?

—No todavía. Antes tengo que ver a Runstead. Es urgente.

Y lo era. Si no le ponía las manos encima inmediatamente, me iba a estallar una arteria.

El menudo y revoloteante director de giras pasó cerca de cinco minutos tratando de convencerme de que me inscribiera en su gira. Él lo arreglaría todo. Si no, me arrastrarían de un lado a otro, tendría que comprar o alquilar el equipo a algún concesionario, y al final no sería improbable que no me dejaran salir. Me pasaría el resto del tiempo buscando a aquel maldito concesionario, y así terminarían mis vacaciones.

Me inscribí en la gira. Cameron me sonrió de oreja a oreja, y me llevó a mi habitación. De unos tres metros por cuatro; muy lujosa..., si no hubiese tenido la forma de una cuña.

Cinco minutos después, Cameron me entregaba el equipo:

—El traje eléctrico. Póngaselo así. Eso es. Es lo único que puede fallar. Si le faltara la corriente, tómese esta pastilla narcótica y no se preocupe. Se quedará helado, pero estaremos con usted antes que se le destruyan los tejidos. Botas. Póngaselas así. Bien. Guantes. Póngaselos. La capa. El capuchón. Los anteojos. El orientador de radio. Dígale al guarda que está en la puerta «al Glaciar Astromejor», y le indicará enseguida el camino. Dos sonidos simples indican «ida» y «vuelta». Cuando va hacia el glaciar se oye «bip-bip»: ascenso. Cuando vuelve del glaciar, «bep-bep»: descenso. Recuerde. Es fácil. Al subir al glaciar, sube el tono; al bajar del glaciar baja el tono.

»Señal de peligro: esta llave roja. Los aeroplanos llegarán hasta usted en pocos minutos. Claro que tendrá que pagar aparte por la búsqueda y el rescate, así que no le aconsejo que mueva esa llave sólo para que lo traigan en aeroplano. Es mejor descansar, beber un sorbo de Mascafé, y seguir adelante. El mapa de la región. Zapatos para la nieve. La brújula, y la ración de comida. Señor Courtenay, está usted equipado. Lo acompañaré hasta la salida.

El equipo no era tan engorroso como me había parecido al principio. Para protegerme de unos simples vientos invernales en Chicago, habría cargado más cosas. Los objetos de mayor peso: las pilas, la radio y la caja de comida, estaban bien distribuidos. Los zapatos para la nieve podían convertirse en un par de varas ganchudas, para ayudarme durante la ascensión, y cabían perfectamente en una especie de carcaj que me eché a la espalda.

La revisión que me hicieron en la puerta fue total. Me auscultaron el corazón y me examinaron el equipo, principalmente el traje eléctrico. Todo estaba bien. Dirigieron la antena de la radio hacia el glaciar, y me recomendaron que no fuera más lejos.

No hacía frío, por lo menos dentro del traje. Abrí la aleta del capuchón transparente. La cerré enseguida. Cuarenta grados bajo cero, me habían dicho. Un número sin significado hasta que lo sentí en la nariz durante una fracción de segundo. En los alrededores de Pequeña América el terreno era una masa de hielo, y me bastaron mis zapatos de suela claveteada. Consulté la brújula y el mapa, y orienté mi camino. De cuando en cuando apretaba en mi manga izquierda el dispositivo conectado con la radio y un tranquilizador «bip-bip, bip-bip, bip-bip» resonaba en el interior de mi capucha.

Me crucé con un grupo de personas que retozaba sobre el hielo y los saludé alegremente. Parecían chinos o hindúes. ¡Qué aventura estaban viviendo! Pero jugaban a la sombra de Pequeña América como nadadores tomados de una balsa. Más lejos, otro grupo estaba practicando un juego desconocido. De unos postes clavados en los extremos de un campo rectangular colgaban unos canastos sin fondo. El objeto del juego

era meter una pelota de silicona en los canastos. Más lejos aún, se veían unos cuantos esquiadores dirigidos por unos hombres vestidos de rojo.

Caminé unos minutos, y miré hacia atrás. Ya no veía los trajes rojos, y Pequeña América era sólo una sombra grisácea. «Bip-bip» dijo mi radio, y seguí adelante. Runstead iba a tener noticias mías muy pronto.

La sensación de soledad era rara, pero no desagradable. Detrás de mí ya no había ni rastros de Pequeña América. No se veía ni aquella mancha gris. Y no me importó. Jack O'Shea habría experimentado quizá algo semejante, y tal vez por eso no encontraba palabras bastante expresivas.

Los pies se me hundían en la nieve, y me puse las raquetas. Se ajustaron muy bien a mis pies y ensayé algunos pasos trastabillantes. Enseguida comencé a caminar con facilidad, deslizándome suavemente. No era como flotar, pero tampoco era como taconear sobre el pavimento..., y durante mis treinta años de existencia yo no había pisado sino calles pavimentadas.

Seguí caminando. Elegía algún punto e iba hacia él: un montículo de nieve de forma rara, una sombra azul en medio de una planicie. La radio continuaba tranquilizándome. Me sentí lleno de orgullo de mi fácil dominio de la naturaleza.

A las dos horas tenía un hambre atroz. Me puse en cuclillas, abrí mi bolsa de silicona y me metí dentro. De cuando en cuando sacaba prudentemente la nariz. Pasaron cinco minutos. Inspiré el aire de la bolsa, que estaba ya bastante templado, y devoré rápidamente un poco de levadura recalentada. Luego bebí unos sorbos de té. Traté también de fumarme un cigarrillo, pero a la segunda bocanada la carpa estaba llena de humo y me lloraban increíblemente los ojos. Apagué con pesar el cigarrillo, cerré mi capucha, desarmé la tienda y me desperecé alegremente.

Consulté unos instantes la brújula y la radio, y eché a caminar. Demonios —me dije a mi mismo—, mis diferencias con Runstead son sólo cuestión de temperamento. Runstead no entiende que a alguien le gusten los espacios abiertos, y yo sí. Lo pensé sin malicia. Para Runstead, Venus es una locura porque no sabe que a cierta gente les gusta esa vida... Sólo tengo que explicárselo y...

El argumento, de buena fe, se deshizo instantáneamente. Runstead también estaba en el glaciar. Y era indudable que se sentía atraído por los espacios abiertos, pues de todos los lugares de turismo que pueden visitarse en la Tierra había elegido el glaciar Astromejor. Bueno, dentro de poco me encontraría con él.

Miré a través de mi compás y elegí como mi próxima meta una mancha negra que se alzaba a lo lejos. No podía ver de qué se trataba, pero era fácilmente visible, y no se movía. Eché a correr, pero me faltó la respiración y a pesar de mi mismo tuve que aflojar el paso. Era un hombre.

Cuando me faltaban diez metros el hombre miró impaciente su reloj, y yo empecé a correr otra vez.

—¡Matt! —grité— ¡Matt Runstead!

—Has acertado, Mitch —me dijo con su desagradable voz de costumbre—. Hoy estás inteligente.

Lo miré con lentitud, estudiando su rostro, preparando las frases que quería decirle. Los esquíes de Runstead se alzaban ante él, clavados en la nieve.

—¿Qué ha pasado... qué...? —comencé a decir.

—Tengo prisa —dijo Runstead—; ya me has hecho perder bastante tiempo. Adiós, Mitch.

Me quedé mirándolo, y Runstead recogió sus esquíes, los hizo girar en el aire y los lanzó contra mí. Caí hacia atrás, lleno de dolor, asombro y rabia. Sentí que Runstead me andaba en la ropa, y luego dejé de sentir.

Me desperté pensando que se me habían caído las mantas y que estos primeros días de otoño eran excesivamente fríos. Luego el cielo antártico, helado y azul, me acuchilló los ojos, y sentí la nieve blanda debajo del cuerpo.

Era verdad, entonces. Me dolía terriblemente la cabeza y tenía las carnes heladas. Demasiado heladas. Las pilas eléctricas no estaban en su sitio. El traje, los guantes y los zapatos no recibían calor alguno; la radio no podía funcionar. No había forma de pedir auxilio. Traté de incorporarme y el frío se apretó contra mi cuerpo como una ventosa. Sobre la nieve se veían unas huellas que llevaban a alguna parte. ¿Adónde? Eran mis propias huellas. Decidí seguirlas. Di un paso, y luego otro, y luego otro.

Las raciones de comida. Podía romper los sellos y dejar que el calor me llenara el traje durante unos segundos. Y mientras avanzaba lentamente, me decía a mí mismo: ¿te detendrás mientras el cuerpo absorbe el calor de la comida, o seguirás caminando? Ha ocurrido algo increíble; te duele la cabeza. Te sentirás mejor si te sientas un momento, si abres una ración o dos, y sigues después.

No me detuve; sabía lo que podía significar. Arrastré trabajosamente los pies y saqué a tientas una lata de Mascafé, con dedos que apenas me obedecían, y la metí entre las ropas. Este débil pulgar no podrá romper el sello de la lata, me dije; siéntate un momento y recupera tus fuerzas. No; no tienes que acostarte, aunque te parezca agradable... Rompí el sello y el calor titilante me lastimó la piel.

Sentí que se me nublaban los ojos. Abrí otras latas, y después no tuve fuerzas ni para sacarlas del bolsillo. Me dejé caer sobre la nieve y me incorporé en seguida. Y luego volví a dejarme caer, avergonzado, diciéndome a mí mismo que me pondría de pie en menos de un segundo. Lo haría por Kathy, dentro de un segundo; por Kathy, dos segundos más; por Kathy, tres segundos más, sólo tres segundos más.

No me levanté.

7

Me quedé dormido sobre una montaña de fuego. Desperté en un infierno de ruidos y desorden, donde no faltaban las rojas hogueras y unos serviciales demonios de aspecto brutal. Destino apropiado para un redactor de Tauton. Me sorprendió verme ahí.

La sorpresa no duró mucho tiempo. Uno de los demonios me sacudió tomándome del hombro, y me dijo:

—Ayúdame, dormilón. Tengo que guardar mi hamaca.

Se me aclaró la cabeza. Era indudable que el tal demonio era simplemente un consumidor de las clases bajas. ¿Un ayudante de hospital, quizá?

—¿Qué lugar es éste? —le pregunté— ¿Estamos de regreso en Pequeña América?

—Demonios, hablas raro —comentó—. Ayúdame, ¿quieres?

—¡No, ciertamente! Soy un jefe de publicidad.

Me miró con compasión y dijo:

—Dopado.

Y se perdió en esa noche rojiza. Me incorporé, tambaleante, y me tomé de un hombre que caminaba rápidamente entre las sombras.

—Perdone —le dije—, ¿qué lugar es éste? ¿Un hospital?

El hombre era otro consumidor, de peor carácter que el primero.

—¡Suéltame! —gritó. Lo solté—. Si te sientes enfermo, espera el aterrizaje.

—¿El aterrizaje?

—Sí, el aterrizaje. Oye, ¿qué clase de contrato has firmado?

—¿Contrato? ¿Qué contrato? Pero... Oiga usted, no me hable en ese tono. Soy jefe de publicidad y...

Su expresión cambió.

—Ajá —dijo con aire interesado—. Enseguida lo arreglo. Un minuto. Volveré con el asunto.

Volvió enseguida. «El asunto» era una capsulita verde.

—Sólo quinientos —murmuró—. La última a bordo. No querrás llegar acalambrado... Esto te calmará hasta que aterricemos.

—¿Aterrizar? ¿Dónde? —grité—. Pero, ¿qué pasa aquí? No me interesan sus narcóticos. Dígame dónde estoy y qué pude haber firmado, y lo demás corre por mi cuenta.

Me miró de cerca y dijo:

—Te tomó fuerte. ¿Un golpe en la cabeza? Bueno. Estamos en la bodega número seis del carguero Thomas H. Malthus. Viento y tiempo desconocidos. Ruta, 273 grados. Velocidad, 450. Destino, Costa Rica. Lleva sujetos despreciables como tú y como yo para las plantaciones Clorela.

Parecía el recitado de un oficial de guardia, o la triste parodia del mismo.

—Está usted... —comencé a decir.

—Terminado —concluyó el hombre amargamente, y se quedó mirando la cápsula verde que tenía en la mano.

De pronto se la tragó, y siguió diciendo:

—Pero empezaré otra vez —una chispa le brilló en los ojos—. Voy a introducir en la plantación métodos nuevos y eficientes. Seré capataz en una semana. Jefe en un mes. Director en un año. Y entonces compraré la Línea Cunard, y le pondré turbinas de oro. Sólo primera clase. Sólo lo mejor para mis pasajeros. El viaje será suave y tranquilo. Y en la mejor de mis naves construiré para ti una cabina de oro. Sólo lo mejor para mi amigo. Si no te gusta el oro, le pondremos platino. Si no te gusta...

Y siguió así, con su monótona letanía de narcotizado. Me alejé. Por suerte yo no me había acostumbrado a las drogas. Me recosté contra uno los mamparos. Alguien se sentó a mi lado y dijo con una voz que quería ser agradable:

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola —dije—. Dígame, ¿vamos realmente a Costa Rica? ¿Dónde puedo encontrar a un oficial? Todo esto no tiene sentido.

—Oh —dijo el hombre—, ¿para qué preocuparse? Vive y deja vivir. Come, bebe y diviértete: ésa es mi divisa.

—¡Sáqueme esas sucias manos de encima! —le grité.

El hombre comenzó a chillar, insultándome, y yo me levanté y me fui caminando por entre piernas y torsos.

Ocurría que yo no había conocido realmente a ningún consumidor, salvo durante esos cortos períodos en que estaban a mis órdenes. Del mismo modo, yo había aceptado a la ligera la base homosexual de los consumidores, y hasta la había aprovechado en mis anuncios, sin conocer realmente su verdadera extensión.

Tenía que salir de la bodega número seis. Tenía que volver a Nueva York, poner en claro las artimañas de Runstead, volver a Kathy y a mi amistad con Jack O'Shea, y a mi empleo en la Sociedad Fowler Schocken. Tenía que hacer algo.

Sobre una de las luces rojas se leía SALIDA DE EMERGENCIA. Pensé en los centenares de hombres amontonados en la bodega, y los imaginé tratando de salir por ese agujero. Me estremecí.

—Perdóneme, amigo mío —dijo alguien con voz ronca—. Será mejor que se mueva.

Comenzó a vomitar. A bordo de los cargueros no se distribuían, aparentemente, bolsas de papel. Empujé la puerta de emergencia y salí de la bodega.

—¿Qué hay? —gruñó un enorme guardián de la agencia de Detectives.

—Quiero ver a un oficial de la nave —le dije—. Estoy aquí por error. Mi nombre es Mitchell Courtenay, Jefe de publicidad de la Sociedad Fowler Schocken.

—El número —me inquirió bruscamente.

—16-156-187 —le respondí, y admito que había algo de orgullo en mi voz. Pueden sacarle a uno el dinero, la salud y los amigos, pero no un número bajo de Seguridad Social.

El guarda comenzó a arremangarme suavemente. Un segundo después, me arrojaba de una bofetada contra las planchas metálicas.

—Vuelve a tu sitio —rugió—. Esto no es una excursión. Y no me gusta tu forma de hablar.

Miré incrédulamente el hueco de mi codo. El tatuaje decía ahora: 1304-9974-1416-156-187723. Mi verdadero número estaba metido entre los otros. Las tintas eran iguales; sólo se advertía un leve cambio en la forma de los números. Muy leve, pero yo podía darme cuenta.

—¿Qué esperas? —me dijo el guarda—. ¿Nunca habías visto tu número?

—No —dije suavemente.

Me temblaban las piernas. Estaba asustado, muy asustado.

—Nunca he visto este número. Lo tatuaron alrededor de mi número verdadero. Soy Courtenay, de veras. Puedo demostrarlo. Le pagaré si...

Metí las manos en los bolsillos y no encontré el dinero. De pronto vi que estaba vestido con un traje Universal raro y arrugado, con manchas de comida y otras cosas.

—Bueno, paga —dijo el guarda, impaciente.

—Le pagaré más tarde —le dije—. Lléveme ante alguna autoridad y...

Un oficial de aviación, vestido elegantemente con el uniforme de la Panagra, asomó la cabeza por el estrecho corredor.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó al guarda—. Las luces de la escotilla están todavía encendidas. ¿No puede conservar un poco de orden en la bodega? Ya sabe que nos podemos quejar a su compañía.

Hablaba como si yo no existiera.

—Lo siento, señor Kofler —dijo el guarda haciendo un saludo—. Este hombre parece dopado. Salió y me dijo que es un jefe de publicidad y que está a bordo por error...

—¡Mire mi número! —le grité al teniente.

Le metí el codo en las narices y el hombre arrugó la cara. El guarda me tomó de un brazo y me advirtió con un gruñido:

—No molestes a..

—Un minuto —dijo el oficial de la Panagra—. Yo me encargaré de este hombre. Es un número muy alto, compañero. ¿Qué espera probar mostrándome esto?

—Se han agregado cifras, antes y después. Mi verdadero número es 16-156-187. ¿Lo ve? ¡Los otros números son diferentes! ¡Han sido adulterados!

Reteniendo el aliento, el teniente me miró el brazo, desde muy cerca.

—Hum —dijo—. Puede ser... Venga conmigo.

El guarda corrió a abrirnos la puerta. Parecía asustado.

El teniente me llevó a través de unos cuartos donde rugían los motores. Llegamos a la oficina —del tamaño de un sombrero— del comisario de la nave. El comisario era un gnomo de rasgos afilados que llevaba su uniforme de la Panagra como si fuera una bolsa.

—Muéstrole su número —me dijo el teniente. Se lo mostré—. ¿Qué se sabe de este hombre? —le preguntó luego al comisario.

El comisario metió una tarjeta en el aparato de lectura y encendió las luces de la pantalla.

—1304-9974-1416-156-187723 —leyó al fin—. Groby, William George; 26 años, soltero. Hogar destruido por abandono del padre; tercer hijo de una familia de cinco; balance mental H-H; masculinidad 1; salud 2,9; trabajos de clase 2 y de 1,5 durante siete años y tres meses respectivamente; educación 9; contrato último, B —el comisario alzó la vista y miró al oficial—. Una historia muy pobre, teniente. ¿Hay alguna razón especial para que me ocupe de este hombre?

—Pretende ser un jefe de publicidad que está aquí por error. Dice que alguien ha alterado su número. Y su lenguaje está un poco por encima de su clase.

—Ajá —dijo el comisario—. No es mucho. Hijo tercero de un hogar destruido, de muy bajo nivel. Seguramente lee sin cesar para tratar de mejorarse. Pero notará usted...

—Basta —le dije de pronto al hombrecito, ya completamente harto—. Soy Mitchell Courtenay. Puedo comprarlo y venderlo a usted sin alterar mayormente mi cuenta de gastos chicos. Estoy a cargo de la Sección Venus en la Sociedad Fowler Schocken. Quiero ir inmediatamente a Nueva York. Allí terminaremos esta farsa. Vamos. ¡Rápido! ¡Malditos sean!

El teniente me miró alarmado y tomó enseguida el teléfono; pero el comisario sonrió y se lo sacó de la mano.

—¿Mitchell Courtenay, dice usted? —preguntó amablemente. Buscó otra tarjeta y la puso en el aparato—. Eso es —dijo, después de manipular algunos dispositivos.

El teniente y yo nos acercamos a mirar.

Era la primera página del New York Times. En la primera columna, se leía una nota necrológica sobre Mitchell Courtenay, jefe de la Sección Venus en la Sociedad Fowler Schocken. Me habían encontrado muerto en el glaciar Astromejor, no muy lejos de Pequeña América. Había estado metiendo la mano en mi equipo de energía y éste dejó de funcionar.

El teniente abandonó la lectura, pero yo seguí durante un rato. Matt Runstead era el nuevo jefe de la Sección Venus. Yo era una pérdida irreparable para mi profesión. Mi mujer, la doctora Nevin, había rehusado toda entrevista. Fowler Schocken había pronunciado una brillante apología sobre mí. Yo era amigo de Jack O'Shea, el pionero del espacio, quien se había sorprendido y se había entristecido sobremanera al enterarse de las noticias.

—Compré el periódico en Ciudad del Cabo —dijo el comisario—. Meta a este hijo de perra en su sitio, ¿quiere, teniente?

El guardia me llevó a puntapiés y a bofetadas hasta la bodega número seis, y me lanzó de un empujón a la rojiza oscuridad. Reboté en el cuerpo de alguno. Después de haber respirado el aire relativamente fresco de las oficinas, el hedor de la bodega me pareció insoportable.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó el colchón humano amablemente.

—Traté de decirles quién era —me detuve. Así no iba a ninguna parte—. ¿Qué viene ahora? —le pregunté.

—Aterrizamos. Luego los cuarteles. El trabajo. ¿Qué clase de contrato has firmado?

—B, según me han dicho.

El hombre lanzó un silbido.

—Parece que te agarraron de veras, ¿eh?

—¿Qué quiere decir? ¿De qué se trata?

—Oh, ¿has firmado a ciegas? Malo. El contrato B dura cinco años; es para refugiados, incapaces y tontos. Vigilan hasta la conducta. Me ofrecieron el B pero les dije que si no tenían otra cosa me enrolaría en el Expreso Brinks. Conseguí un contrato F... Se ve que necesitaban trabajadores con urgencia. Es sólo por un año; puedo comprar en almacenes que no son de la compañía, y tiene algunas otras ventajas.

Me llevé las manos a la cabeza.

—No puede ser un lugar tan malo —le dije—. Vida en el campo... cultivos... sol y aire fresco.

—Hum —dijo el hombre, con cierto embarazo—. Es mejor que la industria química, me imagino. Quizá no tan bueno como las minas. Ya lo verás.

Se alejó, y yo, en vez de dedicarme a hacer planes, caí en una especie de modorra.

No hubo ninguna señal de aterrizaje. Golpeamos contra el suelo, y bastante fuerte. Se abrió una compuerta y el sol enceguecedor del trópico entró la nave. Después de la oscuridad de la bodega, me lastimó los ojos. Junto con el sol no entró el aire del campo, sino una nube de aerosol desinfectante. Salí de abajo de un montón de trabajadores y me dejé llevar por la corriente hacia la puerta.

—Póngase esto, estúpido —me dijo un hombre de rostro duro que llevaba un uniforme de guardián de fábricas.

Me arrojó una placa numerada con una soga para que me la echase al cuello. Todos recibieron una, y nos alineamos junto a un mostrador fuera de la nave. Estábamos a la sombra de la plantación Clorela, una elevada estructura de ochenta pisos, una torre de ochenta canastos embutidos. En cada piso se veían varios espejos, y alrededor del edificio se extendían algunos centenares de metros cuadrados de espejos que recogían la energía solar, la volcaban a su vez en los espejos del edificio, y luego en los tanques de fotosíntesis.

Desde el aire era una vista espectacular, aunque no rara. Desde abajo, era sencillamente un infierno. Yo debería de estar planeando algo, pero en mi cabeza sólo bailaba esta frase: «Desde las soleadas plantaciones de Costa Rica, recolectadas por las diestras manos de los orgullosos granjeros independientes, vienen las jugosas y maduras proteínas Clorela». Sí, yo era el autor de esa frase.

—¡Vamos, muévanse! —nos gritó un guardián—. ¡Muévanse, malditos basureros! ¡Muévanse!

Me puse una mano ante los ojos, para protegerme del sol, y avancé hacia la mesa. Un hombre de anteojos oscuros me preguntó:

—¿Nombre?

—Mitchell Court...

—Este es —dijo la voz del comisario.

—Muy bien, gracias. Óyeme, Groby. Los hombres que han tratado de romper un contrato B siempre se han arrepentido. ¿Sabes a cuánto ascienden las entradas anuales de Costa Rica?

—No —murmuré.

—A cerca de ciento ochenta y tres mil millones de dólares. ¿Y sabes a cuánto ascienden los impuestos que paga Clorela?

—No, maldita sea, no...

—A ciento ochenta mil millones de dólares. Un hombre listo como tú comprenderá en seguida que el gobierno y los jueces de Costa Rica obedecen a Clorela. Si queremos hacer un escarmiento con un trabajador que ha intentado romper su contrato, Costa Rica lo hará en nuestro nombre. Puedes estar seguro. Bien, ¿cómo te llamas, Groby?

—Groby —respondí con voz ronca.

—¿Nombre de pila? ¿Nivel de educación? ¿Equilibrio H-H?

—No me acuerdo. Pero si me lo escribe en un papel me lo aprenderé de memoria.

Oí la risa del comisario, que decía:

—Lo hará, estoy seguro.

—Muy bien, Groby —dijo cordialmente el hombre de anteojos oscuros—. No ha pasado nada. Toma, tus datos. Aún haremos de ti un buen despellejador. Sigue caminando.

Seguí caminando. Un guardián tomó mis papeles y gritó:

—¡Los despellejadores, por aquí!

«Por aquí» era por debajo del primer piso, a través de una luz aún más brillante, y un corredor rodeado de tanques largos y malolientes, hacia una puerta ubicada en el pilón central. La puerta daba a un cuarto luminoso, pero que parecía casi sombrío después de aquel sol triplicado.

—¿Despellejador? —dijo un hombre. Parpadeé y asentí—. Yo soy Mullane, encargado de los turnos. Quiero preguntarte algo, Groby —dijo, lanzando una mirada a mi tarjeta—. Necesitamos un despellejador en el piso cuarenta y uno, y otro en el sesenta y siete. Dormirás en el piso cuarenta y tres. ¿En donde quieres trabajar? Te advierto que los ascensores no funcionan para los despellejadores y otras gentes de la clase 2.

—En el piso cuarenta y uno —le dije, tratando de leer en su cara.

—Elección inteligente —me dijo el hombre—. Muy, pero muy inteligente —y allí se quedó mirándome, de pie, mientras pasaban los minutos. Al fin añadió:—. Me gusta cuando un hombre inteligente se conduce de un modo inteligente.

Hubo otra pausa.

—No tengo dinero —le dije.

—No es nada —replicó—. Te prestaré algo. Firma aquí y te lo descontaremos del sueldo. Es un simple préstamo de cinco dólares.

Leí la nota y la firmé. Tuve que mirar otra vez mi tarjeta de identidad. Había olvidado mi nombre de pila. Mullane garabateó un «41» y sus iniciales en uno de mis papeles y se fue sin darme los cinco dólares. No lo seguí.

—Yo soy la señora Horrocks, la encargada de la casa —me dijo una mujer suavemente—. Bienvenido a la familia Clorela, señor Groby. Espero que pase muchos años felices con nosotros. Y ahora a trabajar. Ya le habrá dicho el señor Mullane que ubicaremos esta última conscripción de vagabundos, quiero decir este grupo de contratados, en el piso cuarenta y uno. Es mi deber cuidar que todos los alojados en un mismo dormitorio congenien entre sí.

La cara de la mujer me recordaba vagamente a una tarántula. La mujer prosiguió:

—Tenemos una cama disponible en el dormitorio siete. Son todos jóvenes agradables. Quizá le guste a usted vivir con ellos. Es muy importante vivir con los de la misma clase.

Comprendí a dónde iba y le dije que el dormitorio siete no me interesaba. La mujer continuó animadamente:

—Entonces, el dormitorio doce. Son bastante maleducados, pero los mendigos no pueden elegir, ¿no es cierto? Les gustará ver a un hombre joven. Ya lo creo. Pero tendrá que llevar un cuchillo, o alguna otra arma. ¿Lo pongo en el dormitorio siete, señor Groby?

—No —le dije—. ¿No tiene otra cosa? Ah, y a propósito, ¿no podría prestarme cinco dólares hasta el día de pago?

—Lo pondré en el dormitorio diez —dijo la mujer, escribiendo—. Sí, puedo prestarle algún dinero. ¿Diez dólares? Firme y deje su impresión digital en esta nota, señor Groby. Gracias.

La mujer salió caminando en busca de otra víctima. Un hombre gordo, de rostro sanguíneo, me tomó por el brazo y dijo roncamente:

—Compañero, bienvenido a las filas de la Unión Independiente de Obreros Panamericanos de la Industria de la Proteína. Este panfleto te explicará cómo la UIOPIP protege a los obreros contra los innumerables abusos y engaños que son plaga de nuestra industria. El ingreso y las cuotas son descontados automáticamente, pero este panfleto es extra.

—Compañero —le pregunté—, ¿qué puede pasarme si no compro el panfleto?

—No me hago responsable —dijo el hombre, simplemente.

Me prestó cinco dólares para comprar el panfleto.

No tuve que subir por la escalera. No había ascensores para los hombres de clase 2, pero sí una cinta sinfín de carga de la que uno podía colgarse. Era un poco peligroso saltar hasta la cinta o de ella, y el espacio libre era escaso. Sí a uno le sobresalía el trasero, seguro lo perdía.

En el dormitorio se amontonaban sesenta camastros, en pilas de tres. Como se trabajaba únicamente durante las horas de luz, no se usaba el sistema de camas calientes. Mi cama era toda mía; gran negocio...

Cuando entré, un negro de cara avinagrada estaba barriendo perezosamente el corredor central.

—¿Nuevo? —me preguntó, y miró mi tarjeta—. Esa es tu cama. Yo soy Pine, encargado del dormitorio. ¿Sabes despellejar?

—No —dije—. Dígame, señor Pine, ¿desde dónde puedo llamar por teléfono?

—Sala de juegos —señaló con el pulgar.

Fui a la sala. Había un teléfono, un gran aparato hipnótico, máquinas lectoras, películas y revistas. Me rechinaron los dientes al ver la resplandeciente cubierta del semanario de Tauton. El teléfono tenía una tarifa, por supuesto. Volví furioso al dormitorio.

—Señor Pine —le dije—, ¿me puede prestar veinte dólares en metálico? Tengo que hacer un llamado a larga distancia.

—¿Veinte dólares, y devuelves veinticinco? —preguntó astutamente.

—Muy bien. Como usted quiera.

El negro redactó lentamente una nota y yo la firmé e imprimí sobre ella mi impresión digital. Luego Pine sacó el dinero de sus deformes bolsillos y lo contó cuidadosamente.

Quería llamar a Kathy; pero no me atrevía. Tanto podía estar en su casa como en el hospital. Podía no encontrarla. Eché un río de monedas y marqué los quince números de la Sociedad Fowler Schocken. Esperé a que la telefonista me dijera:

—Sociedad Fowler Schocken, buenas tardes. Las tardes son siempre buenas para la Sociedad Fowler Schocken y sus clientes. ¿En qué puedo servirlo?

Pero no oí eso. El teléfono dijo:

—¿Su número de prioridad, por favor?

Números de prioridad para llamados a larga distancia. No lo tenía. Una firma con una cuenta inferior a un billón de dólares no puede obtener un número de prioridad de menos de cuatro cifras. Las líneas de larga distancia están tan atestadas, que el número de prioridad de un simple individuo es de una longitud inimaginable. Naturalmente, eso no me había preocupado mientras llamaba desde Fowler Schocken. El número de prioridad era un lujo al que tendría que renunciar.

Colgué lentamente. No recuperé el dinero.

Podía escribirles a todos, pensé. A Kathy, y Jack O'Shea y Fowler, y Hester, y Tildy. Llamar a todas las puertas. Querida esposa (o jefe): estas líneas son para anunciarte que tu marido (o empleado), a quien crees bien muerto, no está realmente muerto sino inexplicablemente contratado en Costa Rica por Clorela. Por favor ven a buscarme. Firmado, tu amante esposo (o empleado), Mitchell Courtenay.

Pero la compañía Clorela tenía sus censores. Volví al dormitorio con la mente vacía. Los hombres estaban entrando en la habitación.

—¡Un novato! —gritó uno de ellos al verme.

—¡El juez exige orden en la sala! —trompeteó otro.

No puedo acusar a esos hombres. Era una costumbre, un recurso para quebrar la monotonía del trabajo, una posibilidad de reinar sobre alguien aún más miserable que ellos, algo que todos habían experimentado alguna vez. Imagino que en el dormitorio siete hubiese sido una experiencia desagradablemente memorable, y que en el dormitorio doce hubiera dejado quizá la vida. El dormitorio diez era sólo de grandes espíritus. Pagué mi «multa» —más préstamos— y recibí mis golpes, y recité unas cuantas blasfemias... y entré a ser parte del dormitorio.

No los acompañé a cenar. Me eché en mi cama y deseé estar verdaderamente muerto.

Despellejar no era difícil. Nos levantábamos al alba. Masticábamos como desayuno un trozo recién arrancado de la Gallina y lo tragábamos con la ayuda de un poco de Mascafé. Luego nos deslizábamos, ya en traje de faena, por la cinta sinfín hasta nuestro piso. En un mediodía radiante, que se prolongaba desde el amanecer hasta la caída del sol, caminábamos a lo largo de los tanques repletos de algas.

Si uno se desplazaba lentamente, cada treinta segundos, más o menos, descubría un nuevo brote maduro, henchido de hidratos de carbono. Arrancábamos el brote de nata y lo arrojábamos al piso central, donde se uniría a los otros brotes, o sería convertido en glucosa para alimentar a la Gallina. Los trozos arrancados a la Gallina alimentarían a su vez al mundo entero, desde la Tierra de Baffin a Pequeña América. Al fin de cada hora, bebíamos unos sorbos de agua e ingeríamos una tableta de sal. Cada dos horas descansábamos cinco minutos.

A la tarde nos sacábamos los trajes y cenábamos (otras tajadas de Gallina) y a partir de entonces éramos dueños de nosotros mismos. Se podía hablar, o leer, o entrar en trance ante una pantalla hipnótica, o ir de compras por los almacenes, o pelearse con alguien, o volverse loco pensando qué vida era ésa, o echarse a dormir.

Casi siempre nos echábamos a dormir.

Escribí un montón de cartas y traté de dormir todo lo posible. El día de pago llegó sorpresivamente. Habían pasado dos semanas. Me encontré con que debía a Proteínas Clorela sólo unos ochenta dólares y unos pocos centavos. Además del dinero de los préstamos me descontaron un tanto por ciento para el Fondo del Bienestar del Empleado (después de unas cuantas deducciones comprendí que estaba pagando los impuestos de Clorela); la cuota de la Unión de Trabajadores; impuestos (esta vez mis impuestos); hospitalización (trate de aprovechar el beneficio, me dijeron los veteranos), y seguro de vejez.

Sólo me consolaba —aunque débilmente— el pensar que cuando —y subrayaba la palabra cuando— saliera de aquí, comprendería a los consumidores mejor que ninguno de mis colegas. Naturalmente, en Fowler Schocken algunos de nuestros muchachos, los becados, vienen de muy abajo. Veía ahora claramente que el snobismo les impedía dar una versión real de las vidas y pensamientos del pueblo consumidor. O trataban de ocultarse a sí mismos lo que habían sido en otro tiempo.

Vi en seguida que la influencia de los anuncios en el subconsciente es mayor que la imaginada por los expertos. En un principio me chocó sobremanera oír llamar a la publicidad «esa porquería». Pero comprobé en seguida que, a pesar de todo, los anuncios hacían su efecto. Las reacciones ante el proyecto Venus eran, como es natural, mi mayor preocupación. Asistí durante una semana al desarrollo de un verdadero entusiasmo. Y esos hombres nunca irían a Venus, y no conocían a nadie que pudiera ir. Todos entonaban los estribillos que había difundido Fowler Schocken:

*Un jockey del espacio llamado O'Shea
amaba a una mujer de formas de carro...*

*Un maquinista socialmente inadaptado
preguntaba: Querida, ¿qué pasó entre nosotros?*

Todos tenían el mismo velado mensaje: el clima de Venus acrecentaba la potencia masculina. Siempre he dicho que la subsección de Costumbres Populares, dirigida por Ben Winston es uno de los grupos más inteligentes de la Sociedad Fowler Schocken. Sus acertijos son particularmente notables.

Por ejemplo: «¿Por qué llaman a Venus la estrella de luto?». Bueno, no tiene mucha gracia así escrito; pero el retruécano es humor básico y el móvil básico de la conducta humana es el sexo. Y ¿qué hay de más importante en la vida que encauzar los profundos torrentes de las emociones humanas? No estoy disculpando a esos renegados que hablan a la ligera de un «instinto de la muerte» en el que quieren apoyar sus ventas. Dejo

esas cosas a los Tauton de nuestra profesión. Es algo sucio e inmoral. No quiero ni pensar en eso. Además, y desde otro punto de vista, atrae a muy pocos clientes.

Es indudable que un anuncio comercial dirigido a las fuentes primigenias del espíritu humano no sólo ayuda a vender; fortifica esas mismas fuentes, las ayuda a salir a la superficie, les da forma y contenido. Y así aseguramos el crecimiento periódico de los consumidores, base esencial de la expansión.

Clorela —como me agradó comprobar— no descuida a sus trabajadores, en lo que a esto se refiere. La dieta encierra una adecuada proporción de hormonas, y en el piso 50 se ha instalado un espléndido dormitorio de recreo, de más de mil camas. La compañía sólo exige que los niños nacidos en la plantación comiencen a trabajar para Clorela al cumplir los diez años, si en ese entonces alguno de los padres trabaja todavía en el edificio.

Pero yo no tenía tiempo para ir al dormitorio de recreo. Me pasaba las horas estudiando los hilos del asunto, el ambiente, y esperando que se me presentara una oportunidad. Si la oportunidad no llegaba, me fabricaría una. Pero antes tenía que estudiar y aprender.

Mientras tanto, vigilaba atentamente los resultados de la campaña Venus. Todo marchó muy bien... durante algunas semanas. Los estribillos, los cuentos de las revistas, las alegres canciones estaban produciendo su efecto.

De pronto, algo dejó de funcionar.

Hubo un descenso. Tardé un día en darme cuenta, y una semana en aceptar su realidad. En las conversaciones dejó de oírse la palabra «Venus». Cuando alguien hablaba de los cohetes del espacio, se refería también a «radiaciones venenosas», «impuestos», «sacrificio». Comenzaron a circular chistes peligrosos: «¿Has oído el del borracho que no pudo salir de su escafandra de oxígeno?».

Era difícil reconocer qué pasaba. Y Fowler Schocken, al hojear los resúmenes de los sumarios abreviados de los informes sobre los cuadros sinópticos de los diagramas del desarrollo del Proyecto Venus, no tendría motivos para dudar de sus subalternos. Pero yo conocía ese proyecto y sabía lo que estaba pasando.

Matt Runstead era ahora el jefe.

El aristócrata del dormitorio 10 se llamaba Herrera. Después de haber pasado diez años en Clorela había ascendido —topográficamente había descendido— a ser capataz de cortadores. Su puesto estaba en el sótano fresco y espacioso donde crecía la Gallina. Herrera y sus operarios la cortaban en trozos. Su herramienta era algo así como una guadaña de mango doble con la que seccionaba grandes lonjas de tejido. Sus anónimos ayudantes se encargaban de pesar las lonjas, darles forma, sazonarlas, empaquetarlas y cargar con ellas hasta la bodega de las naves.

Herrera no era sólo un productor; era también una válvula de seguridad. La Gallina crecía y crecía, desde hacía varias décadas. En un principio sólo había sido un trozo de tejido central. Luego se había desarrollado, añadiéndose a sí misma otras capas de células similares. Estas capas se rompían a veces durante el proceso de crecimiento, sometidas a la presión de los tejidos centrales. La Gallina vivía encerrada en una bóveda de hormigón, y de Herrera dependía que la carne se conservase redonda y fresca, que la vejez no endureciese ninguno de sus brotes, y que no se descuidase alguno de sus lados, por atender exclusivamente a otro.

A esta responsabilidad acompañaba un salario adecuado, y sin embargo Herrera se conservaba soltero y no vivía en las habitaciones privadas de los pisos altos. De cuando en cuando hacía algún viaje, que motivaba obscenos comentarios mientras se encontraba ausente, y a los que nadie se refería sin una cortés discreción cuando estaba de vuelta. Herrera no se desprendía nunca de su herramienta de trabajo, y a menudo se lo podía ver afilando sus bordes con una piedra.

Yo tenía que intimar con él. Era un hombre rico —tenía que tener dinero después de diez años de trabajo—, y yo necesitaba ese dinero.

El verdadero alcance de los contratos B era clarísimo: uno siempre estaba endeudado. Los créditos abundaban, y había que recurrir a ellos. Si en cada semana yo quedaba debiendo diez dólares, al terminar mi contrato mi deuda con Clorela sería de mil cien dólares. Tendría que seguir trabajando para pagar esa suma. Y junto con mi trabajo, aumentaría mi deuda.

Para salir de la compañía necesitaba el dinero de Herrera. Sólo así podría volver a Nueva York, y a Kathy, mi mujer, y al proyecto Venus, mi empleo. Runstead estaba haciendo cosas que no me gustaban. Y sabe Dios lo que haría Kathy al creerse viuda. Trataba, sobre todo, de no pensar en Kathy y O'Shea.

El hombrecito, despreciado antes por todas las mujeres, estaba vengándose a su gusto. Hasta los veinticinco años había sido un enano risible de treinta kilos, con el grotesco aditamento de que se había empeñado en ser un piloto. A los veintiséis, se encontró convertido en la celebridad mundial número uno: el primer hombre que había regresado de Venus. Un inmortal, aún casi adolescente. Había sonado la hora de las conquistas femeninas. Corría la voz de que sus giras eran, en ese sentido, todo un récord. Una historia poco agradable. Su admiración por Kathy, y viceversa, me daban mala espina.

Y así pasaban los días: madrugones, desayunos, ropas de faena, descenso por la cinta, despellejar y aguantar, comer, y luego la sala de recreo, y a veces, si podía, unas frases con Herrera.

—Buen filo el de esa hoja, jefe. La gente se divide en dos: las que no cuidan sus herramientas, y las inteligentes.

Los ojos aztecas de Herrera me miraron con desconfianza.

—Hay que hacer bien las cosas. Eres nuevo, ¿no es cierto?

—Sí. Nunca trabajé en Clorela. ¿Conviene quedarse?

No se dio cuenta.

—Tienes que quedarte. Hay un contrato —dijo, y se volvió hacia las revistas.

Al otro día:

—Hola, jefe. ¿Cansado?

—Hola, George. Sí, un poco. Diez horas manejando esto. Se cansan los brazos.

—Me imagino. Despellejar es más fácil, pero no se necesita tener cerebro.

—Bueno, quizá algún día te asciendan. Voy a ponerme en trance.

Y otro día:

—Hola, George. ¿Cómo va eso?

—No puedo quejarme, jefe. Por lo menos, me estoy tostando.

—De veras. Pronto estarás tan negro como yo. ¡Ja, ja! ¿Te gustaría eso?

—¿Por qué no, amigo?

—Eh, tú hablas español. ¿Cuándo aprendiste la lengua?

—No tan rápido. Sólo unas palabras. Ojalá supiera más. Cuando pueda juntar unos dólares me iré al pueblo a ver a las chicas.

—¡Oh! Todas hablan inglés. O algo parecido. Si consiguieras alguna *amiga*, sería bueno que le hablaras en español. A ella le gustaría. Pero casi todas saben decir «dame, dame» en inglés, y hasta te pueden recitar un poemita sobre lo que se puede obtener con un dólar. ¡Ja, ja!

Y otro día, otro día asombroso:

Me habían vuelto a pagar, y mi deuda había aumentado en ocho dólares. Me atormentaba a mi mismo preguntándome a dónde iba a parar ese dinero, aunque yo lo sabía muy bien. Salía deshidratado del trabajo, como lo esperaba la compañía. Marcaba entonces mi combinación en la fuente y obtenía un chorro de Gaseosa; veinticinco centavos que volaban de mi sueldo. Como el chorro era escaso pedía otro; cincuenta

centavos. La cena era insulsa, como siempre, y yo no podía pasar más de dos mordiscos de Gallina. Enseguida sentía hambre y me iba a la cantina donde me daban a crédito algunas Crocantes: las Crocantes me secaban la garganta y tenía que volver a la Gaseosa. Y la Gaseosa me daba ganas de fumar. Fumaba un Astro. El Astro me daba ganas de comer. Comía otra Crocante... ¿Había pensado en todo esto Fowler Schocken cuando organizó Astromejor Verdadero, el primer trust esférico? ¿De la Gaseosa a las Crocantes, de las Crocantes a los Astro, de los Astro a la Gaseosa?

Y el dinero adelantado se pagaba con un interés del seis por ciento.

Tenía que ser en seguida. Si no me iba en seguida no me iría nunca. Mi sentido de la iniciativa, la cualidad que me había llevado a ser lo que era, estaba agonizando poco a poco. Las dosis mínimas de alcaloides me paralizaban la voluntad, pero peor aún era esa sensación de impotencia y desesperanza. Pensaba ya que así era el mundo, que nunca cambiaría, que al fin y al cabo esto no era tan terrible, que uno siempre podía entrar en trance ante una hermosa pantalla o emborracharse con Gaseosa, o probar una de esas cápsulas verdes que pasaban de mano en mano con diversas consignas. Los muchachos esperarían con agrado el día de cobro.

Tenía que ser en seguida.

—¿Como estás, Gustavo?

Herrera se sentó, obsequiándome con su sonrisa azteca.

—¿Cómo estás, amigo Jorge? ¿Fumas? —extendió su paquete de cigarrillos.

Eran Boquillas Verdes.

—No, gracias, fumo Astro. Tienen mejor gusto —dije en forma automática. Y automáticamente prendí uno, por supuesto.

Me estaba convirtiendo en el consumidor ideal. Ganas de fumar; ganas de fumar un Astro, encender un Astro. Ganas de beber; ganas de beber Gaseosa, tomar un chorro de Gaseosa. Ganas de comer; ganas de comer Crocantes, comprar una caja. Ganas de fumar; encender otro Astro. Y repetir en cada etapa las alabanzas que le han metido a uno por los ojos, las orejas y todos los poros del cuerpo.

—Fumo Astros, los de mejor gusto; bebo Gaseosa, la más refrescante; como Crocantes, la más deliciosa; fumo Astros...

—No parece que estés muy contento —me dijo Herrera.

—No lo estoy, amigo —le dije. Era el momento—. Me encuentro en una situación rara —añadí, y esperé su reacción.

—Ya me parecía que algo andaba mal. Un hombre inteligente como tú, un hombre que ha viajado. ¿Puedo ayudarte?

Magnífico, magnífico.

—No perderás nada, Gus. Te lo aseguro. Correrás el riesgo, pero no perderás nada. La historia es más o menos ésta...

—¡Chist! ¡No aquí! —me susurró Herrera. Y añadió en voz baja—. Siempre es un riesgo. Pero vale la pena correrlo cuando un joven listo se da cuenta y se decide a actuar. Algún día cometeré un error, seguro. Me agarrarán, me harán pedazos, quizá. Qué demonios, me río de ellos. He hecho mi parte. Toma. No tengo que decirte que tengas cuidado. No lo abras en cualquier sitio.

Me dio la mano y sentí que un rollo se adhería a mi palma. Enseguida se dirigió hacia la pantalla hipnótica, marcó un número para una media hora de trance y se dejó ir con el resto de los espectadores.

Entré en los baños y apreté los botones que me permitían quedarme diez minutos en una casilla, y allá se fue otro poco de mi sueldo. El rollo que tenía en la mano se abrió, convirtiéndose en una hoja de papel de seda que decía:

«Una vida en sus manos.

»Esta es la hoja número uno de la Asociación Conservacionista Mundial, conocida vulgarmente como «los consistas». Le ha sido entregada por un miembro de la ACM quien ha creído a) que usted es inteligente; b) que está preocupado por el estado actual del mundo; c) que sería una figura de provecho en nuestras filas. La vida de este miembro está ahora en sus manos. Le rogamos que no tome usted ninguna decisión antes de leer lo que sigue:

»Verdades acerca de la ACM.

»La ACM es una organización secreta perseguida por todos los gobiernos del mundo. La ACM considera que la explotación desmedida de los recursos naturales ha dado origen, sin necesidad, a la pobreza y la miseria. La ACM considera que la explotación ilimitada de esos recursos significará el fin de la humanidad. Considera, asimismo, que este fin puede ser evitado si los pueblos exigen que se limite el crecimiento de la población, que se realicen programas de reforestación, de conservación del suelo, de descentralización de núcleos urbanos, y que se ponga fin a la inútil producción de artefactos y alimentos sin valor, para los que no existe demanda natural. Este programa puede ser promovido mediante la propaganda —como ésta—, las demostraciones de fuerza, y los sabotajes a las fábricas inútiles.

»Falsedades acerca de la ACM.

»Usted ha oído probablemente que los conservacionistas son asesinos, psicópatas e incompetentes, y que no vacilan ante el asesinato y la destrucción, empujados por la envidia u otros móviles irracionales. Nada de esto es cierto. Los miembros de la ACM son seres humanos equilibrados, y muchos de ellos ocupan importantes posiciones en el mundo. Las historias que divulgan lo contrario son obra de personas que tratan de obtener los mayores beneficios de la explotación que pretendemos corregir. Algunas personas tratan de satisfacer sus tendencias criminales cometiendo toda clase de atropellos en nombre del conservacionismo. La ACM no tiene relación alguna con esta clase de gente, y condena sus actividades.

»¿Qué hará usted ahora?

»Todo depende de usted. Puede: a) denunciar a la persona que le ha pasado esta hoja; b) destruir la hoja y pedirle más información.

»Piense antes de actuar.

Pensé... intensamente. Pensé que esta andanada era: a) la propaganda más insulsa e ineficaz que había visto en mi vida; b) una versión de la realidad increíblemente falseada; c) un posible medio de salir de Clorela y volver a Nueva York.

¡Así que estos eran los temidos consistas! Toda esta charlatanería y estas contradicciones... Sin embargo, la hoja tenía cierta atracción. Había sido redactada para el subconsciente. Seguro. Así redactábamos nosotros los folletos farmacéuticos para médicos. Serenos, doctorales; todos somos gente de criterio y muy educados. Podemos ir con confianza al fondo del asunto. ¿Su paciente sufre de hiperespalmo, doctor?

La hoja era un llamado a la razón, y eso es siempre peligroso. No se puede confiar en la razón. Las compañías de publicidad han renunciado a ella hace ya muchos años, y nunca la han echado de menos.

Bueno, yo tenía dos caminos. Podía ir a la oficina central y denunciar a Herrera; obtendría así una cierta fama; quizá me escucharían, quizá creerían lo suficiente como para decidirse a investigar el asunto. Pero me pareció recordar que quienes denunciaban a los consistas, eran ejecutados a veces con el argumento que habían estado expuestos al virus, y que algún día, después de esa primera y saludable reacción, podrían desarrollarse los síntomas. No me gustó. Un riesgo mayor, pero más heroico: yo podría trabajar desde dentro, entendiéndome con los consistas. Si la asociación consistía en una red mundial, como ellos afirmaban, no había nada que pudiera impedirme llegar a Nueva York, preparado para hacer saltar el asunto.

No dudé ni un momento en mi capacidad de seguir adelante. Me picaban los dedos con las ganas de tener un lápiz y corregir esa hoja, afilar las frases, suprimir la monotonía, añadir palabras que se vieran, se oyeran, gustaran, sintieran; palabras realmente eficaces. Yo les sería útil.

La puerta de la casilla se abrió de repente; habían terminado mis diez minutos. Arrojé la hoja por el desagüe y volví a la sala. Herrera estaba todavía en trance ante la pantalla hipnótica.

Esperé veinte minutos. Finalmente Herrera se sacudió, parpadeó y miró a su alrededor. Me vio. Su rostro era de granito. Sonreí y asentí con la cabeza.

—¿Todo está bien, compañero? —me preguntó con serenidad.

—Muy bien —le dije—. Cuando quieras, Gus.

—Será pronto —dijo Herrera—. Después de un asunto como éste, me pongo siempre en trance. No puedo soportar la inquietud de estar esperando. Algún día saldré del trance para encontrarme con que los guardias están moliéndome a palos.

Comenzó a afilar la hoja de su guadaña. Miré la herramienta.

—¿Para los guardias? —le pregunté.

Herrera se sorprendió.

—No —me dijo—. Estás equivocado, Jorge. Para mí. Así no podré denunciar a nadie.

Eran nobles palabras, aun para esa causa. Odié a los retorcidos cerebros que habían engañado a un hermoso consumidor como Gus. Era algo así como un asesinato. Herrera podía haber ocupado su puesto en el mundo, comprando y usando, dando trabajo y beneficios a sus hermanos de todo el mundo, acrecentando constantemente sus deseos y necesidades, acrecentando el trabajo y los beneficios en el círculo del consumo, y criando niños que serían a su vez consumidores. Dolía verlo convertido en un fanático estéril.

Decidí ayudarlo todo lo posible cuando el asunto terminara. El no tenía la culpa, sino la gente que lo había envenenado. Existía, seguro, algún tratamiento para estos consistas como Gus, víctimas inocentes. Pediría... no; sería mejor no pedir nada. La gente sacaría conclusiones. Ya podía oírlas:

—Sí, Mitch, me parece bien fundado, pero es una idea un poco peligrosa...

—Los consistas no cambian, Mitch. Todo el mundo lo sabe. Sí, Mitch, me parece bien fundado, pero...

Al diablo con Herrera. Tendría que correr sus riesgos como cualquier otro. La persona que trata de poner el mundo cabeza abajo no puede quejarse si el mundo cae sobre él y lo aplasta.

9

Los días pasaron como si fueran semanas. Herrera me hablaba muy raramente. Una tarde, mientras estábamos en la sala de juegos, me preguntó de pronto.

—¿Has visto alguna vez a la Gallina?

—No —le dije.

—Vamos abajo. Te la voy a mostrar. Es todo un espectáculo.

Atravesamos unos cuantos corredores y nos subimos de un salto a la cinta sinfín. Cerré decididamente los ojos. Cuando yo miraba hacia abajo, sentía todos los horrores del vértigo. Cuarenta, treinta, veinte, diez, cero, diez bajo cero...

—Salta, Jorge —dijo Herrera—. Más abajo está la maquinaria.

Salté.

El subsótano estaba apenas iluminado, y sus paredes de concreto rezumaban humedad. Unas vigas enormes sostenían el cielorraso. Las cañerías se entrelazaban confusamente en los pasillos.

—Fluido nutritivo —me explicó Herrera.

Le pregunté a qué se debía el peso, aparentemente enorme, del cielorraso.

—Cemento y plomo. Protección contra los rayos cósmicos. A veces la Gallina enferma de cáncer —Herrera lanzó un escupitajo—. No es bueno para comer. Si no se lo detiene enseguida, el cáncer invade todo. Hay que... —añadió, y su resplandeciente guadaña trazó en el aire un círculo sibilante.

Abrió una puerta de par en par.

—Este es el nido —dijo con cierto orgullo.

Miré y tragué saliva.

Era una bóveda de cemento armado. La Gallina (un hemisferio gomoso de unos cinco metros de diámetro y de color castaño grisáceo) la ocupaba casi por entero. De la carne palpitante salían unas cuantas docenas de caños. La Gallina era, indudablemente, un ser vivo.

—Camino alrededor continuamente —me dijo Herrera—. Cuando veo un brote que crece con rapidez, tierno y de buen aspecto, lo corto enseguida —su guadaña volvió a silbar en el aire, y esta vez sacó limpiamente una delgada lonja de Gallina—. Los muchachos me siguen, recogen los brotes y los colocan sobre las cintas de transporte.

A lo largo de la pared circular de la bóveda se abrían unos cuantos agujeros. Las cintas transportadoras estaban inmóviles.

—¿Y no crece de noche?

—No. Le dan una escasa ración de jugos nutritivos que alcanza justo para esas horas. La Gallina muere, casi, todas las noches. Y resucita todas las mañanas, como San Lázaro. Pero nadie le reza sin embargo a la pobrecita Gallina, ¿no es cierto?

Herrera golpeó suavemente el cuerpo duro y elástico con la hoja de su arma.

—Le tienes cariño —le dije inexpresivamente.

—Sí, Jorge. La Gallina me ayuda con ciertos trucos.

Herrera miró a su alrededor, y luego se puso a caminar a lo largo de los muros, examinando el interior de los túneles. Sacó de uno de ellos una estaca pequeña y la apoyó contra la puerta del nido. La estaca encajaba perfectamente en una de salientes de la puerta y en un agujero, en apariencia casual, que había en el piso. La puerta quedaba atrancada.

—Te enseñaré el truco —dijo Herrera, con su habitual sonrisa azteca.

Con los gestos de un mago sacó de un bolsillo una especie de silbato sin embocadura. Una bomba pequeña alimentaba un depósito de aire.

—Yo no he inventado esto —me aseguró Herrera—. Lo llaman silbato de Galton. No sé quien es Galton. Mira... y escucha.

Comenzó a trabajar con la bomba apuntando el silbato hacia la Gallina. No oí ningún sonido. El protoplasma comenzó a hundirse como una goma hasta formar una depresión semiesférica, como si quisiera apartarse del silbato. Me estremecí.

—No te asustes, compañero —me dijo Herrera—. Sígueme, no más.

Bombeó con rapidez y me pasó una linterna que encendí inconscientemente. Herrera dirigía hacia la Gallina la ráfaga inaudible del silbato como si éste fuese una manguera. La cavidad se hizo cada vez más grande. Al fin se abrió una especie de arco sobre el piso de cemento. Herrera se metió debajo del arco, diciéndome:

—Sígueme.

Así lo hice. El corazón me saltaba en el pecho. Herrera, adelantándose, bombeó con fuerza y el arco se convirtió en una bóveda. La abertura por la que habíamos entrado en la Gallina se hizo cada vez más pequeña... mas pequeña... más pequeña...

Estábamos ya en el mismo interior de la Gallina, en una burbuja semiesférica que avanzaba lentamente a través de un centenar de toneladas de carne elástica.

—Ilumina el piso, compañero —dijo Herrera, y yo apunté hacia abajo la linterna.

En el cemento se veían unas líneas aparentemente accidentales, pero que guiaron a Herrera. Avanzamos otro poco, y yo me pregunté aturdidamente qué pasaría si el silbato de Galton dejase de funcionar.

Adelantamos centímetro a centímetro, durante un tiempo que duró siglos, y al fin mi linterna iluminó una media luna de metal. Herrera movió la burbuja de carne y la media luna se convirtió en un disco. Sin dejar de bombear, golpeó tres veces el disco con el pie derecho. El disco se levantó como una tapa.

—Tú primero —me dijo Herrera.

Yo me zambullí en la abertura sin pensar si el piso sería blando o duro. Era blando. Allí me quedé, tendido, estremeciéndome. Un momento después Herrera aterrizó a mi lado y la tapa de la abertura se cerró ruidosamente.

—Trabajo pesado —dijo Herrera, frotándose un brazo—. Bombeo y bombeo y no oigo nada. Un día la bomba dejará de funcionar y yo no me daré cuenta hasta que... —añadió sonriéndose.

—George Groby —dijo Herrera, presentándose—. Este es Ronnie Bowen.

Bowen era un consumidor flemático, de baja estatura.

—Y éste es Arturo Deuser.

Deuser era un hombre muy joven y nervioso.

Estábamos en una oficinita de paredes de cemento, bien iluminada y provista de regeneradores de aire. Había también algunos escritorios y un equipo de comunicaciones. Costaba creer que aquella única entrada yaciera bajo un monte de protoplasma. Y más aún que ese chorro de sonidos de alta frecuencia pudiera mover esa mole absurda.

—Nos complace tenerlo con nosotros, Groby —comenzó Bowen—. Herrera dice que es usted inteligente. No queremos meternos en averiguaciones, pero necesito sus datos.

Le di los datos de Groby, y Bowen los anotó. Cuando oyó la cifra que revelaba una muy baja educación, los labios se le torcieron con un gesto de sospecha.

—Seré franco —me dijo—: usted no habla como un analfabeto.

—Y... ya sabe como son las cosas —le dije—. Me he pasado la vida leyendo y observando. Es duro nacer en medio de una familia de cinco. Uno no es bastante grande como para que lo respeten, ni bastante chico como para que lo mimen. Me sentí naturalmente perdido y traté de mejorarme.

Bowen quedó convencido.

—Suele ocurrir —me dijo—. Bueno, ¿y qué sabe hacer?

—Y... podría escribir una hoja de contacto mejor que la actual.

—¿De veras? ¿Y qué más?

—Bueno... toda clase de propaganda. Podría difundir una historia sin que nadie sospeche que viene de los con... de nosotros. Algo que sembraría el descontento y los haría reaccionar.

—Una idea muy interesante. Déme un ejemplo.

Mi cerebro trabajaba a gran velocidad.

—Difundiríamos el rumor de que se ha descubierto un nuevo método para fabricar proteína fresca. Y que esa proteína sabe igual que la carne de vaca y que se podrá comprar a dos dólares el kilo. Y añadiríamos que el descubrimiento se anunciará a los tres días. Luego, cuando pasen los tres días y no se haya oído ningún anuncio, inventaríamos un chiste como éste: «¿Cuál es la diferencia entre la carne de vaca y las lonjas de Gallina?» Respuesta: «Ciento cincuenta años de civilización y progreso». Estas cosas prenden fácilmente y hacen pensar con nostalgia en los viejos días.

Era fácil. No era la primera vez que yo me servía de mi talento para respaldar productos que no me interesaban.

Bowen lo anotaba todo en una máquina de escribir silenciosa.

—Excelente —me dijo—. Muy ingenioso, Groby. Probaremos esto. ¿Por qué ha dicho «tres días»?

No podía explicarle que para una frase clave que actuaría como catalizador en un círculo social cerrado, ése era el plazo óptimo. En vez de darle esa respuesta de manual, le dije aturdido:

—Me parece un plazo conveniente.

—Bueno. Vamos a probarlo. Ahora, Groby, tendrá que estudiar durante un tiempo: le prestaremos los textos clásicos del conservacionismo. Leerá también algunas publicaciones especializadas que son de interés para nosotros: Estadísticas abstractas, Revista de Astronáutica, Biométrica, Boletín Agrícola, y algunas otras. Si encuentra algo difícil de entender, y lo encontrará a menudo, pida ayuda. Más tarde elegirá algún tema de su agrado y podrá especializarse en él, y dedicarse a investigar. Un conservacionista informado es un conservacionista útil.

—¿Por qué la Revista de Astronáutica? —pregunté con una excitación creciente.

De pronto me pareció encontrar una respuesta. El sabotaje de Runstead, mi atentado, las infinitas demoras y quiebras del proyecto... ¿Serían obra de los conservacionistas? ¿Habrían decidido, retorcida e ilógicamente, que los viajes interplanetarios hacían peligrar la supervivencia de la raza o como se llamara eso?

—Muy importante —dijo Bowen—. Tiene que saber todo lo posible de ese asunto.

Tanteé el terreno.

—¿Quiere decir que así podremos sabotear mejor el proyecto?

—¡Pero no! —estalló Bowen—. Por Dios, Groby, piense en todo lo que Venus significa para nosotros... Un planeta inexplorado; la riqueza que tanto necesita la raza humana; los campos, los alimentos, las materias primas. ¡Use su cabeza, hombre!

—Oh —dije.

El nudo gordiano seguía intacto.

Comencé a estudiar los carretes de films de Biométrica y de cuando en cuando pedía alguna explicación innecesaria. Biométrica es fuente de información esencial para un jefe de publicidad. La revista habla de los cambios de población, de las variaciones del porcentaje de inteligencia, cita estadísticas de mortalidad, y otras cosas semejantes.

Casi todos los números de Biométrica traían alguna noticia que nos favorecía... y que ponía furiosos a los de la ACM. El aumento de población nos alegraba. Más gente, más ventas. Lo mismo el descenso de la inteligencia media. Menos cerebro, más ventas. Pero estos fanáticos excéntricos no entendían nada del asunto. Y yo tenía que fingir que estaba con ellos.

Después de un rato comencé a leer la Revista de Astronáutica. Las noticias eran malas, muy malas. La apatía del público era total; la gente se resistía economizar en favor del proyecto Venus; la idea de instalar una colonia en Venus estaba dominada por el derrotismo; se afirmaba que aunque se estableciera una colonia, no podría desarrollarse.

¡Ese maldito Runstead!

Pero la peor noticia estaba en la tapa del último número. El pie decía: «Jack O'Shea sonríe mientras una hermosa amiga lo felicita con un beso después de haber recibido de manos del Presidente la Medalla de Honor». La hermosa amiga era mi mujer Kathy. Nunca me pareció más bonita.

Me puse detrás de la célula consista y empecé a empujar. A los tres días el descontento burbujeaba en el comedor. A la semana los consumidores decían cosas como éstas:

—Demonios, quisiera que este maldito dormitorio no estuviese tan repleto...

—Demonios, quisiera tener un pedazo de tierra en algún sitio y trabajarla para mí...

La minúscula célula consistía reventaba de alegría. Yo había conseguido, en sólo una semana, más que todos ellos en un año. Bowen, empleado de la sección Personal, me dijo:

—Necesitamos una cabeza como la suya, Groby. No va a pasarse la vida despellejando. Uno de estos días el jefe de nombramientos le preguntará si sabe algo de química de alimentos. Dígale que sí. Le enseñaré rápidamente lo más imprescindible. Pronto lo sacaremos del sol.

Ocurrió a la semana siguiente, cuando todos ya estaban diciendo frases como:

—Sería bueno pasear por un bosque. ¿Te imaginas todos esos árboles?

O sino:

—¡Maldito jabón de agua salada!

Jamás se les había ocurrido, hasta ese día, hablar de un «jabón de agua salada».

El jefe de nombramientos me buscó y me preguntó con indiferencia:

—Groby, ¿sabe usted algo de química de alimentos?

—Es curioso que me lo pregunte —le dije—. He estudiado bastante esas cosas. Conozco las proporciones de azufre, fósforo, carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno que usa Clorela. Conozco las temperaturas óptimas y otras cosas por el estilo.

Indudablemente, estas minucias superaban sus propios conocimientos.

—¿Sí? —gruñó. Y se fue, impresionado.

Una semana más tarde, cuando circulaba un chiste sucio sobre el trust Astromejor Verdadero, me dieron un trabajo de ocho horas dentro del edificio. Había que leer unos medidores y dar vuelta unas llaves que gobernaban el paso de los líquidos nutritivos; un trabajo más fácil y más liviano. El resto del día lo pasaba bajo la Gallina —ya podía entrar en ella con un silbato Galton casi sin estremecerme— rehaciendo aquella fantásticamente inepta Hoja Uno:

«¿ES USTED CAPAZ DE ALCANZAR LOS PUESTOS MÁS ALTOS?

»Usted, y sólo usted, puede responder a estas importantes preguntas:

»¿Es usted un hombre (o una mujer) inteligente y emprendedor, entre los 14 y los 50 años?

»¿Tiene usted la energía y la ambición necesarias para alcanzar realmente los GRANDES EMPLEOS DEL MAÑANA?

»¿Se le puede confiar a usted —confiar de veras— las mejores, las esperanzadas buenas nuevas de nuestro tiempo?

»Si usted no puede ponerse de pie y gritar ¡SI! a todas las preguntas, por favor, ¡no siga leyendo!

»Pero si puede..., entonces usted y sus amigos o familiares pueden llegar a ser los cimientos de...»

Y así seguía.

Bowen no sabía qué decir.

—¿No cree que ese llamado a la inteligencia es algo excesivo? —me preguntó ansiosamente.

No le dije que entre esta propaganda y la común, dedicada a la clase 12, había una sola diferencia. La clase 12 la recibía por los oídos. No sabía leer.

Le dije a Bowen que no me parecía así. Asintió.

—Es usted un propagandista nato, Groby —me dijo solemnemente—. En una América conservacionista, usted sería una estrella de primera magnitud.

Me mostré adecuadamente modesto. Bowen prosiguió:

—No puedo retenerlo. Tengo que hacerlo subir. No es justo que gaste su talento en una célula. Ya he adelantado un informe sobre usted... —señaló el equipo de comunicaciones—. Creo que pronto pedirán sus servicios. Pero no me va a gustar que se marche. Sin embargo, ya estoy tendiendo las líneas. Mire, éste es el Manual de Compras Clorela...

El corazón me dio un salto. Sabía que los contratos de materias primas de Clorela solían formalizarse en Nueva York.

—Gracias —tartamudeé—. Sólo quiero el puesto en el que pueda ser más útil.

—Sí, ya lo sé, Groby —me aseguró Bowen—. Este... oiga, quiero decirle algo antes de que se vaya. No es nada oficial, George, pero... bueno, yo también escribo un poco. Tengo algunas cosas... Esbozos, así los llamaría usted, me parece. Me gustaría que se llevase algunas y...

Salí al fin con el manual, y sólo catorce de los «esbozos» de Bowen. Eran unos torpes borradores en los que no pude descubrir nada comercial. Bowen me aseguró que tenía un montón en los que podíamos trabajar juntos.

Comencé a estudiar el manual intensamente.

Abrir las llaves me dejaba más vivo que despellejar. Y Bowen hacía todo lo posible para aligerar mis obligaciones en la célula, para que tuviese tiempo de dedicarme a sus esbozos. Resultó al fin que, por primera vez, me sobró tiempo para explorar el ambiente. Herrera me llevó al pueblo una vez, y descubrí lo que hacía en esos secretos fines de semana. Me sorprendió rudamente, pero no me enojé. Sólo me recordó, una vez más, que el abismo entre el hombre de empresa y el consumidor no puede ser salvado con eso tan abstracto e irreal que se llama «amistad».

Al salir del anticuado tubo neumático caía una de esas finas lloviznas costarricenses. Nos refugiábamos en un restaurante de tercera categoría y pedimos de comer. Herrera insistió en que nos sirvieran una patata y luego quiso pagarla.

—No, Jorge. Esto es una fiesta. Me dejaste vivir cuando te pasé aquella hoja. ¿Te acuerdas? Bueno, hay que festejarlo.

Herrera estuvo brillante durante el almuerzo: una fuente de conversación y bromas bilingües conmigo y los camareros. El brillo de los ojos, el rápido y arrollador torrente de palabras, la risa fácil. Un hombre joven en una cita.

Un hombre joven en una cita. Recordé mi primer encuentro con Kathy: esa larga tarde en el Central Park; el paseo, tomados de la mano, por los sombreados pasillos; el salón de baile; la hora inmemorial que pasamos ante su puerta...

Herrera se inclinó hacia mí y me golpeó en un hombro, y vi que el camarero se estaba riendo. Me reí también, y aumentaron las risas. Indudablemente, yo había sido el motivo del chiste.

—No tiene importancia, Jorge —dijo Herrera, calmándose—. Nos vamos. Tengo algo para los dos que va a gustarte, me parece.

Pagó la cuenta y el camarero levantó una ceja.

—¿Van atrás?

—Sí, atrás —respondió Herrera—. Vamos, Jorge.

Caminamos entre las mesas, guiados por el camarero. Nos abrió una puerta y murmuró rápidamente algunas palabras en español.

—Oh, no se preocupe —le dijo Herrera—. No estaremos mucho tiempo.

«Atrás», resultó ser... una biblioteca.

Sentí que Herrera me miraba, pero no creo haber dejado traslucir mis sentimientos. Hasta me quedé una hora mientras él devoraba un ejemplar agusanado que se titulaba Moby Dick. Yo me dediqué a hojear una docena de viejas revistas. Estos recordados clásicos no me ayudaron a calmar mi conciencia... Encontré un viejo tomo de Corrija sus Faltas de Lenguaje que hubiese adornado muy bien la pared de mi oficina en Fowler Schocken. Pero la presencia de tantos libros sin una sola palabra de publicidad no me dejaban tranquilo. No soy un mojigato que se opone a toda clase de placeres solitarios, y menos cuando sirven para algo útil..., pero mi tolerancia tiene sus límites.

Creo que Herrera adivinó que mi dolor de cabeza era sólo una excusa. Cuando mucho más tarde entró tambaleándose en el dormitorio, miré para otro lado. Apenas hablamos después de este incidente.

Una semana después, luego de haberse producido un tumulto en el comedor (se decía que los buñuelos de levadura habían sido adulterados con aserrín) me llamaron desde las oficinas. Después de hacerme esperar una hora, me recibió uno de los encargados de personal.

—¿Groby?

—Sí, señor Milo.

—¡Qué marca notable ha logrado usted! ¡Muy notable! Su coeficiente de eficiencia es cuatro.

Ese era el trabajo de Bowen. Registrar coeficientes. Había tardado cinco años en ascender a ese puesto.

—Gracias, señor Milo.

—Lo felicito, de veras. Bueno... Ocurre que está por producirse una vacante. En el Norte. El trabajo de uno de nuestros hombres deja mucho que desear.

No el trabajo... la imagen de su trabajo, la sombra que su trabajo había dejado en un papel; la sombra cuidadosamente delineada y deformada por Bowen. Comencé a apreciar el poder desproporcionado de que podían gozar los consistas.

—¿Le interesa el renglón compras, Groby?

—Es curioso que me lo pregunte, señor Milo —dije distraídamente—. Siempre me ha gustado. Creo que me desempeñaría muy bien en compras.

Milo me miró escépticamente. Era una respuesta como para salir del paso. Comenzó a bombardearme con preguntas y yo regurgité respetuosamente las respuestas del Manual Clorela. Milo las había estudiado hacia veinte años, y yo hacía una semana. No podía competir conmigo. Una hora después, Milo creía que George Groby era la gran esperanza de las Proteínas Clorela, y que había que lanzarme a la brecha sin más trámite.

Esa misma noche expliqué en la célula lo que había pasado.

—Significa Nueva York —aseguró Bowen—. Significa Nueva York.

Se me escapó un suspiro muy hondo. Kathy, pensé.

Bowen continuó sin mirarme:

—Tengo que enseñarle algunas cosas. Ante todo, las señales de reconocimiento.

Me enseñó ese código de señales. Un simple ademán para distancias cortas. Un movimiento aparatoso para distancias medias. En las distancias largas, un periódico. Bowen me hizo practicar las señales, y me aprendí el código de memoria. Terminamos en plena madrugada. Cuando salimos a través de la Gallina, recordé que no había visto a Herrera el día anterior. Le pregunté a Bowen qué pasaba.

—Quebró —dijo Bowen simplemente.

No dije nada. Era una frase taquigráfica, muy común en la célula consista. «Fulano quebró», significaba: «Fulano trabajó durante años y años para la causa de la ACM. Cedió su dinero y se privó de las pocas alegrías de que podía disfrutar. No se casó, ni anduvo con mujeres porque hubiese sido peligroso. Terminó por ser esclavo de las dudas, unas dudas tan secretas que no se las confesaba ni a sí mismo. Las dudas y los temores aumentaron. Se sintió desganado, destruido por dentro; se volvió contra sí mismo y murió».

—Herrera quebró —dije estúpidamente.

—No piense en eso —dijo Bowen, con tono cortante—. Va usted hacia el Norte. Y tiene un trabajo que hacer.

Vaya si lo tenía.

Llegué a la ciudad de Nueva York casi de un modo respetable, vestido con un barato traje de oficinista, a bordo de un cohete de turismo y como pasajero de proa. El panorama que se veía a través de las ventanillas prismáticas arrancaba exclamaciones de asombro a los importantes consumidores costarricenses instalados encima de mi cabeza. Algunos de ellos recontaban ansiosamente su dinero, pensando cuánto podrían gastar en los placeres del Coloso del Norte.

En el entrepuente viajaba una pandilla de gente ruda y bastante descuidada, pero no éramos, por lo menos, pasaje de carga. No había ventanas pero sí luces, ventiladores y baldes. Antes de despegar, un hombre de Clorela nos había lanzado un discursito:

—Pronto cruzarán la frontera de Costa Rica, en viaje hacia el Norte. Van a ocupar mejores empleos. Pero no olviden que se trata de empleos. Quiero que todos y cada uno de ustedes recuerden constantemente que están contratados por Clorela, y que los derechos de esta Compañía sobre todos ustedes tienen prioridad sobre cualquier otro.

»Si alguno piensa que puede romper el contrato, pronto descubrirá con qué rapidez se consigue una extradición cuando se trata de una ofensa comercial. Y si alguien piensa que puede desaparecer, que lo intente. Clorela paga a la Agencia de Detectives Burns siete mil millones al año, y Burns entrega la mercadería. Así que si quieren que hagamos un poco de gimnasia, adelante; los esperamos. ¿Está todo claro? —todo estaba claro—. Bueno. A bordo, y buena suerte. ¿Todos tienen sus billetes? Recuerdos a Broadway.

Aterrizamos suavemente en Montauk, sin un solo incidente. Ya en tierra nos sentamos a esperar, mientras los consumidores de la cubierta de turismo salían arrastrando sus equipajes. Nos sentamos y esperamos otra vez mientras los inspectores de Raciones Alimenticias, con sus brazaletes rojos y blancos, discutían a gritos con nuestros camareros a propósito de las raciones sobrantes... Cuatro de nuestros hombres habían muerto en el viaje y los camareros, como es natural, se habían guardado las lonjas de Gallina, para venderlas luego en el mercado negro.

Al fin se oyó una orden. Formamos en grupos de cincuenta. Nos pusimos en fila y nos estamparon en las muñecas el permiso de entrada. Luego entramos en pelotones en el subterráneo y partimos hacia la ciudad. Tuve bastante suerte. Me tocó un coche de carga.

En las oficinas de Cambios de Trabajo nos clasificaron indicándonos nuestros respectivos destinos. Un murmullo de temor recorrió las filas cuando se supo que Clorela había vendido veinte contratos a I. G. Farben. Nadie quiere trabajar en las minas de uranio. Pero yo no me inmuté. El hombre que estaba a mi lado observó pensativamente a los veinte infelices. Los guardias los separaron y arrearon el grupo hacia la calle.

—Nos tratan como a esclavos —dijo el hombre amargamente, tirándome de la manga—. Es un crimen, ¿no te parece? Un insulto a la dignidad esencial del trabajo.

Le lancé una mirada de fastidio. Este hombre era un consista, indiscutiblemente. Enseguida recordé que yo también lo era. Pensé si debería usar con él la señal del apretón de manos, pero decidí que no. Si yo necesitaba ayuda ya recurriría al hombre; pero si me revelaba prematuramente, sería él quien vendría a pedírmela.

Entramos en las instalaciones de Clorela, en los suburbios de Nyack.

Agua que no has de beber, déjala correr. Bajo la ciudad de Nueva York, como en todas las ciudades del mundo, los desagües desembocan en una serie escalonada de esclusas y diques. Conocía, como cualquier otro ciudadano, cómo los desperdicios orgánicos de veintiséis millones de personas corren, arrastrados por el agua, a través de las venas del sistema de desagüe.

Los iones neutralizan las sales; unas largas cañerías conducen el líquido a las granjas de algas instaladas en Long Island, y unas bombas succionan el cieno y lo meten en los buques tanque que lo llevarán a Clorela. Conocía todo eso, pero nunca lo había visto.

Mi empleo tenía como título agente de expedición, clase 9. Mi trabajo era unir las flexibles mangueras que transportan el cieno. Después del primer día me gasté el sueldo de una semana comprándome extractores de hollín. No suprimían todo el olor, pero permitían seguir viviendo.

Al tercer día aproveché un cambio de guardia y fui al cuarto de duchas. Lo había planeado todo de antemano. Después de seis horas en los tanques, donde no había máquinas vendedoras (por la sencilla razón de que en esa atmósfera no era posible comer, beber o fumar), la insatisfacción enardecida llevaba a los hombres a una media hora de gaseosas, galletas y cigarrillos sin que a nadie se le ocurriese pensar en un baño. Reprimiendo severamente mis deseos de hacer otro tanto (deseos que eran en mi algo más débiles, pues habían tenido menos tiempo para desarrollarse), podría bañarme casi sin compañía. Cuando las turbas entraran en los baños, yo iría entonces a las máquinas vendedoras. Se trataba solamente de un poco de inteligencia. ¿Y qué otra cosa distingue a un consumidor de un jefe de publicidad? Aunque reconozco que el hábito no era en mí tan fuerte.

Había otro hombre en las duchas, pero nos sobraba espacio y difícilmente nos tocábamos. Cuando entré, me alcanzó el jabón. Me cubrí el cuerpo de espuma y dejé que el agua rugiera cayendo sobre mi con toda la fuerza que le imprimían los recirculadores. Apenas advertía la presencia del hombre. Pero cuando le devolví el jabón, sentí que su dedo mayor me tocaba la muñeca, y que su dedo índice me rodeaba la base del pulgar.

—Oh —dije estúpidamente, y devolví la señal—. Es usted con...

—¡Chist!

El hombre señaló irritado el micrófono Murak que colgaba del techo. Me dio la espalda y se enjabonó otra vez minuciosamente.

El jabón volvió con un trozo de papel. Me encerré en el vestuario, saqué el papel, lo desdoblé y leí: «Esta noche tenemos franco. Vaya al Museo Metropolitano de Arte, pabellón de los clásicos, exposición de las formas de doncella, cinco minutos antes de la hora de cerrar».

Tan pronto como terminé de vestirme, me uní a la cola que llevaba al escritorio del superintendente. A los treinta minutos había conseguido el pase sellado que me autorizaba a no dormir allí esa noche. Volví a mi cama a recoger mis pertenencias, advertí al nuevo ocupante que el hombre de arriba hablaba en sueños, guardé mi valija en el depósito y tomé el subterráneo hacia Bronxville.

Subí luego a otro coche que iba hacia el norte. Me bajé en la primera estación. Tomé otro tren hacia el sur, y salí enfrente del edificio Schocken. Aparentemente nadie me seguía. No esperaba que alguien lo hiciera, pero no tenía por qué correr riesgos inútiles.

Faltaban unas cuatro horas para mi cita en el Metropolitano. Vagué por el vestíbulo hasta que un policía, ojeando con desprecio mis ropas baratas, se me acercó lentamente. Yo había esperado ver a Hester, o quizá al mismo Fowler. Reconocí muchas caras, como es natural, pero no vi a nadie que me inspirara bastante confianza. Y mientras yo no descubriese qué había ocurrido en el glaciar Astromejor, no pensaba decirle a nadie que me encontraba con vida.

—¿Quieres que Schocken administre tus negocios, mamarracho? —anunció el hombre de Pinkerton—. ¿Vas a abrir una gran cuenta corriente?

—Perdón —le contesté, y me dirigí hacia la puerta de calle.

Me pareció que no iba a molestarse en seguirme a través de la multitud que llenaba el vestíbulo. Efectivamente, no me siguió. Di un rodeo por la sala de juegos, donde un grupo de consumidores seguía en una pantalla el desarrollo de una historia de amor de Nopren y recogían sus muestras de Mascafé, y entré en un ascensor de servicio.

—Piso ochenta —le dije al ascensor.

Y enseguida comprendí que me había equivocado. A través de la rejilla del altoparlante surgió una voz que me dijo con dureza:

—Usted, en el ascensor cinco. Los ascensores de servicio llegan sólo hasta el piso cincuenta. ¿Qué desea?

—Mensajero —mentí miserablemente—. Tengo que recoger un paquete en la oficina del señor Schocken. Les dije que no me dejarían entrar. Un tipo como yo. Les dije: «Oigan, seguro que tiene veinticinco secretarias. Tendré que pasar por todas antes de verlo». Les dije...

—El correo en el piso cuarenta y cinco —dijo el operador, con una voz un poco más suave—. Póngase frente a la puerta para que pueda verlo.

Me acerqué al aparato. No me gustaba, pero no había otra solución. Creí oír un ruido en la rejilla, aunque no podría asegurarlo. Yo no había estado nunca en la central de operadores, a trescientos metros bajo tierra, desde donde, y mediante manipulaciones en un tablero, se hacen subir y bajar los ascensores por unos carriles dentados. En ese momento hubiese dado el sueldo de un año por estar ahí.

Me quedé quieto durante casi medio minuto. Luego la voz del operador dijo inexpresivamente:

—Muy bien, usted. Vuelva al ascensor. Piso cuarenta y cinco, primera alfombra rodante a la izquierda.

Los hombres que iban conmigo en el ascensor me miraron distraídamente a través de una nube de alcaloides de Mascafé. Bajé en el piso cuarenta y cinco, me subí a la alfombra que iba hacia la izquierda y pasé de largo ante la puerta en la que se leía Correo. Llegué al extremo del corredor donde la alfombra desaparecía debajo del piso. Tardé un rato en encontrar la escalera, pero no me importaba. Necesitaba tiempo para ponerme al día con mis maldiciones. No me atrevía a volver al ascensor.

¿Han tratado alguna vez de subir treinta y cinco pisos por una escalera?

Ya no me faltaba mucho, pero no iba muy bien. El cuerpo me dolía desde los pies hasta el ombligo, y estaba perdiendo un tiempo precioso. Además eran casi las diez, y los consumidores que dormían en los escalones ya estaban llegando. Traté de subir cuidadosamente, pero en el piso setenta y cuatro casi me peleó a puñetazos con un hombre acostado en el tercer escalón. No me imaginé que pudiera tener las piernas tan largas. Después del piso setenta y ocho, por suerte, ya no había más gente acostada. Estaba en el dominio de los jefes.

Me deslicé sigilosamente por los pasillos, pensando que la primera persona que se fijase en mí me reconocería... o me haría echar. Sólo me encontré con algunos empleados, y yo no conocía muy bien a ninguno. La suerte seguía acompañándome.

Pero no mucho. La oficina de Fowler Schocken estaba cerrada.

Me escabullí en la oficina de su secretaria, donde no había nadie, y pensé durante un rato. Fowler tenía la costumbre de hacer algunos hoyos de golf en el Country Club, al terminar las horas de trabajo. Ya era un poco tarde, pero decidí correr el riesgo. El club estaba instalado cuatro pisos más arriba.

Llegué enseguida. Las instalaciones del Country Club son enormes. Es lo correcto, pues las cuotas también son enormes. Además del campo de golf hay unas canchas de tenis y de otros juegos, y el extremo norte de la habitación es todo bosques... más de una docena de árboles bien imitados. Y hay, además, veinte casillas de recreo para leer, ver películas, y otros placeres visuales.

Dos parejas estaban jugando al golf. Me acerqué a sus asientos con todo el disimulo posible. Inclínados sobre los tableros, movían a sus jugadores en el hoyo doce. Leí los tantos en la pizarra con el corazón angustiado. Todos pasaban de noventa. Muy pobre. Fowler Schocken no llegaba a ochenta a esta altura del juego. No podía estar aquí. Me

acerqué y vi que los hombres eran dos desconocidos. Dudé un momento antes de retirarme. No sabía qué hacer. Schocken no estaba a la vista. Quizá se había encerrado en alguna de las casillas, pero yo no podía ir a mirar. Tan pronto como abriera alguna ocupada, me echarían a puntapiés. A no ser que con la ayuda de Dios el ocupante fuera Fowler.

La charla de los jugadores me llamó la atención. Una de las chicas acababa de hacer un golpe afortunado; había acertado a un hoyo desde diez centímetros. Sonrió, contenta, mientras los demás la felicitaban, y se inclinó hacia adelante para mover la palanca que hacía retroceder a los muñecos y cambiaba la disposición del campo para el hoyo trece. Alcancé en ese instante a verle la cara. Era Hester, mi secretaria.

Todo ahora era más fácil. No podía imaginarme qué hacía Hester en el Country Club, pero conocía al dedillo todas sus costumbres. Me retiré a una alcoba instalada no muy lejos del cuarto de las mujeres. Esperé solamente diez minutos.

Hester se desmayó, por supuesto. Lancé unas cuantas maldiciones, y la hice entrar en la alcoba. Había una cama; acosté a Hester. Había una puerta; la cerré.

La muchacha recuperó el conocimiento y me miró parpadeando.

—Mitch —dijo en un tono que era tanto un murmullo como un grito.

—No estoy muerto —le dije—. Alguien murió, y cambiaron los cuerpos. No sé quién lo hizo, pero no estoy muerto. Si, soy yo, de veras, Mitch Courtenay, tu jefe. Puedo demostrarlo. Por ejemplo... recuerdo la fiesta de Navidad del año pasado, cuando estabas tan preocupada por...

—No importa —dijo Hester rápidamente—. Dios mío, Mitch... Quiero decir, señor Courtenay...

—Mitch está bien —le dije. Dejé caer la mano que le había estado frotando y Hester se incorporó para verme mejor—. Oye —le dije—, estoy vivo, es cierto, pero me encuentro en una situación bastante rara. Tengo que hablar con Fowler Schocken. ¿Puedes conseguirme una entrevista? ¿Ahora?

—Oh.

Hester tragó saliva y buscó un cigarrillo. Automáticamente saqué un Astro.

—Oh, no, Mitch. El señor Schocken está en la Luna. Es un secreto, pero me parece que puedo decírselo a usted. Cuando lo mataron... bueno, ya sabe lo que quiero decir... cuando pasó eso y nombraron al señor Runstead, las cosas comenzaron a andar bastante mal, y el señor Fowler decidió encargarse personalmente del proyecto. Le di todas nuestras notas. Una de ellas decía algo de la Luna, me parece. En fin, salió para allá hace un par de días.

—Maldita sea —exclamé—. Bueno, ¿quién ha quedado a cargo de la casa? ¿Harvey Bruner? ¿No puedes comunicarte..?

Hester sacudió la cabeza.

—No, el señor Bruner no. El jefe es el señor Runstead. El señor Schocken salió tan de prisa, y no había nadie para ocupar su puesto excepto el señor Runstead. Pero puedo llamarlo a él...

—No —le dije.

Miré mi reloj y lancé un gruñido. Tenía el tiempo contado para llegar al Museo.

—Óyeme, Hester —le dije—. Tengo que irme. No le digas nada a nadie, ¿me entiendes? Pensaré algo y te llamaré. Veamos, cuando te llame puedo decir que soy... ¿cómo se llamaba aquel médico de tu madre? El doctor Gallant, y nos citaremos afuera, y te diré entonces lo que puedes hacer. Puedo contar contigo, Hester, ¿no es cierto?

—Claro que sí, Mitch —dijo Hester sin aliento.

—Muy bien —le dije—. Bueno, ahora tienes que llevarme en algún ascensor. No tengo tiempo para bajar por las escaleras, y si alguien me encuentra aquí, me veré en un aprieto —me detuve y la miré—. A propósito, ¿qué haces en el club?

Hester enrojeció.

—Oh, ya sabe usted cómo son las cosas —me dijo con un tono lastimoso—. Cuando usted se fue, no quedó ninguna vacante de secretaria. Todos los jefes tenían ya la suya, y yo no podía volver a ser un consumidor, Mitch. Otra vez las cuentas... y todo... Y bueno... había trabajado aquí, y...

—Oh —exclamé.

Espero no haber dejado traslucir mis sentimientos. Dios sabe que hice todo lo posible. Maldito Runstead, me dije a mí mismo, y pensé en la madre de Hester, y el festejante de Hester, con quien ella quizá se casase algún día, y en la asquerosa injusticia de que un hombre como Runstead hiciera su propia ley, y arruinara la vida de sus jefes —la mía— y la de los empleados —Hester— hasta hundirlos al nivel de los consumidores.

—No te preocupes, Hester —le dije gentilmente—. Te debo algo por esto. Y créeme que no tendrás que recordármelo. Haré cualquier cosa por ayudarte.

Y yo sabía cómo hacerlo. Muchas chicas con un contrato 22 consiguen evitar el despido automático y la consiguiente caída. Yo no podría comprar el contrato de Hester antes de que el año terminara (me hubiese costado un montón de dinero), pero algunas chicas consiguen salir adelante con los jefes inferiores después del primer año de prueba. Y yo era bastante importante como para sugerirle a algún jefe de oficina o algún encargado de sección que no la maltrataran demasiado.

No me gustan los sentimientos en los negocios. Pero, como ustedes pueden ver, soy un tonto cuando se trata de relaciones personales.

Hester insistió en prestarme algún dinero, así que tomé un coche y llegué al Museo con tiempo de sobra. Aunque pagué por adelantado, el conductor no pudo reprimir un comentario grosero sobre la vida que se daban algunos consumidores. Si no tuviese cosas más importantes en qué pensar, le hubiese dado allí mismo una lección.

Siempre sentí un cariño especial por el Metropolitano. La religión no me atrae extraordinariamente —en parte, supongo, porque ese asunto es explotado por Tauton—, pero en el Museo Metropolitano hay cierto aire de nobleza y seriedad que me llena el alma de paz y reverencia. Ya dije que llegué adelantado. Pasé esos minutos sentado en silencio ante el busto de George Washington Hill, y me sentí mejor que nunca desde aquella tarde en el Polo.

Eran exactamente las doce menos cinco y yo estaba contemplando una de las formas de doncella de la última época —número 35 en el catálogo: «Soñé que estaba pescando en el hielo sólo vestida con mi corpiño de doncella»— cuando sentí que alguien silbaba en el corredor, detrás de mí. Las notas eran inconfundibles. Había aprendido esa señal en aquel agujero, debajo de la Gallina.

Una de las guardianas se alejaba por el pasillo. Me miró por encima del hombro y sonrió. Para un observador cualquiera, sólo se hubiese tratado de una conquista casual. Nos tomamos del brazo y sentí la presión de sus dedos en mi muñeca. Los dedos me dijeron en código: N-o h-a-b-l-e s-i-é-n-t-e-s-e e-n l-a-s u-l-t-i-m-a-s f-i-l-a-s y e-s-p-e-r-e.

Asentí con un movimiento de cabeza. La mujer me llevó hasta una puerta de material plástico, la abrió y me señaló el interior. Entré solo.

Doce o quince consumidores, sentados en sillas de respaldo recto, miraban a otro consumidor, más viejo, de barba de chivo. Encontré una silla vacía en el fondo del cuarto, y tomé asiento. Nadie se fijó en mí.

El conferenciante estaba hablando de algunos sucesos pertenecientes a una época precomercial particularmente aburrida. Escuché a medias mientras trataba de descubrir algún punto en común entre los tipos que me rodeaban. Todos eran conservacionistas, era indudable; si no, ¿por qué iba a estar yo allí? Pero el estigma básico, la visible señal que denuncia al oculto fanático, faltaba totalmente. Todos eran consumidores con esos rostros afilados que nacen inevitablemente de una alimentación basada en croquetas de

soja y tortas de levadura; pero yo hubiera podido cruzarme con ellos sin dirigirles una segunda mirada. Sin embargo estábamos en Nueva York, y de las charlas con Bowen yo había deducido que aquí iba a encontrarme con los ejemplares más insignes del conservacionismo, los Trotskys y los Tom Paines del movimiento.

Y esto era importante también. Cuando yo saliera de esta reunión —cuando me encontrara con Fowler Schocken y aclarara los hechos— podría entonces descubrir esta conspiración canallesca. Miré con atención a las gentes que me rodeaban, tratando de fijar sus rasgos en mi memoria. Algún día volveríamos a encontrarnos.

Hubo seguramente alguna señal, pero yo no me di cuenta. El conferenciante se detuvo, de pronto, casi en medio de una frase, y un hombrecito rechoncho y barbudo, se puso de pie en la primera fila.

—Muy bien —dijo con voz normal—. Ya estamos todos, y no hay necesidad de desperdiciar más tiempo. Somos enemigos de todo desperdicio; por eso estamos aquí —lanzó una risita—. Sin ruido —nos previno— y sin nombres. Para los propósitos de esta reunión basta que usemos números. Yo puedo llamarme «Uno» y usted «Dos» —y señaló al hombre más próximo—, y así fila por fila hasta llegar al último. ¿Está claro?

»Muy bien, presten atención. Los hemos reunido porque todos ustedes son nuevos. Se encuentran ahora en los cuarteles centrales; no pueden ir más arriba. Cada uno de ustedes ha sido elegido por una cualidad especial. Ustedes sabrán cuál es. A todos se le asignará su trabajo; aquí mismo, esta noche. Pero antes, quiero decirles algo.

»Ustedes no me conocen a mí y yo no los conozco a ustedes. Todos han sido recomendados muy especialmente por sus células, pero a veces esos hombres se entusiasman demasiado. Si se han equivocado con ustedes... Bueno, entienden lo que quiero decirles, ¿no?

Todos asintieron. Yo también, pero me fijé muy particularmente en ese gordito barbudo. No quería olvidarlo. Llamaron a todos por su número, uno por uno. Y uno por uno se fueron levantando todos los novatos, conferenciaron brevemente con el barbudo y se fueron en parejas, o en grupos de tres con destinos no declarados. Cuando me tocó el turno sólo quedaba conmigo en la habitación una muchacha muy joven, de pelo anaranjado y ojos hundidos.

—Muy bien —dijo el hombre—. Van a formar un equipo, así que hay que presentarlos. Groby, ésta es Corwin. Groby es algo así como un redactor de propaganda. Celia es una artista.

—Muy bien —dijo Celia encendiendo un cigarrillo Astro con una colilla de otro Astro.

Una consumidora perfecta, si no hubiera sido corrompida por estos fanáticos. Noté que mientras fumaba no dejaba de mascar una pastilla de goma.

—Nos entenderemos bien —dije con aprobación.

—Claro que sí —dijo el barbudo—. *Tienen* que entenderse. Escúcheme, Groby: para que pueda hacer su trabajo, tendremos que mostrarle unas cuantas cosas que no quisiéramos ver en los periódicos. Si usted decidiera retirarse —dijo sonriéndose—, nos pondrá en dificultades. Tendríamos que arreglarlo de algún modo.

Y el hombre golpeó con las puntas de los dedos una botellita de líquido incoloro colocada sobre el escritorio de aluminio. El débil sonido del metal no fue más débil que mi voz cuando dije:

—Sí, señor.

Yo sabía muy bien qué clase de líquido incoloro contienen esas botellitas.

Pero no se mostraron muy duros conmigo. Trabajé durante tres horas allí hasta que al fin les dije que si no volvía a las barracas, no podría presentarme en el turno de la mañana, y tendría un disgusto. Me permitieron salir.

Pero falté al trabajo, de todos modos.

Salí del museo. Era una hermosa madrugada primaveral y yo me sentía muy bien, casi alegre. Una figura surgió de la niebla y me miró a la cara. Reconocí el rostro despreciativo del conductor del taxi que me había llevado hasta allí.

—Hola, señor Courtenay —me dijo con brusquedad, y en seguida el obelisco que está detrás del museo, o algo muy parecido, me golpeó con fuerza en la nuca.

11

—Despertará muy pronto —oí que alguien decía.

—¿Está listo para Hedy?

—¡Dios mío, no!

—Era sólo una pregunta.

—Deberías saberlo. Primero se les da anfetamina, plasma y, a veces, mil unidades de niacina. Sólo entonces están listos para Hedy. A Hedy no le gusta que pierdan el conocimiento. Se enoja.

Una risa nerviosa y fría. Abrí los ojos y dije:

—¡Gracias a Dios!

Pues alcancé a ver un cielorraso pintado de gris, un gris de cerebro, con ese color que sólo se encuentra en las oficinas de los trusts cerebrales de las agencias de publicidad. Estaba a salvo entonces, en los brazos de la Sociedad Fowler Schocken. ¿O no? No reconocí la cara que se inclinó hacia mí.

—¿Por qué estás contento, Courtenay? —preguntó la cara—. ¿No sabes dónde estás?

Después de esa pregunta era fácil adivinarlo.

—En Tauton —grazné.

—Correcto.

Traté de mover brazos y piernas, pero no me respondieron. No pude saber si me habían dado alguna droga, o si estaba encerrado en un saco de plástico.

—Oigan —les dije sin más trámite—, no sé qué creerán estar haciendo, pero les aconsejo que se detengan. Aparentemente se trata de un secuestro con propósitos comerciales. Así que me dejarán en libertad o me matarán. Si me matan sin una notificación previa les darán Cerebrín, así que no me matarán. Tarde o temprano me dejarán en libertad, así que sugiero que lo hagan ahora mismo.

—¿Matarte, Courtenay? —me preguntó la cara con una mueca de burla y asombro—. ¿Cómo podríamos matarte? Ya estás muerto. Todo el mundo lo sabe. Moriste en el glaciar Astromejor. ¿No te acuerdas?

Traté de moverme otra vez, sin resultado.

—Les quemarán el cerebro —les dije—. ¿Están locos? ¿Quién desea que le quemen el cerebro?

—Te sorprenderías si te lo dijese —dijo la cara con indiferencia. Y añadió en un aparte, dirigiéndose a algún otro—. Dile a Hedy que pronto estará listo.

Unas manos me movieron, se oyó un clic, y me ayudaron a sentar. La tela que me oprimía los costados me hizo comprender que se trataba de un saco de plástico. Todo esfuerzo era inútil.

Se oyó el zumbido de un llamador y alguien dijo bruscamente:

—Ahora cuidado con la lengua, Courtenay. El señor Tauton viene para aquí.

B. J. Tauton entró trastabillando. Estaba borracho. Era el mismo que yo había visto desde lejos, en la mesa de los oradores, en centenares de banquetes: rojo, grueso, vestido con un lujo excesivo y borracho.

Plantado ante mí, con los pies muy separados, las manos en las caderas, y un poco tambaleante, Tauton me examinó un momento.

—Courtenay —dijo al fin—. Qué lástima. Si no te hubieses juntado con ese estafador hijo de perra de Schocken, hubieses podido llegar a algo. Qué lástima.

Tauton estaba borracho, era una desgracia para la profesión y responsable, además, de innumerables crímenes; pero no pude impedir que mi voz se llenara de cierto respeto:

—Señor —le dije llanamente—, creo que hay un malentendido. La Sociedad Tauton no ha sido provocada como para que llegue al asesinato comercial, ¿no es cierto?

—No —dijo Tauton con los labios apretados y oscilando ligeramente—. No ha sido provocada de acuerdo con la ley. Ese bastardo de Schocken no ha hecho más que robarme mis ideas, corromper a mis senadores, sobornar a los miembros de las comisiones, ¡y robarme Venus!

Su voz se había elevado hasta convertirse en un agudo chillido. Luego, continuó normalmente.

—No. No hubo provocación. Se han cuidado muy bien de no matar a ninguno de mis hombres. ¡Astuto Schocken, moralista Schocken, condenadamente idiota Schocken! —canturreó Tauton, y me miró con ojos vidriosos—. ¡Bastardo! —me dijo—. De todas las trampas que me han armado en la vida, bajas, sucias e indecentes, la tuya es la peor. Yo... —Tauton se golpeó el pecho, poniendo en peligro su estabilidad—. Yo encontré un modo de cometer un asesinato comercial sin peligro, y tú me las jugaste sucio, ¡rata cobarde! Huiste como un conejo, ¡perro!

—Señor —le dije desesperadamente—, no sé de qué habla, se lo aseguro.

Tanta bebida, pensé, ha terminado al fin con él. Sólo un cerebro empapado en alcohol podía decir esas cosas.

Tauton se sentó despreocupadamente. Uno de sus hombres corrió hacia él justo a tiempo para meter una silla bajo sus inmensas nalgas. Haciendo un amplio ademán, Tauton me dijo:

—Courtenay... Yo soy, esencialmente, un artista.

Las palabras me salieron automáticamente.

—Claro, señor... —casi digo «Schocken». Mis reflejos estaban muy bien condicionados—. Claro, señor Tauton.

—Eencialmente —reflexionó Tauton—, esencialmente un artista; un fabricante de sueños, un tejedor de visiones.

Creí asistir a la increíble superposición de dos figuras. Fue como si Fowler Schocken estuviese allí, en esa silla, en lugar de su rival, el hombre que combatía abiertamente los ideales de Fowler

—Quiero Venus, Courtenay —continuó Tauton—, y lo tendré. Schocken me lo ha robado, pero yo lo recuperaré muy pronto. El proyecto Venus, tal como es manejado por Fowler, va a oler muy mal. No despegará ni un solo cohete de Fowler, aunque tenga que corromper a todos los empleados y matar a todos sus jefes. Pues yo soy, esencialmente, un artista.

—Señor Tauton —le dije serenamente—, no puede matar jefes así porque sí. Le quemarán el cerebro. Le darán Cerebrín. Y no encontrará a nadie que quiera correr ese riesgo por usted. Nadie querrá pasarse veinte años en el infierno.

—Conseguí un mecánico que dejó caer la barquilla de carga sobre tu cabeza, ¿no es cierto? —dijo Tauton con aire soñador—. Conseguí un desocupado que te baleó a través de una ventana, ¿no es así? Desgraciadamente fallaron los dos. Y luego nos traicionaste huyendo cobardemente a través del glaciar.

No dije nada. Yo no había huido a través del glaciar. Y vaya a saber a quien se le ocurrió que Runstead me golpeará, embarcara mi cuerpo para Costa Rica, y me sustituyera con un cadáver.

—Casi te escapaste —murmuró Tauton—. Si no hubiese sido por algunos humildes servidores, un conductor de taxi y algunos otros, nunca te hubiéramos pescado... Los sueños y las visiones, mejores o peores, son mi destino, Courtenay. La grandeza de un

artista se mide por su simplicidad. Tú me dices: «Nadie desea que le quemem el cerebro». Así piensas tú, porque eres un mediocre. Yo digo: «Encuentra a alguien que desee que le quemem el cerebro, y utilízalo». Por eso soy grande.

—Que desee que le quemem el cerebro —repetí estúpidamente—. Que desee que le quemem el cerebro...

—Explíquele —le dijo Tauton a un ayudante—. Quiero que se convenza de que hablamos en serio.

Uno de los hombres me dijo secamente:

—Cuestión de población, Courtenay. ¿No has oído hablar de Albert Fish?

—No.

—Un fenómeno antiguo. Vivió en los principios de la Edad de la Razón. 1920. Albert Fish se clavaba alfileres en el cuerpo, se quemaba a sí mismo con algodones saturados de alcohol, se daba latigazos... Eso le gustaba. Le hubiese gustado que le quemaran el cerebro. Apuesto a que sí. Hubiesen sido veinte años de azotes, ahogos, estrangulamientos y náuseas. El sueño de Albert Fish convertido en realidad.

»En esa época sólo había un Albert Fish. La aparición de ese Albert Fish fue posible sólo gracias a influencias y a presiones muy grandes. En una población tan escasa y dispersa como la de esos días —no más de tres mil millones— no podía nacer más que un solo Albert Fish. En el mundo actual, inmensamente más poblado, hay muchos Albert Fishes. Sólo hay que encontrarlos.

»Los abundantes recursos de que goza Tauton nos han permitido descubrir algunos. Salen a relucir en los hospitales, aunque a veces deformados grotescamente. Son casi todos criminales en potencia que desean sentir las delicias del castigo. Un hombre como tú piensa que no podemos alquilar asesinos, porque todos temen sufrir. Pero el señor Tauton sostiene que para contratar a un asesino basta encontrar a alguien a quien le guste sufrir. Y lo mejor de todo es que quienes desean sufrir son los mismos que desean hacer sufrir a los demás. Hacerte sufrir a ti, por ejemplo.

La aureola de veracidad que envolvía este discurso me heló la sangre. Nuestros noticieros estaban saturados de crónicas de fantástico heroísmo y maldades abismales. Las investigaciones demostraban —como yo lo sabía muy bien— que no se había conocido en la antigüedad ni tanto coraje ni tanta depravación. El hecho me había preocupado en otro tiempo.

Teníamos personajes como Malone, que durante seis años había cavado en silencio su túnel hasta que una mañana de domingo hizo volar todo un barrio de Nueva Jersey... sólo porque un policía de Brinks lo había molestado. En el otro extremo teníamos a James Revere, héroe del desastre de Nube Blanca. Camarero tímido y frágil de un cohete de turismo, había rescatado a setenta y seis pasajeros, sacándolos a hombros de entre las llamas, volviendo una y otra vez a meterse en el fuego, mientras la carne se le carbonizaba sobre los huesos; abriéndose camino a ciegas, con unas manos que eran ya muñones, entre los mamparos enrojecidos por el calor.

Era cierto. Cuando hay bastante gente, siempre se encuentra a alguien, alguien capaz de hacer cualquier cosa. Tauton era un artista. Había visto esa simple y significativa verdad y la había llevado a la práctica. Indudablemente, yo podía darme por muerto. Kathy, pensé, Kathy mía.

La gruesa voz de Tauton interrumpió mis reflexiones.

—¿Te das cuenta? —preguntó—. ¿Ves el fondo del asunto? La esencia, el fin, lo que yo llamaría el jugo vital de todo esto, es la recuperación de Venus. Bien. Comencemos por el principio. Háblanos de la agencia Schocken. Sus secretitos, sus puntos débiles, sus interioridades, sus conexiones con Washington... ya sabes.

Yo era un cadáver que no tenía nada que perder. Pensé... y dije:

—No.

Uno de los hombres de Tauton dijo abruptamente:

—Está listo para Hedy —se levantó y salió del cuarto.

—Has estudiado la prehistoria, Courtenay —dijo Tauton—. Te acordarás de Gilles de Rais —me acordaba, y sentí como si un casco de acero me estuviese apretando la cabeza—. Todas las generaciones prehistóricas no suman más de cinco mil millones de individuos —dijo Tauton—. Todas las generaciones prehistóricas sólo han producido un Gilles de Rais. Sin embargo en estos días podemos elegir varios. Y entre ellos, y para un trabajo especial cómo éste, elegí a Hedy. Ya verás por qué.

La puerta se abrió, y una muchacha pálida, adenoidea, de cabellos rubios y lacios, apareció en el umbral. Tenía una sonrisa tonta; los labios eran delgados y descoloridos. En una mano llevaba una aguja de quince centímetros insertada en un mango plástico.

Le vi los ojos y comencé a gritar. No pude dejar de gritar hasta que se la llevaron y cerraron la puerta. Me sentí destrozado.

—Tauton —murmuré al fin—, por favor...

Tauton se sentó cómodamente y me dijo:

—Empieza.

Traté, pero no pude. La voz no me respondía, ni tampoco la memoria. Ni siquiera podía recordar si la firma se llamaba Fowler Schocken o Schocken Fowler.

Finalmente Tauton se levantó y dijo:

—Te dejaremos descansar un rato, Courtenay. Para que puedas recuperarte. Yo también necesito un trago —se estremeció, involuntariamente, y luego volvió a sonreír—. Piénsalo —me dijo, y se fue tambaleándose.

Me sacaron de la habitación de los cerebros entre dos hombres, arrastrándome a través de un corredor hasta un cubículo vacío. Aparentemente era ya de noche. Nadie salía de las oficinas ni entraba en ellas. Las luces estaban apagadas. Un guarda sentado ante un escritorio, en el fondo de un pasillo, bostezaba somnoliento.

—¿Por qué no me sacan esta bolsa? —pregunté con inseguridad—. Me voy a ensuciar de un modo atroz si no salgo de aquí.

—No hay orden de eso —dijo uno de los hombres brevemente.

Dieron un portazo y cerraron con llave. Me arrastré por el piso del cuartucho buscando algo bastante afilado como para romper la película y abrir la bolsa de plástico. No había nada. Después de algunas contorsiones increíbles y una docena de estrepitosas caídas, comprendí que no podría incorporarme. El pestillo era una sombra, apenas una sombra de esperanza; pero era como si estuviese a un millón de kilómetros.

Mitchell Courtenay, jefe de publicidad; Mitchell Courtenay, hombre clave de la sección Venus; Mitchell Courtenay, futuro destructor de los consistas; Mitchell Courtenay, tirado en el piso de una celda, en las oficinas de la más criminal y retorcida de todas las agencias que han ensuciado la profesión publicitaria. Allí estaba, sin perspectiva alguna excepto la traición, y con un poco de suerte, una muerte piadosa. Al menos Kathy nunca lo sabría. Seguiría creyendo que yo había muerto como un tonto, en un glaciar, por haber metido la mano en algo que no me concernía: el equipo de energía eléctrica.

Se oyó el ruido de la cerradura. Venían a buscarme. Pero cuando la puerta se abrió, vi desde el piso, no un bosque de pantalones, sino un par de tobillos, delgados como cerillas, y envueltos en nylon.

—Te quiero —dijo la extraña e inexpresiva voz de la mujer—. Dijeron que tenía que esperar, pero no pude más.

Era Hedy con la aguja.

Traté de gritar pidiendo ayuda, pero ningún sonido me salió de la garganta. La mujer se arrodilló a mi lado, con los ojos brillantes. Sentí como si la temperatura del cuarto hubiese descendido diez grados. Los labios descoloridos de la mujer se unieron a los míos. Parecían de hierro candente. Y enseguida sentí como si me arrancaran el lado izquierdo de la cabeza. Duró unos segundos, y hundiéndome en una llamarada roja, perdí el conocimiento.

—Despiértate —decía la voz muerta—. Te quiero. Despiértate.

Un relámpago me hirió en el codo derecho y el brazo. Mi brazo se movió.

Se movió.

Los labios descoloridos descendieron de nuevo, y de nuevo sentí su aguja en mi mandíbula; buscaba el trigémino. Lo encontró. Luché contra esa ola de llamas que trataba de arrastrarme. Mi brazo se había movido. La aguja de la mujer había perforado la bolsa. Podía abrirla ahora. La aguja penetró otra vez y el dolor, de algún modo, agitó mi brazo derecho. Me moví. Estaba libre.

Creo que tomé a la mujer por la nuca. Creo que apreté. No estoy seguro. No quiero estar seguro. Pero después de cinco minutos ni ella ni su amor tenían sentido. Desgarré y destrocé la película de plástico, y me incorporé, gimiendo. Tenía el cuerpo agarrotado.

El guarda del corredor no me preocupaba. Si no había acudido antes a mis gritos, ya no vendría. Salí del cubículo. El hombre dormía, aparentemente, con la cabeza apoyada en el escritorio, boca abajo. Pero cuando me acerqué a él, vi que en el valle formado por las cuerdas de su vieja nuca, se estaba coagulando un menudo charco de sangre y suero. Un alfilerazo en la médula, y nada más. Puedo atestiguar que Hedy conocía perfectamente la topografía del sistema nervioso.

El guardián tenía un arma. Pensé un momento en llevármela, pero la dejé. Los pocos dólares que el hombre tenía en el bolsillo me serían más útiles. Corrí a las escaleras. En el reloj del escritorio se leía 06:05.

Yo ya había aprendido a subir por una escalera. Aprendí entonces cómo se bajaba. Si el corazón funciona bien, no hay mucho que dudar. Me llevó treinta minutos descender desde los pisos de las oficinas de los jefes a los poblados escalones inferiores. Algunos de los malhumorados consumidores ya estaban despertándose. Se acercaba la hora de ir al trabajo.

Pasé a través de una docena de puñetazos y de una feroz cuchillada. Los moradores nocturnos del edificio Tauton eran de una suciedad y de una bajeza inadmisibles en los escalones de la torre Schocken. Pero quizá era mejor así: mis ropas deshilachadas y la fresca cicatriz de la barbilla no llamaron la atención. Algunas de las muchachas hasta silbaron al verme, pero eso fue todo. Las gentes que habitan en las viejas y agrietadas casas de vecindad, como el RCA y el Empire State, me hubiesen arrojado escaleras abajo sin más trámite.

Tuve suerte con la hora. Dejé el edificio rodeado por una apretujada multitud que se dirigía hacia los subterráneos, en camino hacia sus lastimosos empleos. Me pareció que algunos hombres de civil vigilaban a la muchedumbre desde las ventanas del segundo piso, pero no alcé la vista. Entré en la estación del subterráneo.

En las ventanillas de cambio convertí todos mis billetes en monedas y me dirigí hacia las duchas.

—¿Un baño a medias, joven? —me preguntó alguien.

Necesitaba urgentemente una ducha, y para mí solo, pero no me atreví a hacerme el aristócrata. Metí varias monedas; cinco minutos de agua salada, treinta segundos de agua dulce, y jabón. Descubrí que me estaba frotando el lado derecho una y otra vez. Cuando el agua me golpeaba el lado izquierdo del rostro, el dolor me mareaba.

Después de la ducha, me metí en el tren subterráneo y pasé dos horas zigzagueando por debajo de la ciudad. Bajé por fin en Times Square, en el centro del distrito de comercio. Era casi una estación de carga. Unos consumidores blasfemos colocaban en las cintas sinfín unas cajas de proteínas que se distribuirían luego por toda la ciudad. Traté de comunicarme con Kathy. No contestaba.

Llamé a Hester, en el edificio Fowler, y le dije:

—Quiero que consigas todo el dinero posible. Pide prestado, junta tus ahorros, compra un equipo Astromejor de mi medida, y encuéntrate conmigo, y rápido, en el mismo lugar en que tu madre se quebró una pierna el año pasado. En el lugar exacto ¿recuerdas?

—Sí, Mitch —dijo Hester—. Pero mi contrato...

—Por favor, tendré que pedirte de rodillas. Confía en mí. Te sacaré del apuro. Por favor, apresúrate. Y... si al llegar me encuentras rodeado de guardias, no te acerques a mí. Adelante.

Colgué el tubo y me recosté contra una pared de la casilla telefónica hasta que el primero de la fila me golpeó indignado la puerta. Caminé lentamente alrededor de la estación, compré un sándwich de queso y una taza de Mascafé, y alquilé en el quiosco un periódico de la mañana.

Mi historia era sólo unas líneas aburridas al pie de la columna tres: BUSCADO POR RUPTURA DE CONTRATO Y HOMICIDIO. Decía que George Groby no había vuelto a Clorela después de su día franco, y que había ocupado su tiempo libre en robar en las oficinas centrales del edificio Tauton. Había matado a una secretaria que lo había descubierto y se había escapado.

Media hora más tarde me encontré con Hester en la boca del túnel. De ese túnel había salido un día un cajón que le había roto una pierna a su madre. Estaba terriblemente preocupada. Técnicamente, Hester era tan culpable como «George Groby» de haber roto un contrato.

Le saqué de las manos la caja de ropas y le pregunté:

—¿Tienes aún mil quinientos dólares?

—Más o menos. Mamá está tan asustada...

—Reserva dos pasajes para los dos en el próximo cohete a la Luna. Hoy, si es posible. Luego vuelve aquí. Me vestiré mientras tanto.

—¿A la Luna? ¿Los dos?

—Sí, los dos. Tengo que salir de la Tierra antes que me maten. Esta vez no podré resucitar.

12

Mi pequeña Hester se cuadró de hombros y comenzó a hacer milagros.

A las diez horas estábamos cuchicheando uno al lado del otro mientras los cohetes del David Ricardo rugían ya para despegar rumbo a la Luna. Hester se había hecho pasar, con toda sangre fría, por una empleada de Schocken en misión especial. Yo era Groby, analista de ventas 6. Naturalmente, la red tendida alrededor de Groby, expedidor 9, no incluía el aeropuerto Astoria. Los basureros homicidas no tienen dinero suficiente como para viajar en cohete.

Nos correspondía un compartimiento y raciones máximas. La construcción del David Ricardo era tan completa que casi todos los pasajeros tenían compartimientos y raciones máximas. No era un viaje para curiosos desocupados, ni para el sumergido noventa y cuatro por ciento de la población. La Luna era estrictamente negocios —negocios de minas— y algunos panoramas. Nuestros compañeros de viaje, los que habíamos visto en la rampa, eran ceñudos ingenieros, trabajadores con pasaje de proa, y algunas mujeres y hombres, llenos de dinero y de tonterías, que querían contar que habían estado allí.

Después del despegue, Hester se mostró históricamente contenta durante unos breves instantes, y al fin se derrumbó. Rompió a llorar sobre mi hombro, aterrorizada por la enormidad de lo que había hecho. Había sido educada en un ambiente profundamente moral, donde se reverenciaban las Ventas, y le era imposible cometer un grave crimen comercial —como romper un contrato de trabajo— sin reaccionar terriblemente.

—Señor Courtenay... Mitch —sollozaba Hester—, ¡si por lo menos estuviese segura de que todo está bien! Sé que usted ha sido siempre muy bueno conmigo, que usted no haría nada malo, pero me siento tan asustada, ¡tan perdida!

Le sequé los ojos, y tomé una decisión.

—Te diré lo que pasa, Hester —dije —; juzga tu misma. Tauton ha descubierto una cosa horrible. Parece que algunos no temen ser castigados con Cerebrín, y no les importa cometer un crimen comercial sin provocación. Tauton entiende que el señor Schocken le robó inmoralmente el proyecto Venus, y no se detendrá hasta recuperarlo. Ha intentado matarme dos veces por lo menos. Pensé que el señor Runstead era uno de sus agentes, encargado de sacarle a Fowler Schocken el asunto Venus. Ahora, no sé.

»Allá en el polo sur, Runstead me golpeó, me metió subrepticamente con papeles falsos en un carguero y dejó un cuerpo en mi lugar. Y además —añadí cautelosamente— hay algunos consistas metidos en esto.

Hester lanzó un breve chillido.

—No sé que relación tienen todas estas cosas —le dije—. Pero trabajé en una célula consista.

—¡Señor Courtenay!

—Sólo en apariencia —expliqué rápidamente—. Yo estaba atrapado en Clorela, en Costa Rica, y el único camino hacia el norte parecía ser el conservacionismo. Tenían una célula en la fábrica. Me uní a ellos, utilicé mi talento, y fui transferido a Nueva York. El resto ya lo conoces.

Hester guardó silencio durante un rato y luego dijo:

—¿Está usted seguro de que esto está bien?

Deseando desesperadamente que lo estuviera, dije con firmeza:

—Por supuesto, Hester.

Hester me sonrió de oreja a oreja.

—Traeré las raciones —me dijo, soltándose el cinturón de seguridad—. Usted espéreme aquí.

Cuarenta horas después le dije a Hester:

—Estos malditos camareros sólo piensan en el mercado negro. ¡Mira esto!

Alcé mi ampolla de agua y mi caja de comida. Los dos sellos habían sido claramente forzados, y era evidente que faltaba un poco de agua.

—Los sellos de las raciones máximas —declaré en tono algo oratorio— suelen ser inviolables, pero esto es simplemente un robo. ¿Cómo están las tuyas?

—Lo mismo —dijo Hester con desgano—. Pero ¿qué podemos hacer? No comamos todavía, señor Courtenay. ¿Qué le parece un partido de tenis? —Hester se esforzaba evidentemente por mostrarse animada.

—Bueno —gruñí.

Instalamos el campo, alquilado en el armario de recreos de la nave. Hester jugaba mejor, pero yo ganaba terreno en los tiros cortos. Su coordinación muscular no era muy buena. Cuando yo le lanzaba un tiro corto y cruzado, Hester o no acertaba con la llave o enviaba la pelota a la red al no dar, con la mano izquierda, bastante potencia al reóstato. Media hora de ejercicio nos pareció suficiente. Hester emitió un grito de alegría y nos lanzamos sobre las raciones.

La partida de tenis antes de las comidas pronto fue una tradición. Había poco que hacer en nuestro atestado camarote. Cada ocho horas, Hester se incorporaba e iba a buscar nuestras raciones. Yo volvía a gruñir quejándome de los sellos adulterados y del robo de los alimentos. Luego jugábamos una partida de tenis antes de empezar a comer. Pasábamos el resto del tiempo de cualquier modo, observando en la pared el desfile de los anuncios de la Sociedad Schocken. Todo está bien, pensaba yo.

Schocken está en la Luna, y nadie me impedirá verlo. Este asunto se ha simplificado bastante. De la Luna a Schocken, de Schocken a Kathy. Sentí un estremecimiento de emoción. Yo podría haberle preguntado a Hester —casualmente— qué noticias tenía de Jack O'Shea; pero no lo hice. Temí algún cuento poco agradable sobre ese enano héroe y su triunfal procesión de ciudad en ciudad y de mujer en mujer.

Un anuncio de a bordo interrumpió por fin el desfile de avisos: «Cocineros a sus puestos para el último reparto de líquidos. Estamos en h-8 y de aquí en adelante, y hasta el descenso, no debe consumirse ningún otro alimento, ni sólido ni líquido».

Hester sonrió y salió con la bandeja.

Tardó, como siempre, diez minutos en volver. Ya se sentía lo suficiente la atracción de la Luna como para desarreglarme el estómago. Eructé miserablemente y seguí esperando.

Hester volvió con dos ampollas de Mascafé y me reprochó con alegría:

—Pero ¡cómo, Mitch! ¡No ha instalado todavía la cancha de tenis!

—No tengo ganas. Comamos.

Extendí la mano para tomar mi ampolla.

—Un juego solo —me rogó.

—Demonios, muchacha. Ya me has oído. No olvidemos quién es quién.

Yo no hubiera dicho eso, me parece, si no hubiese sido por el Mascafé. La ampolla roja de Astromejor me sacudió interiormente... Sentí el comienzo de unas náuseas. Ya no sentía la comida, pero es imposible olvidarse del Mascafé.

Hester se enderezó.

—Lo siento, señor Courtenay —dijo, y en seguida se dobló en dos violentamente, con el rostro contraído. La sostuve, asombrado. Estaba pálida. Gemía de dolor.

—Hester —le dije—, ¿qué te pasa? ¿Qué...?

—No lo beba —gruñó, apretándose el estómago—. El Mascafé... está envenenado. Sus raciones... estuve probándolas —desgarró con las uñas el nylon que le cubría el diafragma, y se las clavó con fuerza en la piel.

—¡Manden un médico! —grité en el micrófono—. ¡Una mujer se está muriendo!

Me contestó la voz del mayordomo.

—Enseguida, señor. El médico de a bordo llegará inmediatamente.

El rostro contraído de Hester comenzó a relajarse. Me asusté. Me habló en susurros.

—Qué bicha asquerosa esa Kathy. Abandonarte de ese modo. Vales demasiado para ella. Mitch y una bicha, es gracioso. Mi vida... tuya... —otro espasmo le contrajo la cara— Esposa contra secretaria. Qué cómico. Siempre la misma historia. Nunca me besaste...

No tuve la oportunidad, ni aun entonces. Hester estaba muerta.

El médico de a bordo apareció, caminando rápidamente, tomándose con una mano de la barandilla. Al verla, se puso serio. La llevamos a la enfermería, y el médico le introdujo en el pecho la aguja de un excitador cardíaco. El corazón de Hester comenzó a latir nuevamente. Su pecho empezó a subir y a bajar, y al fin abrió los ojos.

—¿Quién es usted? —le preguntó el médico, con una voz alta y clara.

Hester movió la cabeza, ligeramente, y tuve cierta esperanza.

—¿Reacciona? —le pregunté en voz baja al médico.

—Muy poco —me contestó el hombre, con frialdad profesional.

Tenía razón. Unos pocos movimientos de cabeza, muy débiles, y un parpadeo irregular y rápido. El médico volvió a preguntar:

—¿Quién es usted?

La muchacha frunció levemente el ceño, y le temblaron los labios. Nada más. Excepto un mínimo y ambiguo residuo, Hester estaba totalmente muerta.

El médico comenzó a explicarme con una voz muy suave:

—Voy a apagar la máquina. No hay ninguna esperanza, créame. La evidencia clínica demuestra que estamos ante un fallecimiento irreversible. Duele pensar, sobre todo cuando se trata de personas queridas...

Miré los párpados de Hester. Cada uno de ellos se movía con un ritmo diferente.

—Apáguela —dije con voz ronca. Me refería a Hester, no a la máquina.

El médico cortó la corriente y sacó la aguja.

—¿Hubo nauseas? —me preguntó. Asentí— ¿Era su primer viaje a la Luna? —asentí otra vez— ¿Dolores abdominales? —asentí— ¿Síntomas previos? —dije que no—. ¿Vértigos? —asentí, aunque no lo sabía.

El médico iba a alguna parte. Siguió preguntándome, y las respuestas que él esperaba me salían de la boca como unos naipes de las manos de un mago. Alergias, hemorragias, dolores de cabeza, fatiga por las tardes. Al fin el médico dijo con voz firme:

—Creo que se trata de la enfermedad de Fleischmann. Aún no ha sido muy bien estudiada. Pensamos que tiene su origen en un desarreglo de las glándulas adrenocorticotrópicas durante los vuelos en el vacío. Una reacción en cadena de incompatibilidades histológicas que afectan el fluido cerebroespinal...

Me miró y cambió de tono.

—Tengo un poco de alcohol en mi armario —me dijo—. ¿Quiere usted...?

Alargué la mano hacia el frasco, y en seguida me acordé de Hester.

—Acompáñeme —le dije.

El médico asintió, y bebió sin titubear de uno de los picos del frasco de doble seguridad. Observé su manzana de Adán. Subía y bajaba.

—No demasiado —me aconsejó el hombre—. Estamos por llegar.

Me quedé hablando con el médico algunos minutos, observándolo, y al fin me decidí. Me tragué casi un cuarto litro. Apenas pude volver al compartimiento.

Dolor de cabeza, pena, miedo, y las angustiosas demoras del desembarco. Debí de haber actuado como un estúpido. Oí, un par de veces, que los tripulantes les decían a los oficiales del puerto:

—No lo molesten demasiado. Perdió a su chica en el viaje.

En la atestada sala de recibo, ante los interminables cuestionarios, decidí declarar que no sabía cuál era mi misión. Mi nombre era Groby, a6, y lo mejor sería que me enviaran directamente a Fowler Schocken. Les dije que Fowler quería hacernos algunas preguntas. No me hicieron caso. Me hicieron sentar en un banco y llamaron a la sucursal de Schocken en Ciudad Luna.

Esperé y observé, tratando de pensar. No era fácil. Los innumerables oficiales del puerto corrían de un lado a otro, ocupados en sus tareas específicas. Yo no contaba. Estaba fuera de la cuestión. Iban a atraparme...

Una pantalla comenzó a parpadear en un escritorio lejano. Leí con los ojos entrecerrados: «Schocken a Aeropuerto - ninguna misión esperada en este vuelo - ningun empleado de nombre Groby - no se ha comunicado a Fowler Schocken pero imposible empleado traiga informe - actúen a discreción - obvio no es de la casa - fin».

Fin de veras. Me estaban mirando desde el escritorio, y se hablaba en voz baja. En cualquier momento harían una seña a alguno de los policías del salón.

Me puse de pie y me hundí en la multitud. Tenía una sola alternativa, y ésta me aterrorizaba. Hice el ademán casual que constituía el llamado de emergencia de un consista.

Un guarda de Burns se abrió paso a codazos a través de la multitud y me puso una mano en el hombro.

—¿Se va a resistir? —me preguntó.

—No —le contesté con una voz ahogada—. Indique el camino.

El guardia saludó confiadamente a los hombres del escritorio y éstos le devolvieron el saludo. Caminé forzosamente a través de la sorprendida multitud, sintiendo el extremo de un arma entre los omóplatos. Salimos de la bóveda del aeropuerto y entramos en una calle en forma de túnel. Las tiendas se agrupaban a los lados:

RECUERDOS DE LA LUNA
Los más baratos de la ciudad

PRUEBE LOS RICOS DULCES DE LA LUNA
EL PERIÓDICO DE SU CIUDAD CÓMPRELO AQUÍ
SE ALQUILAN TRAJES LUNARES

50 años sin un accidente

ALQUILER DE TRAJES LUNARES

73 años sin un accidente

MODAS LUNARES

Trajes asombrosos que prueban que usted ha estado aquí

Warren Astron, D. P. S.

Solicite turno

Los carteles centelleaban en los frentes de las tiendas y me guiñaban los ojos. Los transeúntes paseaban hacia arriba y hacia abajo, mirándome con la boca abierta.

—Alto —gruñó el guarda. Estábamos ante el cartel de Warren Astron, D. P. S.—. Sáqueme el arma —murmuró el hombre—. Déme un buen golpe en la cabeza. Haga fuego contra las luces de la calle, y métase en casa de Astron. Hágale la señal. Buena suerte... y trate de no romperme el cráneo.

—Usted es... usted es... —tartamudeé.

—Sí —dijo secamente—. Ojalá no hubiese visto su señal; esto me va a costar dos jinetas y un aumento. Adelante.

Lo hice. Le arranqué el arma de las manos, y lo golpeé ni muy fuerte ni muy suave. Luego disparé contra las luces. La carga estalló destrozando el techo, y los transeúntes comenzaron a gritar. El estruendo rodó por la calle abovedada. Me escurrí a través de la blanca e inmaculada puerta de Astron.

Me encontré rodeado de sombras, parpadeando ante un hombre alto y barbudo.

—¿Qué significa esto? —me preguntó—. Hay que pedir hora —le tomé la mano—. ¿Quiere esconderse? —me preguntó, dejando abruptamente de lado sus modales profesionales.

—Sí, rápido.

El hombre me llevó a través del vestíbulo hasta un elevado y reducido observatorio, con una cúpula transparente, un telescopio de refracción, unos mapas astrales hindúes, relojes y escritorios. Empujó uno de estos últimos, y el mueble giró sobre unos rieles, descubriendo un agujero con unos escalones.

—Baje —me dijo.

Descendí en la oscuridad.

El pozo tenía unos dos metros de alto, y dos por uno de ancho. Las paredes eran irregulares y toscas. Un pico y una pala estaban apoyados contra la pared. Había también dos baldes llenos de piedras. Indudablemente, una obra en marcha.

Di vuelta un balde y me senté. Después de haber contado quinientas setenta y seis pulsaciones, me senté en el piso. Dejé de contar. La posición era algo incómoda. Traté de apartar las piedras y acostarme. Repetí la operación unas cinco veces.

Luego oí voces arriba. Una era la voz remilgada, profesional de Astron. La otra, la ahuecada y petulante de alguna mujer muy gorda. Parecían estar sentados ante el escritorio que ocultaba mi escondite.

—...me parece realmente excesivo, mi querido doctor.

—Como usted quiera, señora. Si me permite, volveré a mis efemérides.

—Pero, doctor Astron, yo no quería decir...

—La señora me perdonará por haber juzgado que mis honorarios le resultaban excesivos... Tiene usted razón. Bien. Su fecha de nacimiento y la hora, por favor.

La mujer respondió tartamudeando, y yo pensé un instante en los problemas que Astron debía tener con las mujeres que le ocultaban los años.

—Ajá... Venus en la casa de Marte... Mercurio en línea ascendente en el trino.

—¿Qué es eso? —preguntó la mujer con un tono repentinamente desconfiado—. Sé bastante del Gran Arte y nunca oí nada igual.

—Señora —respondió Astron con suavidad—, debe usted comprender que un observatorio lunar permite muchas cosas que usted aun ignora. La observación desde la Luna ha hecho posible refinar el Gran Arte de un modo inconcebible. Ya no es como en aquellos días en que las observaciones se efectuaban a través de la espesa y sucia atmósfera terrestre.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Conozco todo eso. Siga por favor, doctor Astron. ¿Podremos mirar a través del telescopio y ver mis planetas?

—Más tarde, señora. Así que... Mercurio en línea ascendente en el trino. El planeta de las luchas y de las burlas, y sin embargo en cuarto con Júpiter, el dador de fortunas, y...

La «lectura» duró una hora y media. Siguieron otros dos clientes similares; luego silencio. Estaba casi dormido cuando sentí una voz que me llamaba. El escritorio se había movido otra vez y la cabeza de Astron asomaba por la abertura rectangular, nítidamente recortada.

—Suba —me dijo—. Está a salvo por doce horas.

Subí, con el cuerpo entumecido, y observé que la cúpula del observatorio había perdido su transparencia.

—Usted es Groby —declaró Astron.

—Sí —le contesté.

—Recibimos un informe en el correo del David Ricardo. Dios sabrá qué fines tiene usted. Es demasiado para mí.

Advertí que no sacaba una mano del bolsillo.

—Aparece usted en Clorela, un propagandista nato; se le transfiere a Nueva York. Lo secuestran frente al Metropolitano, de veras o por un arreglo previo; mata a una muchacha y desaparece, y ahora viene a la Luna. Dios sabrá qué fines tiene usted. Es demasiado para mí. Una de las directoras del comité central llegará enseguida para investigar el caso. ¿Tiene algo que decir? ¿Confesar, por ejemplo, que es usted un agente provocador? ¿Un hombre dominado por una pasión maníaco depresiva?

No le contesté.

—Muy bien —dijo Astron.

En alguna parte se abrió y cerró una puerta.

—Debe de ser ella —me informó el hombre.

Y mi mujer Kathy entró en el observatorio.

13

—Mitch —dijo Kathy, aturdida—. Por Dios, Mitch —se rió, un poco históricamente—. No podías esperar, ¿no es cierto? No podías quedarte afuera.

El astrólogo sacó un arma de su bolsillo y le preguntó:

—¿Hay que...?

—No, Warren. Todo está bien; lo conozco. ¿Puede dejarnos solos? Por favor.

Nos dejó solos. Kathy se derrumbó sobre una silla, temblando. Yo no podía moverme. Mi mujer, una jerarca consista. Creía conocerla y me había equivocado. Me había mentido continuamente, y yo no me había dado cuenta de nada.

—¿No vas a decirme algo? —le pregunté con frialdad.

Kathy trataba, visiblemente, de dominarse.

—¿Estás horrorizado? —me preguntó—. Tú, una estrella de la publicidad, casado con una consista. Debes temer que esto se sepa y dañe tu prestigio comercial —sonrió forzosamente; la miré fijo y dejó de sonreír—. Maldita sea —estalló—, sólo te pedí que no te mezclaras en mi vida, nada más. Mi mayor error fue evitar que Tauton te matara.

—¿Runstead me secuestró porque tú se lo pediste?

—Sí, fui una tonta. Pero ¿qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué significan esas acrobacias prehistóricas? ¿No puedes dejarme sola y en paz? —me gritó.

Kathy era una consista. Runstead también. Kathy y Runstead habían decidido encargarse del pobre Mitch. Y lo habían hecho. Tauton había decidido encargarse del pobre Mitch. Y lo había hecho. Me habían movido como una pieza de ajedrez por todo el tablero.

—La reina y el peón —dije, y le crucé la cara con una bofetada.

Kathy me miró sorprendida. El brillo que tenía en los ojos se había desvanecido.

—Llama a ese fulano —le dije.

—Mitch, ¿qué vas a hacer? —me preguntó. Era otra vez la Kathy de siempre.

—Hazlo venir.

—No puedes obligarme a...

—¡Eh, usted! —grité— ¡Usted, el hechicero!

Astron vino corriendo, a encontrarse con mi puño. Comencé a revisarle los bolsillos, y Kathy salto sobre mí como un gato montés. Encontré un arma... una siniestra pistola automática .25 VHL, e incorporándome dejé caer a Kathy. Me miró asombrada, frotándose una cadera.

—Eres un buen hijo de perra —me dijo con admiración.

—Sí, me he convertido en eso —le contesté—. ¿Sabe Fowler Schocken que estás en la Luna?

—No —dijo Kathy, frotándose el pulgar con el índice.

—Estás mintiendo.

—Mi detectorcito de mentiras —canturreó Kathy, burlona—. Mi redactor tragasables...

—Dime la verdad —la interrumpí— o te cruzo la cara con esta arma.

—Dios... —dijo Kathy—. Serías capaz —se llevó lentamente la mano a la cara, sin sacar los ojos del arma.

—Mejor si te das cuenta. ¿Sabe Fowler que estás en la Luna?

—No exactamente —dijo Kathy, mirando el arma—. Me aconsejó que viniera... para ayudarme a olvidar mi dolor de viuda.

—Llámalo. Dile que venga.

Kathy no dijo nada, ni se acercó al teléfono.

—Oye —le dije—, Groby te habla. Groby ha sido golpeado, acuchillado, robado y secuestrado. Una dama sádica, que sabía mucho de anatomía, jugó con él un rato. Groby la mató, y está contento de haberla matado. Está tan empeñado con Clorela, que no piensa salir nunca a flote. Lo buscan por homicidio y ruptura de contrato. Hace unas pocas horas envenenaron a su mejor amiga. La mujer de la que se creía enamorado, resultó ser una fanática, una mentirosa y una perra. Groby no tiene nada que perder.

»Puedo destrozar a tiros esta bóveda y morirás respirando el vacío. Puedo salir a la calle, entregarme, y decir lo que sé. No me creerán, pero algún día comenzaran a investigar, y tarde o temprano descubrirán la verdad... Por ese entonces ya me habrán quemado el cerebro, pero no importa. No voy a perder nada.

—¿Y qué ganarás con ello? —me preguntó Kathy, inexpresivamente.

—Termina con eso. Llama a Schocken.

—No sin hacer otra tentativa, Mitch. Me ha dolido, sobre todo, una palabra: «fanática». Sí, le pedí a Runstead que te secuestrara. Por dos motivos: quería salvarte de los asesinos de Tauton, y quería que probaras la vida de los consumidores. Pensé... no sé. Pensé que verías las cosas tal como son. Es difícil verlo cuando se es una estrella. Es más fácil desde abajo.

»Pensé que podría hablar sensatamente contigo, cuando te resucitáramos. Pensé que trabajaríamos juntos en el único trabajo que vale la pena. Pero no resultó. Esa condenada inteligencia tuya... tan capaz, y tan retorcida. Sólo quieres recuperar tu puesto, para

comer, beber y dormir un poco mejor que los demás. Es una lástima que no seas un fanático, Mitch. El mismo ciego Mitch de siempre. Bueno, he hecho todo lo posible.

»Sigue adelante. Haz lo que quieras. No te preocupes si me haces daño. No será peor que aquellas noches en que nos gritábamos toda clase de insultos. Ni que aquellas otras veces en que yo tenía que ocuparme de algún asunto conservacionista, y no podía decírtelo, y te ponías celoso porque creías cualquier cosa.

»Tampoco será peor que cuando te embarcamos para Clorela, con el propósito de convertirte en un hombre honesto, a pesar de que estabas estropeado por la publicidad. Ni peor que no poder quererte, no poder entregarme a ti del todo, en cuerpo y alma, a causa de ese secreto. Un tiro de esa pistola será un chiste comparado con lo que ya he sufrido otras veces.

Hubo una pausa que pareció interminable.

—Llama a Schocken —le dije, con voz no muy firme—. Dile que venga. Luego sal y llévate a ese mirón de estrellas contigo. No... no sé qué voy a decirle a Schocken, pero os daré un par de días a ti y a tus amigos. El tiempo suficiente para mover los cuarteles, cambiar las contraseñas, y toda esa jerigonza. Llama a Schocken y vete. No quiero verte más.

Kathy tomó el teléfono y marcó un número. Traté de leer en su rostro. No pude.

—¿La secretaria tercera del señor Schocken? —dijo Kathy—. Habla la doctora Nevin, viuda del señor Courtenay. Encontrará mi nombre en la lista, creo... Gracias. La secretaria segunda del señor Schocken, por favor. Hola, soy la doctora Nevin, viuda del señor Courtenay. ¿Puedo hablar con la secretaria del señor Schocken? Estoy en la lista... Gracias. Hola, señorita Grice; habla la doctora Nevin. ¿Podría hablar con el señor Schocken?... Ciertamente, gracias.

Kathy se volvió hacia mí.

—Tengo que esperar —hubo un silencio, y luego Kathy dijo—. Hola señor Schocken... Bien, gracias. Señor Schocken, ¿podría usted venir a verme? Se trata de un asunto muy importante... Negocios, y algo personal... Lo más pronto posible... Tienda uno, a la salida de aeropuerto... Doctor Astron... No, no, no es eso, pero aquí podremos hablar más cómodamente. Muchas gracias, señor Schocken.

Le arranqué el teléfono y oí que la voz de Fowler decía:

—Muy bien, querida. El misterio es interesante. Hasta luego —se oyó un golpe seco.

Kathy era bastante inteligente como para fraguar un diálogo, pero no lo había hecho. La voz de Schocken era inconfundible. Volví a recordar las reuniones de las mañanas, la brillante dialéctica de las discusiones, las duras y satisfactorias horas de oficina culminadas por un «¡Excelente trabajo!» y las instrucciones y los consejos que solucionaban nuestros más intrincados problemas... Me sentí lleno de nostalgia.

Estaba casi en casa.

Silenciosa y eficientemente, Kathy se echó al hombro el cuerpo inerte del astrólogo. Salió del observatorio sin dirigirme la palabra. Una puerta se abrió y se cerró.

Que se fuera al diablo...

Unos minutos después oí la voz jovial de Fowler Schocken.

—¡Kathy! ¿No hay nadie aquí?

—Entre —grité.

Fowler Schocken entró, acompañado por dos hombres de la policía Brinks. Los colores se le subieron a la cara.

—¿Dónde...? —dijo al verme—. Usted se parece a... Eres, ¿eres Mitch!

Me abrazó y valseó conmigo alrededor de la habitación circular, mientras los guardias nos miraban boquiabiertos.

—¿Cómo le haces esas bromas a un viejo como yo? —decía Schocken—. ¿Qué te ha pasado, muchacho? ¿Dónde está Kathy?

La escasa gravedad de la Luna no impidió que Fowler se sintiera agotado. Dejó de bailar.

—He estado trabajando bajo cuerda —le dije—. Pero me metí en algunas dificultades. ¿Quiere usted llamar a algunos otros guardias? Creo que tendremos que hacer frente a los hombres de Burns emplazados en Ciudad Luna.

Nuestros policías Brinks, que hacen su trabajo con el orgullo de verdaderos artesanos, sonrieron de felicidad.

—Naturalmente, Mitch. Dé las órdenes necesarias —añadió dirigiéndose al sargento. El hombre corrió alegremente hacia el teléfono—. Bien, ¿qué ha pasado, Mitch?

—Digamos, por el momento, que ha sido una excursión poco afortunada —le respondí—. Digamos que me degradé, temporaria y voluntariamente, para estudiar las reacciones de los consumidores ante el proyecto Venus... y que me quedé atrancado. Fowler, por favor, dejemos los detalles para más adelante. Me siento mal. Estoy hambriento, cansado, asustado y sucio.

—Muy bien, Mitch. Ya conoces mi táctica. Encontrar un buen caballo, hacerlo correr y apostarle sin miedo. Nunca me has defraudado, Mitch. Y Dios sabe qué contento estoy de verte. La sección Venus te necesita. Las cosas no andan bien. Los índices están por debajo de 3,77 y siguen bajando, cuando debían estar por encima de 4,0 y subiendo. Y el personal, mi Dios. Estoy aquí reclutando gente. Un raid a Ciudad Luna S. A., sección Minas, en busca de algunos jefes acostumbrados al espacio.

Era bueno estar en casa.

—¿Quién dirige ahora el proyecto?

—Yo. Algunos miembros de la casa lo dirigieron por turnos, pero no encontré ninguno bastante capaz. A pesar de que estoy recargado de trabajo, tuve que encargarme yo mismo de la sección Venus. ¡Cuánto me alegra verte!

—¿Y Runstead?

—Está de vice; reemplazándome, pobre hombre. ¿Qué te ha pasado con los guardias? ¿Dónde está Kathy?

—Por favor, más tarde... Me buscan en la Tierra por homicidio y ruptura de contrato. Aquí soy un hombre sospechoso y sin documentos. Además me resistí a un arresto, golpeé a un guardia y estropeé unas luces.

Fowler se puso serio.

—Óyeme, Mitch, una ruptura de contrato es algo grave —me dijo—. Supongo que no era totalmente legal.

—Nada de eso —le aseguré.

Fowler sonrió.

—Entonces pagaremos las multas, y hasta llevaremos el asunto a la Cámara de Comercio, si es necesario. ¿Qué firma?

—Clorela. Costa Rica.

—Hum. Segunda categoría, pero sólida. Gente excelente. Da gusto negociar con ellos —no desde abajo, pensé. Pero no dije nada—. Estoy seguro de que serán razonables. Y si no lo fueran..., tengo a la mayoría de los miembros de la Cámara de Comercio en el bolsillo. Algo me deben por mis anticipos, ¿no es cierto?

Fowler me hundió un dedo en las costillas. No podía dejar de manifestar su alivio por haberse librado de la sección Venus.

Una docena de empleados de la policía Brinks entro en el observatorio.

—Todo irá bien —Fowler sonrió—. Teniente... La gente de Burns, Ciudad Luna S.A., tratará de arrebatarnos al señor Courtenay aquí presente. No lo vamos a permitir, ¿no es cierto?

—No, señor —dijo el teniente muy serio.

—Entonces, vamos.

Comenzamos a caminar por la calle Compras Uno, dejando boquiabiertos a algunos turistas noctámbulos. Compras Uno terminaba en Residencial Uno, Dos y Tres, y esta última en la calle Comercial Uno.

—¡Eh, usted! —me gritó un patrullero de Burns.

Nuestros hombres nos seguían a bastante distancia, y evidentemente el patrullero no vio que estaban escoltándome.

—Ve a jugar a las bolitas, nene —le dijo un sargento de Brinks.

El hombre de Burns se puso pálido e hizo sonar la alarma. Una tormenta de puños y botas cayó sobre él. Los patrulleros de Burns aparecieron en el fondo del túnel, dando saltos grotescos. Algunos rostros se asomaron a las puertas.

—¡Prepárense! —gritó nuestro jefe de armamentos.

De los uniformes de los agentes surgieron ametralladoras, trípodes y cintas de balas. Dos equipos completos apuntaron a los dos extremos de la calle. Los hombres de Burns frenaron apresuradamente, y se quedaron mirándonos con aire de desdicha, esgrimiendo sus armas.

—¿Qué pasa, señores? —preguntó nuestro teniente.

Un hombre de Burns nos gritó:

—¿Es ese hombre George Groby?

—¿Es usted George Groby? —me preguntó el teniente.

—No, soy Mitchell Courtenay —le contesté.

—Ya han oído —dijo el teniente.

El jefe del pelotón hizo una seña, y nuestros guardias prepararon sus armas. El golpe seco de los amartillados resonó en la bóveda sombría, y los pocos curiosos que se asomaban a las puertas desaparecieron como por encanto.

—¿Y bien? ¿Qué están esperando, marmotas? ¿No me han oído?

La patrulla de Burns se alejó rápidamente, y avanzamos por Comercial Uno. Los hombres nos seguían, acunando sus armas.

La sucursal de la Sociedad Fowler Schocken en Ciudad Luna estaba instalada en Comercial Uno 75. Entramos silbando. Los hombres instalaron sus armas en el vestíbulo. El episodio había sido fantástico. Yo nunca había visto nada semejante. Fowler Schocken me explicó el asunto mientras nos internábamos en la agencia.

—Esto sólo ocurre fuera de la Tierra, Mitch. Tendrías que tenerlo en cuenta para el proyecto. El «igualador», lo llaman. La posición de un hombre no tiene aquí una verdadera importancia. Más allá de la estratósfera comienzan a reinar los escuadrones armados. Un regreso a las cosas elementales de la vida. Aquí, un hombre es sólo un hombre. No importa su número de Seguridad Social.

Pasamos ante una puerta.

—Este es el cuarto de O'Shea —me dijo Fowler—. No ha vuelto todavía, por supuesto. El hombrecito pasa el tiempo recogiendo pimpollos... No le durará mucho. «El único hombre que ha vuelto de Venus». Vamos a triunfar, ¿no es cierto, Mitch?

Entramos en un cubículo, y Fowler Schocken bajó la cama con sus propias manos.

—Empieza con esto —me dijo, sacando unos papeles de su bolsillo interior—. Son sólo unos apuntes. Repásalos. Te mandaré algo de comer y un poco de Mascafé. Una hora o dos de trabajo, y luego a dormir el sueño de los justos, ¿eh?

—Sí, señor Schocken.

Schocken me sonrió y salió del cuarto, apartando la cortina.

Hojeé rápidamente los apuntes:

«Películas a seis colores: primeros vuelos infructuosos. Citar a Learoyd, 1959; Holden, 1961; McGill, 2002; y los otros pioneros heroicos. Sacrificio supremo, etc., etc. No mencionar cohete 2010 de White-Myer, que estalló visiblemente antes de pasar la órbita

lunar. Tratar de eliminar de los archivos de los libros de historia el vuelo de W-M. Averiguar precio.

»Buscar archivo retratos de L, H y McG. Uno rubio, el otro moreno y el otro pelirrojo. Cohetes en segundo plano. Mujeres hermosas. No interesan pioneros heroicos de mirada brillante. Libros verdes no se consiguen...»

En el cubículo alguien había puesto estratégicamente papel y lápiz. Comencé a escribir, con cierta dificultad:

«Éramos gente común. Nos gustaba la Tierra. Nos gustaban los placeres terrestres. El gusto mañanero del Mascafé... la primera bocanada de un cigarrillo Astro... la elegancia de un traje a rayas verdadero... la cálida sonrisa de una joven con su brillante vestido de primavera. Pero eso no nos bastaba. Queríamos ver nuevos mundos; conocer cosas nuevas.

»El hombrecito es Learoyd, 1959. Yo soy Holden, 1961; el pelirrojo de hombros cuadrados es McGill, 2002. Sí, estamos muertos; hemos visto mundos lejanos y hemos aprendido cosas nuevas. No nos tengáis compasión. Hemos luchado por vosotros. Los astrónomos melnudos no saben cómo es Venus. Gas venenoso, dicen. Vientos tan calientes que os quemáis el pelo, y tan fuertes que os levantan por el aire. Pero no están seguros. ¿Qué hace uno cuando no está seguro? Va y mira».

Entró un guardia con sándwiches y Mascafé. Comí y bebí con una mano, y seguí escribiendo con la otra:

«Las naves eran excelentes, ya entonces. Llevaban combustible como para llegar a destino, pero no bastante como para volver. Pero no nos tengáis lástima: queríamos saber. Era posible que los melnudos estuviesen equivocados. Era probable que pudiésemos salir de los cohetes, respirar aire fresco, bañarnos en aguas claras... Y luego fabricar combustible para volver y traer a Tierra la buena nueva. Pero no, no resultó. Los melnudos tenían razón.

»Learoyd se moría de hambre; abrió la escotilla y respiró metano. Mi nave era más liviana. El viento la partió... conmigo adentro. La nave de McGill era más pesada y llevaba abundantes raciones. Escribió durante una semana y luego... Bueno, dos no habían vuelto. No había sino una salida. McGill había llevado un poco de cianuro...

»Pero no nos tengáis lástima. Fuimos allí y lo vimos, y de algún modo enviamos nuestras noticias: no podíamos regresar. Ahora sabéis qué hacer, y cómo podéis hacerlo. Sabéis que los melnudos no se equivocan. Venus es una mujer salvaje, y hay que tener coraje y sabiduría para poder domarla. Os tratará bien entonces. Cuando encontréis nuestros cohetes, no nos tengáis lástima. Hemos luchado por vosotros. Y sabemos que no nos defraudaréis».

Estaba de nuevo en casa.

14

—Por favor, Fowler —le dije—. Mañana. Hoy no.

Fowler me miró fijamente.

—Esperaré, Mitch —me dijo—. Nunca he apurado a nadie.

Fowler Schocken mostró esa habilidad característica que lo ha convertido en un jefe. Olvidó en un instante toda su ardiente curiosidad y no me hizo ninguna otra pregunta.

—Excelente trabajo —me dijo, golpeando su escritorio con las hojas que yo había escrito la noche anterior—. Habla con O'Shea, ¿quieres? O'Shea puede darle un poco más de vista, sabor, olor, sonidos, sentimiento. Y si él no puede, nadie podrá. Y empaca tus cosas para el viaje de vuelta. Embarcaremos en el Vilfredo Pareto... Me olvidaba, no tienes nada que empacar. Toma, un poco de cambio. Cómprate algo enseguida. Que alguno de los muchachos te acompañe. El igualador, ¿recuerdas? —me guiñó el ojo.

Encontré a Jack O'Shea en un cubículo al lado del mío, acurrucado como un gato en medio de su cama. El hombrecito se dio vuelta y me miró turbiamente. Parecía deshecho.

—Mitch —dijo, con voz pastosa—. Otra maldita pesadilla.

—Jack —le dije, sacudiéndolo—. Despierte, Jack.

O'Shea se incorporó bruscamente y me miró enojado.

—¿Qué pasa? Ah. hola, Mitch. Ahora recuerdo. Alguien me lo contó esta mañana al entrar —se tomó la cabeza entre las manos—. Me siento morir —dijo débilmente—. Déme algo, ¿quiere? Y oiga mis últimas palabras: no se transforme en un héroe. Es usted demasiado bueno.

El enano volvió a sumergirse en su modorra. Se estremecía de cuando en cuando. Fui a la cocina y preparé un poco de Mascafé, Tiamina y una rodaja de Pam. Volvía ya a la habitación, cuando decidí pasar por el bar y recoger dos dedos de aguardiente.

O'Shea miró la bandeja y hoció.

—¿Qué demonios es esto? —me dijo débilmente, refiriéndose al Mascafé, la Tiamina y el Pam.

Bebió de un trago el aguardiente y se estremeció de pies a cabeza.

—Cuánto tiempo sin vernos, Jack —le dije.

—Oh —gimió O'Shea—, justo lo que necesitaba. ¿Por qué esta costumbre de añadir un poco de alcohol a las borracheras?

O'Shea trató de incorporarse en toda su estatura de ochenta centímetros, y volvió a caer pesadamente. Las piernas le colgaron fuera de la cama.

—Cómo me duele la espalda —dijo—. Creo que tendré que ingresar en un monasterio. Estoy viviendo de acuerdo con mi reputación, y eso me está matando poco a poco. Oh, esa turista de Nueva Escocia. Estamos en primavera, ¿no es así? ¿Cree que eso explicará algo? Quizá esa mujer tenía sangre esquimal.

—Ya hemos entrado en el otoño.

—Oh. Bueno, probablemente la chica no tenía almanaque... Deme ese Mascafé.

Ningún «por favor», ni ningún «gracias». Unas maneas frías, descuidadas, como si el mundo sólo existiera para servirlo. O'Shea había cambiado.

—¿Podríamos trabajar un poco esta mañana, O'Shea? —le dije en tono agrio.

—Yo, sí —dijo Jack con indiferencia—. Al fin y al cabo estamos en casa de Schocken, ¿no es cierto? Eh, Mitch, ¿qué demonios ha estado haciendo usted?

—Investigando —le dije.

—¿Ha visto a Kathy? —me preguntó—. Tiene usted una mujer magnífica, Mitch.

La sonrisa de O'Shea podía nacer de algún recuerdo... Por lo menos, a mí no me gustó. No me gustó nada.

—Me alegro —le dije inexpresivamente—. Invítela cuantas veces quiera.

O'Shea se sumergió en su Mascafé y luego dijo, bajando lentamente la taza:

—¿A qué trabajo se refería?

Le mostré mis notas. O'Shea devoró su Tiamina y comenzó a leer cada vez más sobrio.

—Está todo mal —dijo al fin, con desprecio—. No conozco a esos tres tipos, pero es una tontería presentarlos como exploradores desinteresados. Venus no atrae a nadie. A Venus se va a los empujones.

O'Shea se sentó y cruzó las piernas.

—Nosotros supondremos que Venus los atrajo —le dije—. Si usted quiere, tratamos de que la gente crea eso. Y ahora deseamos que usted nos dé algunas impresiones concretas para desparramarlas por todo el texto. Por ejemplo, ¿cómo reacciona usted ante estas hazañas?

—Con náuseas —dijo O'Shea, aburrido—. ¿Me quiere reservar una ducha, Mitch? Agua fresca, diez minutos, treinta grados. No importa el precio. Usted también podría ser una celebridad, Mitch. No le falta sino un poco de suerte.

O'Shea balanceó sus cortas piernas y se miró los pies, a quince centímetros del suelo.

—Bueno —suspiró—, seguiré mientras pueda.

—¿Qué hay de mi texto? —le pregunté.

—Consulte mis informes —me contestó—. ¿Qué hay de mi ducha?

—Consulte a su valet —le dije, y salí furioso de la habitación.

Ya en mi cubículo comencé a «sudar impresiones reales» sobre mi texto durante un par de horas, y luego llamé a un escuadrón de guardias para ir de compras.

No nos encontramos con los patrulleros. Advertí que en el negocio de Warren Astron había un nuevo cartel: «El Dr. Astron lamenta que negocios urgentes lo reclamen en la tierra».

Le pregunté a uno de los muchachos:

—¿Ya salió el Ricardo?

—Hace un par de horas, señor Courtenay. El próximo es el Pareto, mañana.

Ahora ya podía hablar.

Le conté a Fowler Schocken toda la historia. Y no me creyó una sola palabra. Fue bastante amable, y trató de no herir mi sensibilidad.

—Nadie te acusa, Mitch —me dijo bondadosamente—. Has pasado un mal momento; nos a pasa a todos. Es difícil luchar con la realidad. Pero te sientas abandonado... Nos ocuparemos del asunto. Hay veces en que todos necesitamos ayuda. Mi psicoanalista...

Temo haberle gritado.

—Vamos, vamos, Mitch —me dijo Fowler, amable y comprensivo—. Aunque sea para pasar el tiempo... Soy un lego y no debía hablar de estas cosas..., pero entiendo algo de psicología, y creo que podría hacerte una exposición objetiva. Si me permites explicarte...

—¡Explique esto, entonces! —aullé, metiéndole mi tatuaje de Seguridad Social bajo las narices.

—Si así lo deseas —me dijo Fowler con calma—. Es parte de esas breves... llamémosles «vacaciones de la realidad». Te has «emborrachado» psicológicamente. Te has alejado de ti mismo. Decidiste asumir una nueva identidad y elegiste la más alejada de tu yo de costumbre, ese yo trabajador inmensamente capaz que en verdad eres. Elegiste la vida fácil y perezosa de un despellejador, amodorrado bajo el sol de los trópicos...

Comprendí al fin quién estaba fuera de la realidad.

—Tus horribles calumnias contra Tauton son claras como el cristal, pero, ah, para alguien que conozca el funcionamiento del subconsciente. Me alegra que hayas decidido confesarte conmigo. Eso significa que estás curándote, que vuelves a tu yo verdadero.

»¿Cuál es nuestro problema esencial... el problema esencial de Mitchell Courtenay? ¡Vencer a la oposición! ¡Arruinar a la competencia! ¡Destruirla! Tus fantasías alrededor de Tauton indican... pero, ah, para una persona bien informada..., que estás luchando por volver al Mitchell Courtenay verdadero. Velada por los símbolos, oscurecida por las actitudes ambivalentes, la fantasía Tauton es, sin embargo, clara. Tu imaginario encuentro con esa muchacha Hedy es casi un ejemplo de manual.

—¡Maldita sea! —grité—. ¡Mire esta mandíbula! ¿Ve el agujero? ¡Todavía me duele!

Fowler sonrió con suficiencia y dijo:

—Alegrémonos de que no te hayas hecho a ti mismo un daño peor, Mitch. El ello, verás...

—¿Y Kathy? —le pregunté con voz ronca—. ¿Cómo lo explica? ¿Qué me dice de todas esas informaciones detalladas que le he dado sobre el conservacionismo? ¿Apretones de manos, saludos, contraseñas, lugares?

—Mitch... —me dijo Fowler, serenamente—. Como te he dicho antes, no debía meterme en esto, pero esos informes no tienen ninguna realidad. La disociación de tu Yo en «Groby» y «Courtenay» ha liberado una hostilidad sexual que terminó por identificar a

tu esposa con algo que odias y temes a la vez: el conservacionismo. Y Groby arregló cuidadosamente las cosas como para que tus datos sobre los consistas fueran inverificables.

»Groby trató de que tu Yo... tu Yo real... elaborara unos datos imaginarios, por lo menos hasta que los mismos consistas no te demostraran cuál era la verdad. Groby actuaba en defensa propia. Courtenay estaba de vuelta; Groby lo sabía y sintió que lo echaban. Muy bien. No ha perdido el tiempo. Preparó todo el escenario como para volver en el momento más inesperado.

—¡No estoy loco!

—Mi psicoanalista...

—¡Tiene usted que creerme!

—Estos conflictos subconscientes...

—¡Le digo que Tauton tiene asesinos!

—¿Sabes qué terminó por convencerme, Mitch?

—¿Qué? —le pregunté con amargura.

—Esa fantasía... Una célula conservacionista dentro del cuerpo de una gallina. El simbolismo... —Fowler se *sonrojó*—, bueno, es evidente.

Me di por vencido, pero decidí conservar alguna defensa:

—¿Se le puede hacer caso a los locos a veces, señor Schocken?

—Tú no estás loco hijo, mío. Necesitas... ayuda. Como tantos otros.

—Seré más preciso. ¿Me hará caso en un solo punto?

—Bueno... —me dijo Fowler, y me miró con aire de complacencia.

—Cuídese y cuídeme... Tauton tiene asesinos. Sí, sí. Yo, o Groby, o algún otro dice que Tauton tiene asesinos. Si me escucha por lo menos en esto, si trata de protegerse y me protege a mí, le prometo no colgarme del cielorraso ni decir más tonterías. Hasta iré a ver a un psicoanalista.

—Muy bien —Fowler me sonrió. Quería ayudarme.

¡Pobre viejo Fowler! ¿Quién podía acusarlo? Cada una de mis palabras era un ataque a un mundo de ensueño. Toda mi historia era una sola blasfemia contra el dios de las Ventas. Fowler no podía creerla, y tampoco podía creer que yo —mi Yo verdadero— la creyese.

¿Como podía Mitchell Courtenay, jefe de publicidad, repetir cosas tan horribles como éstas?:

«El interés de los productores no es el interés del consumidor».

«Casi todo el mundo es desgraciado».

«Los trabajadores no encuentran automáticamente el empleo para el que son más aptos».

«Los hombres de empresa no respetan las leyes del juego».

«Los conservacionistas pueden ser sanos, inteligentes y estar bien organizados».

Esas afirmaciones eran como martillazos en la cabeza de Fowler. Pero Fowler tenía una gran resistencia. El martillo rebotaba y las depresiones de los golpes se borraban rápidamente. Todo tenía explicación. Las Ventas no podían hacer daño a nadie. Y sin embargo, Mitchell Courtenay, redactor de publicidad, decía esas cosas. Se trataba indudablemente de un Mitchell Courtenay enfermo, minado por un subconsciente salvaje, o por «George Groby», o por cualquier otro.

Cualquiera... menos el verdadero Mitchell Courtenay.

Entablé un diálogo conmigo mismo. Fowler Schocken o su psicoanalista hubiesen asistido encantados a esa disociación:

—¿Sabes, Mitch —me dije—, que estás hablando como un conservacionista?

—Bueno —me repliqué—. No sé, pero quizá...

Uno de los axiomas de mi profesión dice que las cosas son invisibles hasta que se las contempla en contraste con un fondo. Como, por ejemplo, las opiniones y actitudes de un Fowler Schocken...

Hágame caso, Fowler —pensé—, protéjame. No quiero volver a verme ante una fantasía ambivalente como Hedy. El simbolismo puede ser evidente, pero Hedy me hizo mucho daño con su agujita simbólica.

15

Cuando nuestra procesión —Fowler, yo, O'Shea, las secretarias y los escuadrones armados que yo había pedido— entró en el piso de la dirección, en el edificio Fowler Schocken, no vimos a Runstead.

Su secretaria nos dijo que Matt Runstead estaba abajo en el vestíbulo, y esperamos. Esperamos mucho tiempo. Cuando pasó una hora, sugerí que Runstead no iba a volver. Después de otra hora nos llegó el rumor de que habían encontrado un cuerpo destrozado en la terraza inferior del edificio, centenas de metros más abajo. Era muy, pero muy difícil identificar el cadáver.

La secretaria sollozó histéricamente y abrió, para nosotros, el escritorio y la caja fuerte. Encontramos un diario que abarcaba los últimos meses de la vida de Runstead. Intercaladas con notas sobre su trabajo, sus amores, memoranda sobre sus futuras campañas, listas de buenos restaurantes y otras cosas parecidas, había frases como éstas:

«Anoche estuvo aquí otra vez. Me dijo que insistiera en el factor sorpresa. Me da miedo... Dijo que la campaña Astromejor necesita hombres de agallas. Me asustó horriblemente. Tengo entendido que asustaba a todos... cuando estaba vivo... GWH otra vez ayer... Lo vi nuevamente anoche... Lo vi por primera vez a la luz del día. Di un grito, pero nadie se dio cuenta. ¡Deseé tanto que se fuera! Los dientes de GWH parecían hoy más grandes y afilados. Tengo que buscar ayuda... Me dijo que soy un incapaz, ¡una desgracia para la profesión...!»

Después de un rato comprendimos que hablaba del fantasma de George Washington Hill, el padre de nuestra profesión; el creador de los avisos cantados, la sorpresa publicitaria, y qué sé yo de cuantas cosas más.

—¡Pobre hombre! —dijo Fowler, pálido—. ¡Pobre, pobre hombre! Si yo lo hubiese sabido... Si hubiese venido a verme a tiempo...

El último apunte decía abruptamente: «Me dijo que soy un incapaz. Sé que lo soy. Un hombre completamente inútil en mi profesión. Todos lo saben. Lo puedo ver en sus caras. Todo el mundo lo sabe. El mismo les ha dicho que soy un incapaz. Malditos sean él y sus dientes. Malditos...»

—¡Pobre, pobre hombre! —dijo Schocken, casi sollozando. Se volvió hacia mí y añadió— ¿Ves? Los esfuerzos que demanda nuestra profesión...

Claro que lo veía. Un diario prefabricado y un inidentificable montón de protoplasma. Esos 80 kilos desparramados sobre la terraza bien podían provenir de la Gallina. Pero no quise perder el tiempo; asentí sobriamente. Le dije que sí.

Volví a mi puesto de jefe de la Sección Venus, y visité diariamente al psicoanalista de Fowler. Pero no quise desprenderme de mi guardia armada. El viejo Fowler seguía diciéndome, a lo largo de lacrimosas sesiones:

—Debes renunciar a ese símbolo de los hombres armados. Es la última barrera. Entre tú y la realidad, sólo se levantan esos hombres, Mitch. El doctor Lawler me dijo que...

El doctor Lawler le decía a Fowler lo que yo le decía al doctor Lawler. Y en eso consistía el progreso de mi «integración». Contraté a un estudiante de medicina para que

me fabricara una historia de traumas sobre la base de que el mundo de los consumidores había servido de refugio a mis tendencias neuróticas. Los traumas resultaron algo verdaderamente delicioso.

Tuve que rechazar algunos de ellos, porque herían mi dignidad. Quedaron sin embargo bastantes como para que el doctor Lawler dejara caer el lápiz de cuando en cuando. Desenterramos uno a uno todos esos traumas. Nunca me aburrí tanto. Pero seguí diciendo que mi vida y la de Fowler Schocken corrían peligro. A eso no iba a renunciar.

Fowler y yo nos hicimos cada vez más íntimos. Yo ya había visto otros casos semejantes. Fowler creía que me había convertido. A veces me avergonzaba decirle tantas mentiras, pero se trataba ante todo de un asunto de vida o muerte. El resto era un número de variedades adicional.

Hasta que un día, Fowler Schocken me dijo con una voz muy suave:

—Mitch. Temo que haya llegado el momento de tomar algunas medidas enérgicas. No te voy a pedir que echés abajo ese muro que te separa de realidad, pero voy a despedir a mis guardias.

—¡Lo matarán, Fowler! —le grité.

Fowler sacudió suavemente la cabeza.

—Ya verás. No tengo miedo.

Todos mis argumentos fueron inútiles. Después discutir un rato, y basándose en algunos fundados axiomas psicológicos, Fowler le dijo al teniente de su escuadrón:

—Teniente, no lo necesitaré más. Por favor, preséntese con sus hombres en las oficinas del Plan de Seguridad. Allí les asignarán un nuevo destino. Muchas gracias por su lealtad y atención durante estas semanas.

El teniente saludó, pero él y sus hombres estaban pálidos. Pasaban de un trabajo fácil en oficinas a patrullar vehículos, a misiones nocturnas, o a proteger servicios de correos y hacer de mensajeros a horas destempladas. Salieron uno a uno, y yo sentí que la vida de Fowler tenía los minutos contados.

Esa misma noche lo mataron a garrotazos. El asesino desmayó al chofer y ocupó su puesto en los pedales del Cadillac de Fowler. Era aparentemente un débil mental. Se resistió a la orden de arresto y murió riéndose mientras lo apaleaban. Su tatuaje había sido borrado; no se pudo saber quién era.

No es difícil imaginar el trabajo que hubo en las oficinas al día siguiente. Se realizó una reunión de directorio y se dictaron unas cuantas resoluciones que decían que el asunto era una vergüenza, y que había que olvidarlo, y cosas parecidas.

Las otras agencias, incluida la de Tauton, enviaron sus mensajes de pésame. Algunos me miraron con cara rara cuando yo tomé el mensaje de Tauton y lo arrugué entre mis dedos lanzando algunas palabrotas. La rivalidad comercial tiene sus límites, y todos éramos, al fin y al cabo, unos caballeros, etc. Una pelea dura, pero limpia, y que gane la agencia mejor, etc., etc.

Pero los miembros del directorio no se preocuparon en demasía. Nadie pensaba sino en una cosa: las acciones con voto.

La Sociedad Fowler Schocken tenía un capital de 7×10^{12} megadólares, con acciones a la par de Md 0,1 y participaciones por 7×10^{13} . De éstas, un $3,5 \times 10^{13} + 1$ estaban reservadas para los empleados con contrato de trabajo AAAA o mejores. En lenguaje llano, las estrellas de la casa. Las otras acciones habían sido vendidas en el mercado para dar a la sociedad un interés público. Como es costumbre, Fowler mismo había recolectado, con la ayuda de algunos testaferros, esas acciones en las oscuras casas de cambio donde habían sido puestas a la venta.

Fowler Schocken había reservado para sí mismo un número modesto de acciones, $0,75 \times 10^{13}$, y había distribuido las demás con mano amplia. Yo mismo, relativamente joven

a pesar de ocupar el empleo número dos de la agencia, había acumulado, gracias a las bonificaciones y subsidios, un $0,857 \times 10^{12}$ acciones. El hombre clave de la mesa directiva era sin duda Harvey Bruner, que había acumulado a lo largo de los años $0,83 \times 10^{13}$. Nominalmente esto le daba supremacía sobre Fowler, aunque Harvey sabía muy bien que en caso de votación, ese resto de $3,5 \times 10^{13} + 1$ acciones aparecería en manos de diversos apoderados que apoyarían a Fowler con misteriosa unanimidad. Pero por otra parte, Harvey era leal al jefe.

Harvey creía ser el heredero obligado de Fowler, y algunos de los más ingenuos empleados de Investigaciones y Desarrollo ya estaban haciéndole fiestas. Eran unos tontos. Harvey carecía totalmente de imaginación creadora, y tenía la honestidad total de un caballo de carro. Entre sus torpes dedos, un objeto tan delicado como la Sociedad Fowler se desintegraría en unos pocos meses.

Si se hubiese tratado de hacer apuestas, yo habría confiado las mías a Sillery, el jefe de la sección de Mediaciones, capaz de copar el bloque Schocken. Y luego, apostaría a mi favor con confianza, mucha confianza. Era indudable que la mayoría opinaba lo mismo. Todos excepto el infatuado Bruner, y algunos otros bobos.

Se veía: Sillery estaba rodeado por toda una corte que recordaba sin duda aquellas frases de Fowler Schocken: «Media, señores, es lo básico de lo básico», y «Para cerebros, Media; para talento, los redactores». Yo era prácticamente un leproso en un extremo de la mesa, rodeado de guardias que observaban en silencio el ir y venir de las gentes. Sillery echó una ojeada a mis guardias y vi en su cara que estaba pensando algo así como: «Eso ha durado demasiado. Terminaremos ante todo con esas excentricidades».

Al fin llegó lo que esperábamos:

—Caballeros, los agentes de la Asociación Americana de Arbitrajes, Sección Testamentos, acaban de llegar.

En un todo de acuerdo con la tradición, los hombres tenían un aspecto funerario. Endurecidos por la costumbre, o quizá faltos de sentido del humor, ni se sonrieron cuando Sillery les endilgó un mesurado discursito sobre lo penoso de la misión y cómo todos hubiésemos deseado conocerlos en circunstancias más felices, etc.

Los hombres leyeron el testamento con un murmullo ininteligible y luego repartieron las copias.

La parte que leí primero decía así: «A mi querido amigo Mitchell Courtenay, mi anillo de roble engarzado en marfil (número de inventario 56987) y mis setenta y cinco acciones de la bolsa de Fomento del Instituto Pro Difusión del Conocimiento Psicoanalítico, organización no utilitaria, con la recomendación de que dedique sus horas de ocio a participar activamente en la organización, y el desarrollo de sus nobles fines».

Bueno, Mitch, me dije a mí mismo, has terminado. Me recliné en mi silla y comencé a hacer un rápido inventario de mis cuentas.

—Malo para usted, señor Courtenay —me dijo un simpático joven de la sección Investigaciones y Desarrollo, a quien yo apenas conocía—. El señor Sillery parece muy satisfecho de sí mismo.

Eché una ojeada al legado de Sillery... el primer párrafo. Como para no estar contento: Fowler le había cedido todas sus acciones personales y otras grandes cantidades, pertenecientes a la compañía de Subscritores, el Sindicato de Inversiones Directivas, y algunas más.

El hombre de Investigaciones estudió mi copia.

—Si me permite, señor Courtenay —me dijo—, él podía haberlo tratado a usted un poco mejor. Nunca oí hablar de ese instituto, y eso que conozco bastante bien el mundo del psicoanálisis.

Me pareció oír la risita de Fowler y me endurecí en la silla.

—El tal por cual —murmuré.

Fowler me había puesto suavemente entre rejas. Su sentido del humor había aceitado el cerrojo.

Sillery se aclaró la garganta. Un silencio repentino descendió sobre la mesa directiva. El gran hombre habló:

—Estamos aquí un poco apretujados, señores. Quisiera que alguien presentara la moción de que todos aquellos que no pertenecen a la mesa directiva abandonen la sala.

Me levanté y dije:

—Le ahorraré el trabajo, Sillery. Vamos, muchachos... —me volví al salir—. Sillery, pronto estaré de vuelta.

Salí, seguido de mi escolta.

El Instituto Pro Difusión del Conocimiento Psicoanalítico - Organización no utilitaria de Nueva York, resultó ser un conglomerado de tres habitaciones en los barrios bajos de Yonkers. En la oficina del frente, una vieja de aspecto raro picoteaba una máquina de escribir. Parecía un personaje de Dickens. Unos estantes torcidos sostenían unos panfletos manchados por las moscas.

—Soy de la Sociedad Fowler Schocken —le dije.

La vieja dio un salto.

—Perdón, señor; no lo había visto. ¿Cómo está el señor Fowler Schocken?

Le dije cómo estaba, y la vieja empezó a gimotear. Era un hombre tan bueno, tan generoso con la causa. ¿Qué sería ahora de ella y de su pobre hermano? ¡Pobre señor Schocken! ¡Pobre ella! ¡Pobre hermano!

—Quizá no esté todo perdido —le dije—. ¿Quien está a cargo de la oficina?

La vieja se sorbió los mocos y dijo que su hermano estaba adentro.

—Por favor, dígaselo suavemente, señor Courtenay. Es tan delicado, tan sensitivo...

Le dije que así lo haría y entré. El hermano dormía ruidosamente la mona, con la cabeza apoyada en el escritorio. Lo sacudí hasta despertarlo. El hombre me miró con unos ojos legañosos y cínicos.

—¿Qué pasa?

—Soy de la Sociedad Fowler Schocken. Quiero ver sus libros.

El hermano sacudió enfáticamente la cabeza.

—No, señor. Sólo el viejo puede ver los libros.

—El viejo ha muerto —le dije—. Aquí está el testamento.

Le mostré el párrafo y mis papeles de identidad.

—Bueno —me dijo el hombre—, el paseo ha terminado. ¿O seguiremos aquí? ¿Leyó esa frase, señor Courtenay? Le recomienda que...

—La he leído —le dije—. Los libros, por favor.

Los libros estaban escondidos en una sorprendente caja fuerte, ubicada detrás de una puerta.

Pasé tres horas inclinado sobre los libros, y éstos me demostraron que el Instituto existía solamente para retener en favor de Fowler Schocken las acciones y los votos del 56 por ciento de una firma llamada Compañía General de Reducción de Fosfatos de Newark.

Salí al corredor y les dije a mis guardias:

—Vamos, muchachos. La próxima parada es Newark.

No los aburriré con los detalles. Seguí la pista de las acciones a través de otras tres compañías y de pronto las huellas se dividieron. Una de ellas terminó, tras otras dos paradas, en la Compañía de Remates de Maquinarias Usadas de Frankfort, que tenía el 32 por ciento de las acciones con voto de «venta pública». La otra huella volvía a abrirse en dos una parada más adelante, y terminaba en la Corporación de Concesiones Unidas y en el Colegio de Odontología y Ortodoncia de Waukegan, que poseía el resto de los votos.

Dos semanas más tarde, irrumpí en la reunión del directorio rodeado de mis guardias. Sillery presidía la mesa. Parecía cansado, deshecho; como si se hubiese pasado en pie esas últimas quince noches, buscando algo.

—¡Courtenay! —gruñó—. Creo que habíamos quedado en que dejaría afuera su regimiento.

Le hice una seña al honesto y torpe Harvey Bruner, a quien yo había mantenido al tanto de mis andanzas. Harvey, leal a Fowler, leal a mí, exclamó:

—Señor presidente, presento moción para que los miembros del directorio puedan hacer entrar en la sala al personal de protección de la compañía que consideren conveniente para su seguridad personal.

—Secundo la moción, señor presidente —dije—. Entren todo, muchachos, ¿quieren?

Mis guardias sonrieron y comenzaron a traer unas cajas llenas de acciones.

La pila comenzó a crecer. Los ojos se desorbitaron y las bocas se abrieron. Llevó bastante tiempo contar y autenticar las acciones. La votación final tuvo este resultado: a mi favor $5,73 \times 10^{13}$; en contra $1,27 \times 10^{13}$. Todos los votos en contra de mí eran de Sillery y sólo de Sillery. No hubo abstenciones. Los otros se acercaron a mí como gatos al fuego.

El viejo y fiel Harvey presentó la moción de que se me entregara la presidencia. Luego la moción de que se pensionara a Sillery y que sus acciones fueran compradas a la par por la compañía y depositadas en el fondo común de bonificaciones. Aprobado por unanimidad. Luego —sólo un ademán con el látigo, para que todos recordaran la lección— presentó la moción de que Thomas Heartheby, un joven de la sección Arte que había halagado desvergonzadamente a Sillery, fuera disminuido de categoría en la mesa del directorio, y que le quitaran sin compensación alguna sus acciones con voto. A falta de pan buenas son tortas, debió de haberse dicho a sí mismo, tragándose su rabia.

Todo había terminado. Yo era ahora el amo de la Sociedad Fowler Schocken. Un amo que despreciaba los ideales de la Sociedad.

16

—Un mensaje importante, señor Courtenay —dijo la voz de mi secretaria.

Apreté un botón.

—Consista arrestado en Albania por denuncia de su vecino. ¿Preparo el viaje?

—¡Maldita sea! —estallé—. ¿Cuántas veces tendré que repetirle una orden? Prepare el viaje, naturalmente. ¿Quién le dijo que no?

—Lo siento, señor Courtenay —dijo mi secretaria con una voz temblorosa—. Pensé que era un poco lejos.

—Deje de pensar, entonces.

Quizá fui un poco brusco, pero yo tenía que encontrar a Kathy, aunque necesitara revolver todas las células conservacionistas del mundo. Kathy se había escondido temiendo que yo la denunciase, y ahora yo tenía que hacerla volver.

Una hora más tarde me encontraba en el cuartel general de la Asociación de Protección Mutua de los Estados Mediterráneos. Esta asociación organizaba los contratos de todos los países vecinos, incluida Albania.

El presidente en persona me estaba esperando en el ascensor.

—Un gran honor para nosotros —balbuceó—. Un gran, gran honor, señor Courtenay. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi secretaria les dijo que no empezaran a ablandar al sospechoso hasta que yo llegara. ¿Han empezado?

—¡No, señor Courtenay, claro que no! Quizá alguno de los empleados lo ha maltratado un poco, pero aún tiene excelente aspecto.

—Lléveme hasta él.

El presidente me enseñó ansiosamente el camino. Quizá quería convertirse en un cliente de Fowler Schocken, pero no se atrevió a hablar.

El sospechoso estaba sentado sobre un taburete, bajo la luz de un reflector. Era un consumidor medio, de unos treinta años de edad. Tenía un par de lastimaduras en la cara.

—Apaguen ese artefacto —ordené.

Un capataz de cara cuadrada me dijo:

—Pero nosotros siempre...

Uno de mis guardias se adelantó, y sin decir una sola palabra hizo a un lado al capataz y apagó el reflector.

—Está bien, Lombardo —dijo con rapidez el presidente de la APEM—. Tiene que cooperar con estos caballeros.

—Una silla —pedí, y me senté de cara al acusado—. Mi nombre es Courtenay. ¿Cómo se llama usted?

El hombre me miró con unas pupilas que estaban recuperando su tamaño normal.

—Fillmore —me dijo con firmeza—. Augusto Fillmore. ¿Puede decirme qué pasa aquí?

—Se sospecha que usted es un consista.

Los miembros de la APEM que estaban en el cuarto lanzaron una exclamación. Yo estaba violando las más elementales normas de jurisprudencia al informar a un acusado de la naturaleza de su crimen. Lo sabía muy bien, y me importaba un comino.

—Completamente ridículo —escupió Fillmore—. Soy un hombre casado y respetable, con ocho hijos y otro por llegar. ¿Quién les ha dicho tamaña tontería?

—Dígale quién —le indiqué al presidente.

El hombre me miró asombrado sin poder dar crédito a sus oídos.

—Señor Courtenay... —consiguió articular al fin—. Permítame decirle, con todo el respeto que usted merece, que no puedo aceptar una responsabilidad semejante. Es algo inaudito. Las leyes que protegen a los denunciantes...

—Asumo toda la responsabilidad —le repliqué—. ¿Quiere que se lo ponga por escrito?

—¡No, no, no, nada de eso! Por favor, señor Courtenay... ¿Y si yo le dijera el nombre del denunciante, dando por sentado que usted conoce la ley y es una persona de criterio... y luego salgo del cuarto?

—Como quiera.

El presidente sonrió, tratando de apaciguarme, y me murmuró al oído:

—Una tal señora Worley. Las dos familias comparten una pieza. Por favor, tenga cuidado, señor Courtenay...

—Gracias —le dije.

Los empleados miraron al presidente. Todos salieron del cuarto.

—Bueno, Fillmore —le dije al sospechoso—; dice que fue la señora Worley.

El hombre comenzó a echar maldiciones, pero yo lo interrumpí.

—Soy una persona ocupada —le dije—. Ya habrá comprendido que todo es inútil. ¿Sabe qué dice Vogt a propósito de la conservación?

El nombre de Vogt no significaba, aparentemente nada para él.

—¿Quién es ése? —me preguntó distraídamente.

—No importa; a otra cosa. Tengo mucho dinero. Puedo concederle a usted y su familia una generosa pensión si se decide a cooperar y admite que es usted un consista.

El hombre se lo pensó un rato, y luego dijo:

—Bueno, ¿y por qué no? Culpable o inocente, será igual.

—Bien. Si lo es de veras, podrá citarme algunos pasajes de Osborne.

Fillmore nunca había oído el nombre de Osborne, y empezó a inventar.

—Bueno, hay uno que comienza «El primer deber de un consista es... este... prepararse para la revolución general». No recuerdo el resto, pero empieza así.

—Bastante parecido —le dije—. Bueno, ¿y qué pasa en las reuniones de la célula? ¿Quiénes la forman?

—No los conozco por el nombre —me dijo Fillmore tartamudeando—. Sólo por un número. Hay uno de pelo negro que es el jefe y... este...

El pobre hombre se las había arreglado bastante bien, pero indudablemente no sabía nada de los míticos héroes conservacionistas Osborne y Vogt. Sus libros son lectura obligatoria en todas las células, cuando se puede conseguir un ejemplar.

Salí de la pieza. El presidente, nervioso, me estaba esperando en el corredor.

—Me parece que no es un consista —le dije.

Yo era el amo de la Sociedad Fowler Schocken y él un simple presidente de una compañía sin importancia, pero esto ya era demasiado.

—Señor Courtenay —me dijo, enderezándose con aires de dignidad—, aquí administramos justicia, y uno de los axiomas básicos de la justicia sostiene: «Es preferible que sufran mil inocentes a que escape un solo culpable».

—Conozco la frasecita —le dije—. Buenos días.

El cabo de mi escuadrón dio un salto al oír el doble llamado del teléfono —señal de prioridad— y me alcanzó el aparato. Era mi secretaria, desde el edificio Fowler Schocken. Me comunicaba un arresto, esta vez en la Ciudad Balsa Tres, frente al cabo Cod.

Volamos hacia la ciudad balsa, que ese día balanceaba bastante, pues el mar estaba agitado. Odio esas ciudades balsas, pues como ya lo he indicado anteriormente, me mareo con facilidad.

El sospechoso de conservacionismo resultó ser un criminal profesional que había intentado un asalto a mano armada contra una joyería. Había querido llevarse una bandeja llena de alfileres de pino y roble, dejando una nota amenazante que hablaba de una venganza de los consistas y de la proximidad de una rebelión que acabaría con todos los ricos. Trataba así de desviar las sospechas. Era muy estúpido.

La ciudad balsa estaba protegida por los guardias de Burns. Hablé largo rato con el gerente. El hombre primero admitió que casi todos los arrestos de consistas efectuados durante ese último mes habían sido similares..., y luego extendió su confesión a todos los arrestos. Pero anteriormente habían estado descubriendo células a razón de una por semana. Era un fenómeno propio de la estación, quizá.

De allí volvimos a Nueva York, donde habían arrestado a otro hombre. Lo vi y escuché su delirio durante unos pocos minutos. Estaba perfectamente enterado de las teorías del movimiento y era capaz de citar a uno textualmente pasajes enteros de Vogt y Osborne. Me dijo también que había sido elegido por Dios para barrer la basura de la madre Tierra.

Declaró, por supuesto, que era miembro activo de la organización conservacionista; pero que prefería morir a confesar lo que sabía. Y comprendí que moriría de veras, pues no sabía nada. Los consistas no recibirían en sus filas a gentes tan desequilibradas, ni aunque quedasen reducidos a tres, y uno de ellos se estuviese muriendo.

Volvimos al atardecer al edificio Schocken, y cambié mi escolta. Había sido un día terrible. Una copia en papel carbónico —por lo menos en lo que se refiere a resultados— de los días que yo estaba viviendo desde que heredé la agencia.

Me esperaba una reunión. Yo no quería ir, pero cuando pensaba en el orgullo y en la confianza que debió sentir Fowler Schocken al nombrarme su heredero, me recordaba la conciencia. Antes de dirigirme hacia la sala de reuniones, traté de averiguar qué había pasado con una misión que había encomendado a la sección Espionaje Comercial.

—Nada, señor —me dijo el hombre—. Nada que refiera a su... a la doctora Nevin. La pista del encargado de personal en Clorela no resultó. Este... ¿seguimos investigando?

—Sí, siga —le dije—. Si necesita más dinero o más investigadores, no dude un minuto. Haga todo lo posible.

El hombre juró lealtad y colgó, pensando probablemente que el jefe era un loco, empeñado en buscar a una esposa —con la que no estaba realmente casado— que había decidido desaparecer. Qué pensaba de todas esas personas a quienes tenía que seguir, no lo sé.

Aparentemente, todos los conservacionistas a quienes yo conocía (los de Costa Rica, Nueva York y Luna) habían desaparecido. Kathy no había vuelto a su casa ni al hospital; Warren Astron no había regresado a su trampa de incautos en la tienda uno; mis cómplices de Clorela se habían perdido en la selva, y así todos los demás.

Reunión de directorio.

—Siento que se haya hecho tarde, señores. Suprimiremos los preliminares. Charlie, ¿qué está haciendo Investigaciones y Desarrollo en el asunto Venus?

Charlie se puso de pie.

—Señor Courtenay, caballeros. Me atrevo a afirmar humildemente que I&D avanza sin cesar y que mis muchachos son uno de los más firmes créditos de la Sociedad Fowler Schocken. Específicamente: los experimentos in vitro han confirmado las predicciones de la teoría y la matemática elaboradas por nuestra eficiente sección Química, Física y Termodinámica. Una capa de CO₂ que rodease a Venus, situada a doce mil metros de altura y de unos quince centímetros de espesor, se sostendría y se regularía a sí misma, moderando las variaciones de temperatura hasta reducirlas a cinco grados, de unos treinta a treinta y cinco.

»Estamos investigando el modo de obtener un enorme volumen de gas, y cómo podríamos lanzarlo a la estratósfera de Venus. Hablando de un modo general, podemos encontrar el CO₂, podemos fabricarlo, o ambas cosas. Encontrarlo sería lo mejor. Hay pruebas de una gran actividad volcánica, pero las erupciones venusinas típicas parecen ser de NH₄ en estado líquido. El NH₄ se encuentra comprimido por la gravedad dentro de los cráteres hasta que a causa de una debilidad del suelo, como fallas y rocas porosas, sale a la superficie. Estamos seguros, sin embargo, que excavaciones profundas permitirían encontrar grandes reservas de CO₂ líquido...

—¿Seguros hasta qué punto? —le pregunté.

—Completamente seguros, señor Courtenay —dijo Charlie, que no pudo reprimir esa sonrisa de usted-no-lo-entendería a la que son tan aficionados los técnicos—. Los análisis de las muestras traídas por O'Shea...

Lo interrumpí otra vez:

—¿Iría usted a Venus confiado en esa seguridad y a pesar de todo lo otro?

—Ciertamente, señor Courtenay —me dijo Charlie algo ofendido—. ¿Entro en detalles?

—No; muchas gracias, Charlie. Continúe como hasta ahora.

—Este... El problema de las inversiones tiene actualmente para nosotros dos puntos claves. Estamos preparando un mapa de las regiones aptas para la excavación (probabilidades máximas), y estamos diseñando al mismo tiempo una máquina para excavaciones a gran profundidad. Mi intención es la de lograr una excavadora barata, que funcione automáticamente, gobernada por radio. ¿Está usted de acuerdo?

—Totalmente. Muchas gracias, Charlie. Un punto, sin embargo: si hay anhídrido carbónico en Venus, y en abundancia, se nos planteará un problema. Si es demasiado abundante y de fácil obtención, Venus podría exportar CO₂ a la Tierra..., a lo que debemos oponernos terminantemente. Ya hay aquí bastante CO₂ y no tenemos por qué abaratar los precios del mercado. No olvide nunca que Venus va a pagarnos con materias primas que escasean en la Tierra. No queremos que entre en una competencia desleal con el planeta madre.

»Hierro, sí. Nitratos, por supuesto que sí. Les pagaremos buenos precios por esas cosas, para que ellos nos compren a su vez nuestros productos, y para que los bancos, y

las compañías de seguros y de transportes ubicadas naturalmente en la Tierra puedan realizar sus negocios. Pero no olvidemos que Venus será explotado por nosotros; que no se dé vuelta la tortilla. Charlie, quiero que se comunique con Auditoría y estudie el medio de que la búsqueda de manantiales de CO₂ no haga posible que Venus exporte CO₂ FOB a Nueva York a precios de competencia. Si no, tendremos que descartar sus planes. Su invernadero de paredes de gas tendría que ser fabricado de un modo más costoso.

—Muy bien, señor Courtenay —dijo Charlie, escribiendo rápidamente.

—Bueno, ¿tiene alguien algo que añadir con respecto al proyecto Venus antes de seguir adelante?

Bernhard, nuestro sobrestante, alzó la mano. Asentí con un movimiento de cabeza.

—Una pregunta acerca del señor O'Shea —dijo con una voz de trueno—. Lo tenemos contratado como miembro informante, y con un sueldo bastante robusto. He estado investigando y... Espero no haberme excedido, señor Courtenay..., pero es mi trabajo. He estado investigando y he averiguado que O'Shea manda a paseo a todo aquel que se atreve a hacerle una consulta.

»Quiero mencionarle además que en las últimas semanas ha estado pidiendo grandes adelantos. Si lo pusiéramos en la... si interrumpiéramos nuestras relaciones comerciales, quedaría debiéndonos bastante dinero. Además... bueno, esto no tiene importancia, pero le dará una idea: las chicas de mi departamento se quejan de que está molestándolas.

Alcé las cejas.

—Creo que debemos seguir con él, por lo menos mientras dure su prestigio. Aunque parece que se le estuviera pasando ya. Preséntele alguna excusa respecto a esos adelantos de dinero. Y en cuanto a las chicas... Bueno, estoy sorprendido. Antes no se quejaban cuando O'Shea les hacía insinuaciones.

—¿Lo ha visto últimamente? —gruñó Bernhard.

Recordé que no lo veía desde hacía bastante tiempo.

El resto de la reunión pasó rápidamente.

De vuelta en mi oficina le pedí a mi secretaria nocturna que averiguase si O'Shea estaba en el edificio. Si era así, que viniese a verme.

O'Shea entró oliendo a bebida y quejándose en voz alta.

—¡Maldita sea, Mitch! ¡Esto ya es demasiado! Entraba sólo un momento para invitar a una de las nenas y usted que quiere verme. Pero ¿se toman en serio este asunto de las consultas? Tienen mi nombre. Eso tendría que bastarles.

O'Shea tenía un aspecto desastroso. Se parecía a una caricatura del gordo, petulante y desaliñado Napoleón en la isla de Elba. Pero yo no podía pensar sino en Kathy. Tardé un rato en comprender por qué.

—¿Y bien? —me preguntó O'Shea— ¿Qué está mirando? ¿Tengo corrida la pintura?

El alcohol lo cubría bastante, pero alguna nube llegaba hasta mí: *Ménage a Deux*, el perfume que yo había creado para Kathy, y sólo para Kathy, cuando estábamos en París; el perfume que ella adoraba y que a veces usaba en demasía.

Aún podía oírla diciendo: «No puedo impedirlo, querido. Es mucho más agradable que el formol, y a eso huelo casi siempre después de haber pasado un día entero en el hospital».

—Lo siento, Jack —dije suavemente—. No sabía que estaba de fiesta. El asunto puede esperar. Diviértase.

O'Shea me hizo una mueca y salió, balanceándose como una oca. Tomé el teléfono y me comuniqué con la sección Espionaje Comercial.

—Haga seguir a O'Shea —le ordené al encargado—. En este momento va a salir del edificio. Siganlo, y sigan a todos los que se encuentren con él. Noche y día. Si tienen éxito, usted y sus hombres serán ascendidos y recibirán su gratificación. Pero si fallan... que Dios los proteja.

Me puse en un estado tal que nadie se atrevía a acercárase. Pero no podía dominarme. Sólo vivía para una cosa: los informes diarios de los perseguidores de O'Shea. Cualquier otro asunto del que yo intentase ocuparme, me aburría e irritaba.

Al cabo de una semana mis hombres seguían veinticuatro pistas alrededor de O'Shea y de las personas con quienes él había hablado. Estas últimas eran camareros de restaurantes, su agente de conferencias, mujeres, un amigo piloto de pruebas del aeródromo de Astoria, un policía con quien tuvo una discusión una noche en que estaba borracho —pero ¿estaba realmente borracho y había sido realmente una discusión?— y otras muchas gentes comunes.

Una noche, confundida entre otras descripciones, encontré lo siguiente: «Consumidor sexo femenino, 30 años; 1,68 de estatura, 65 kilos de peso, pelirroja; color de ojos se ignora; ropas baratas. El sujeto entró en «El paraíso del picadillo» —un restaurante— a las 18.37, después de haber esperado 14 minutos afuera, y se sentó ante una mesa recién desocupada. Conjetura: sujeto tenía interés en hablar con determinado camarero. Pidió picadillo, comió muy poco; cambió algunas palabras con nuevo contacto. Pudieron haberse pasado algún papel, pero desde el lugar de observación no se alcanzó a distinguir. Una mujer policía sigue esta pista».

Treinta años, un metro sesenta y ocho, sesenta y cinco kilos. Podría ser. Telefoneé y dije:

—Vigilen preferentemente a esta última mujer, y comuníqueme enseguida cualquier novedad. ¿No podría averiguarse algo más en el restaurante?

Espionaje Comercial comenzó a explicarme, embarazosamente, que si yo insistía podía hacerlo, pero que no era una buena técnica. Comúnmente, la información llega a oídos de la persona interesada. Y entonces...

—Muy bien —dije—. Háganlo a su modo.

—Un momento, señor Courtenay, por favor. Nuestra operadora acaba de entregar su informe. La mujer vive en el edificio Tauton, escalones 17-18, piso treinta y cinco.

—¿Quiénes viven en ese piso? —pregunté, con el corazón angustiado.

—Parejas.

—¿Está ella?...

—Está sola, Señor Courtenay. Nuestra chica pretendió conseguir la vacante; le contestaron que la señora del escalón 17 reservaba el 18 para su marido. El hombre estaría en el interior, cosechando.

—¿A qué hora se cierra la escalera de Tauton? —pregunté.

—A las 22, señor Courtenay.

Lancé una ojeada al reloj de mi escritorio.

—Supriman la vigilancia —ordené—. Basta por hoy.

Dejé mi asiento y les dije a mis guardias:

—Salgo sin ustedes, caballeros. Espérenme aquí, por favor. Teniente, ¿puede prestarme su arma?

—Por supuesto, señor Courtenay —me respondió, pasándome una UHV calibre 25.

Comprobé que estaba cargada y salí del cuarto, solo. Mientras cruzaba el vestíbulo del edificio, un joven escondido en las sombras se apartó de la pared y comenzó a seguirme.

Lo fastidié echando a caminar por la calle Solitaria: una hendidura oscura y estrecha que corría entre los grandes edificios. El aire estaba cargado de monóxido y niebla; pero yo tenía mis tapones antihollín; el joven, no. Lo oí estornudar a una respetable distancia. Algún coche solitario se cruzaba de cuando en cuando con nosotros; el conductor jadeando penosamente sobre los pedales.

Sin mirar hacia atrás, di vuelta en la esquina del edificio Schocken y me aplasté contra el muro. Mi perseguidor pasó de largo y se detuvo consternado, escrutando la oscuridad. Lo golpeé ferozmente en la nuca con el caño del arma, y seguí adelante. Probablemente era uno de mis hombres, pero yo no quería a nadie a mi alrededor.

Me metí en el edificio Tauton por la entrada de los moradores nocturnos, a las 21:59. Detrás de mí, el reloj automático cerró la puerta de un golpe. Introduje una moneda, marqué 35 y leí los avisos mientras el ascensor subía crujiendo.

«Los inquilinos nocturnos son responsables de su propia seguridad. La gerencia no asume ninguna responsabilidad por robos, asaltos y estupro».

«Los inquilinos tendrán en cuenta que a las 22:10 se cierran las barreras; atenderán a sus necesidades naturales de acuerdo con ese horario».

«El alquiler se pagará todas las noches por adelantado al portero automático».

«La gerencia se reserva el derecho de negar alojamiento a los poseedores de productos Astromejor Verdadero».

La puerta se abrió ante el descanso del piso treinta y cinco. Era como mirar un queso agusanado. La gente, hombres y mujeres, se arremolinaban, tratando de encontrar alguna comodidad antes de que se levantaran las barreras. Miré mi reloj y leí 22:08.

Seguí con cuidado mi camino, muy, muy lentamente, envuelto en una luz pálida, sobre y por entre miembros y torsos, pidiendo disculpas a cada momento, contando... En el escalón diecisiete me detuve sobre una figura encogida. Mi reloj decía 22:10.

Las barreras se levantaron con un ruido herrumbroso, aislando totalmente los escalones 17 y 18, en los que estábamos yo y...

Kathy se sentó, asustada y furiosa, con un arma pequeña en la mano.

—Kathy —dije.

Mi mujer dejó caer el arma.

—Mitch, estás loco —dijo, en voz baja y con vehemencia—. ¿Qué estás haciendo aquí? Tauton no se ha dado por vencido. Te van a matar.

—Ya lo sé —le dije—. Será un final brillante, Kathy. Estoy metiendo la cabeza en la boca del león para demostrarte que digo la verdad. Tienes razón, y yo estaba equivocado.

—¿Cómo me encontraste? —me preguntó, con un tono de sospecha.

—O'Shea me trajo un poco de tu perfume. Ménage à Deux.

Kathy miró los abarrotados alrededores y se rió, entre dientes.

—¿Es cierto?

—La persecución ha terminado, Kathy —le dije—. No estoy aquí para hacerte el amor, con o sin tu consentimiento. Estoy aquí para decirte que he decidido apoyarte. Pide lo que quieras y lo tendrás.

Kathy me miró frunciendo los ojos y dijo:

—¿Venus?

—Es tuyo.

—Mitch —me dijo Kathy—, si estuvieras mintiéndome...

—Lo sabrás mañana... si salimos con vida. Hasta entonces no hay más que decir, ¿no es cierto? Tenemos que pasar aquí la noche.

—Sí —dijo ella—. Tendremos que pasar aquí la noche —y de pronto, apasionadamente, exclamó:—. Oh, Mitch, ¡cuánto te he extrañado!

Los silbatos despertadores sonaron a las 06:00, seguidos por unos chillidos subsónicos que desgarraban el cerebro e impedían que algunos dormilones dificultaran la evacuación.

Kathy comenzó a guardar rápidamente las camas en el interior de los escalones.

—Bajarán las barreras dentro de cinco minutos —dijo, y levantando la tapa del escalón diecisiete sacó un estuche plano con algunos utensilios de maquillaje.

—No te muevas.

Una navaja me afeitó la ceja derecha. Di un grito.

—¡No te muevas! —volvió a decirme Kathy, y la navaja silbó esta vez sobre mi ceja izquierda.

—¡Ay! —dije, mientras ella me daba vuelta el labio superior y me lo sujetaba por dentro con un trozo de cinta adhesiva. Dos bolas de goma de mascar me aplastaron las orejas contra el cráneo.

—Ya está —dijo Kathy, y me mostró un espejo.

—Magnífico —le dije—. Ya salí de aquí una mañana confundido con el tropel. Creo que podré repetirlo.

—Ahí van las barreras —dijo nerviosamente Kathy, atenta a algunos ruidos preliminares que mis oídos inexpertos no alcanzaron a percibir.

Las barreras bajaron de golpe. Los inquilinos del piso treinta y cinco habían desaparecido; pero Kathy y yo no estábamos solos. B. J. Tauton y dos de sus hombres nos esperaban en silencio. Tauton se balanceaba ligeramente, sonriendo, con el rostro encendido. Los muchachos me apuntaban con fusiles ametralladores.

Tauton hipó y dijo:

—Un sitio muy feo para conquistar mujeres, mi viejo Courtenay. Nena, apártate un poco.

Kathy no se apartó. Dando un paso adelante se enfrentó con Tauton y le puso una pistola en el estómago. El rostro enrojecido del hombre tomó el color de la masilla.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —le dijo Kathy, sombríamente.

—Muchachos —murmuró Tauton—, tiren las armas. ¡Tírenlas, por favor! —los muchachos se miraron— ¡Tírenlas! —suplicó Tauton.

Pasó una eternidad antes que se decidieran a dejar en el suelo los fusiles ametralladores. Pero al fin lo hicieron. Tauton comenzó a gimotear.

—Vuélvase de espaldas —les dije— y acuéstense boca abajo.

Yo les apuntaba con la UHV que me habían prestado. Me sentía muy bien.

Podían inundar con gas el ascensor, así que bajamos por las escaleras. Fue una tarea larga, lenta y cuidadosa, aunque todos los inquilinos habían sido evacuados hacía ya mucho tiempo para facilitar el ataque de Tauton. Tauton sollozó y babeó durante todo el camino. En el descanso del piso décimo nos dijo, con un tono implorante:

—Tengo que beber algo, Courtenay. No puedo más. Hay un bar ahí. Pueden seguir apuntándome mientras bebo.

Kathy se rió sin ganas ante la idea, y continuamos avanzando, escalón por escalón.

Al llegar a la puerta de salida de los inquilinos, y a pesar del frío invernal que reinaba fuera, envolví con mi chaqueta el arma de Kathy.

—¡No pasa nada! —le gritó Tauton a uno de los asombrados guardianes del vestíbulo que intentó cerrarnos el paso—. ¡Son amigos míos! ¡No pasa nada!

Caminamos detrás de Tauton hasta la entrada del subterráneo, y allí nos zambullimos abandonando al viejo en medio de la calle, pálido y sudoroso. La multitud que llenaba el subterráneo nos protegía eficientemente. Tauton sólo podría atraparnos si se decidía a volar el subterráneo, pero no estaba preparado para una operación semejante. Zigzagueamos durante una hora, y al fin llamé a mi oficina desde el teléfono de una estación. Una patrulla de protección se citó con nosotros en otra de las estaciones, y quince minutos más tarde entrábamos en el edificio Schocken.

Un diario matutino nos hizo reír por primera vez en aquel día. Decía entre otras cosas que a las 03:00 se había descubierto en las escaleras Tauton una pérdida de gas y que el mismo B. J. Tauton en persona había dirigido las operaciones de evacuación, arriesgando su vida. No había víctimas que lamentar.

Miré a Kathy por encima de las bandejas del desayuno, instaladas sobre mi escritorio, y le dije:

—Tu pelo tiene un aspecto horrible. ¿No te puedes sacar esa tintura?

—Basta de tonterías —me replicó—. Me dijiste que Venus sería mío, Mitch. Y Venus, por Dios, nos pertenece. Sólo nosotros sabemos qué hacer con ese planeta. Y además, el único hombre que ha vuelto de Venus, O'Shea, es también de los nuestros.

—¿Desde cuando?

—Desde que su padre y su madre descubrieron que había dejado de crecer. Desde entonces. Sabían que la ACM necesitaría muy pronto pilotos de cohetes, y cuanto más pequeños, mejor. La Tierra no descubrió Venus, Mitch, sino la ACM. Y tenemos derecho a instalar allí nuestras colonias. ¿Puedes arreglarlo?

—Por supuesto —le dije—. Dios, esto me va a traer un gran dolor de cabeza. Ya hemos completado la lista de los colonizadores..., unos bobos devorados por la impaciencia de llegar a Venus, y ser explotados por y en favor de la Sociedad Fowler Schocken. Bueno, tendré que dar marcha atrás.

Llamé por el teléfono interno a la sección I&D.

—Charlie —dije—, a propósito de la competencia y el CO₂... Olvídense de eso. Acabo de descubrir que Tauton protege a la mayoría de los productores terrestres.

—Muy bien, señor Courtenay —me respondió Charlie, alegremente—. Los estudios preliminares parecen indicar que les vamos a dar un buen puntapié en salva sea la parte.

Me volví a Kathy.

—¿Puedes resucitarme a Runstead? No sé dónde lo esconde la ACM, pero lo necesitamos con nosotros. Va a haber mucho trabajo. El arte de un propagandista consiste en convencer a la gente sin que ésta se dé cuenta de que la están convenciendo. Ahora tendré que lograr que mis empleados les saquen sus convicciones a la gente sin que ni ellos ni mis empleados adivinen que quiero que se las saquen. Necesito la ayuda de una persona capaz, con quien pueda hablar con entera libertad.

—Lo tendrás en seguida —me dijo Kathy, besándome ligeramente—. Y esto es por haber dicho «nosotros».

—¿Eh? —le pregunté—. ¿Dije nosotros? —y enseguida comprendí—. Oh. Óyeme, querida; tengo arriba una hermosa vivienda de tres por tres. Has pasado una mala noche. ¿Por qué no subes y descansas un momento? Voy a tener mucho trabajo.

Kathy volvió a besarme y dijo:

—No trabajes demasiado, Mitch. Te veré esta noche.

18

No hubiera podido arreglármelas sin Runstead. No a tiempo, al menos. Runstead vino de Chicago —donde se había escondido después de recibir el aviso de Kathy y fabricar su falso suicidio— e irrumpió silbando en una reunión de directorio. Nos dimos la mano, y los miembros de la mesa se tragarón alegremente la historia de que había desaparecido para realizar un trabajo subterráneo. Al fin y al cabo, ya se lo habían tragado antes. Runstead conocía bien su trabajo: se metió en él de cabeza.

Conservacionista o no, seguí creyendo que este Runstead es una rata. Pero debo reconocer que el trabajo comenzó a marchar, y muy deprisa.

Según todas las apariencias, la Sociedad Fowler Schocken inauguró un gigantesco concurso de frases, con mil quinientos primeros premios: pasajes a Venus. Los otros premios llegaban a sumar ochocientos mil, pero no tenían importancia. El concurso iba a ser fiscalizado por una firma imparcial, cuyo jefe resultó ser cuñado de un amigo de Runstead. De los futuros premiados sólo mil cuatrocientos eran conservacionistas, me dijo Runstead. Los cien restantes habían sido adjudicados a nombres supuestos, para solucionar cualquier emergencia que pudiera presentarse a último momento.

Llevé a Kathy a Washington para arreglar allí los permisos de salida del cohete. Runstead se quedó en Nueva York, cuidando el fortín. Yo había estado varias veces en

Washington, con motivo de alguna comida, o por asuntos que me habían llevado la mitad de la tarde; pero esta vez iba a pasarme allí cuarenta y ocho horas. Me sentía contento como una criatura. Dejé a Kathy instalada en el hotel, le hice jurar que no saldría sola de paseo, y luego tomé un coche hasta el Departamento de Estado.

Un oscuro hombrecito de sombrero hongo estaba sentado en el vestíbulo. Cuando oyó mi nombre, se levantó apresuradamente y me ofreció su silla. «Qué cambio desde los días de Clorela, amigo Courtenay», me dije a mí mismo.

Nuestro agregado comercial vino corriendo a saludarme. Lo calmé un poco y le expliqué lo que quería.

—Es lo más fácil del mundo, señor Courtenay —me prometió—. Presentaré el proyecto de ley en la comisión esta tarde, y con un poco de suerte a la caída del sol ya habrá sido aprobado por las dos Cámaras.

—Magnífico —le dije, expansivo—. ¿Necesita alguna influencia?

—Oh, creo que no, señor Courtenay. Pero sería bueno que usted hablara ante las Cámaras mañana por la mañana, si tiene tiempo. Les encantará oírlo, y eso acelerará los trámites.

—Lo haré con mucho gusto —le dije, inclinándome para recoger mi portafolios.

El hombrecito de sombrero hongo se me adelantó, alcanzándome la cartera con una reverencia.

—Usted dirá a qué hora, Abels —le dije a nuestro representante—. Llegaré puntualmente.

—¡Muchas, muchas gracias, señor Courtenay!

Abels me abrió la puerta. El hombrecito se animó y dijo:

—¿Señor Abels?

Nuestro agregado sacudió la cabeza.

—Ya ve usted que estoy muy ocupado —le dijo, no muy fríamente—. Vuelva mañana.

El hombrecito sonrió agradecido y salió conmigo. Le hizo señas a un taxi y me abrió la puerta. Ya saben ustedes como son los taxis en Washington, así que le pregunté:

—¿Puedo acercarlo a algún lugar?

—Es muy generoso de su parte —me contestó, y subió tras de mí.

El conductor, apoyándose en sus pedales, se inclinó hacia atrás y nos lanzó una mirada.

—Voy al hotel Parque Astro, pero antes llevemos a este caballero.

—Muy bien —respondió el conductor—. ¿A la Casa Blanca, señor Presidente?

—Sí, por favor —dijo el hombrecito. No sabe usted que contento estoy de haberlo conocido, señor Courtenay —añadió—. Pude escuchar su conversación con el señor Abels, sabe usted. Es muy interesante saber que el cohete para Venus ya está terminado. El Congreso ha perdido la costumbre de decirme qué pasa. Es natural. Están tan ocupados con sus investigaciones y todo lo demás. Pero...

El hombrecito sonrió y me dijo, con cierta picardía:

—Participé en su concurso, señor Courtenay. Mi frase era: «Me brillan los ojos como astros cuando veo un cigarrillo Astro». Pero creo que aunque hubiese obtenido alguno de los premios, no hubiese podido irme.

Le dije, sinceramente:

—No sé como hubiera sido posible —y añadí, con menos sinceridad—. Además, estará usted muy ocupado.

—Oh, no mucho. Enero es pesado. Convoco al Congreso y ellos me leen el mensaje. Pero el resto del año pasa lentamente. ¿Se dirigirá de veras al Congreso mañana, señor Courtenay? Se celebraría una reunión plenaria, y en esos casos a veces me dejan entrar.

—Me alegrará mucho verlo —le dije cordialmente.

El hombrecito me sonrió con afecto. Los ojos le brillaban detrás de los anteojos. El coche se detuvo. Me estrechó calurosamente la mano y descendió.

—Oh —dijo metiendo la cabeza por la ventanilla y lanzando una mirada aprensiva hacia el conductor—, ha sido usted muy amable. Quizá me salga un poco de mis funciones al decirle esto, pero me gustaría sugerirle algo. Entiendo un poco de astronomía... es una especie de pasatiempo..., y creo que no deben demorar la salida de la nave. No deben perder la conjunción actual.

Me quedé mirándolo fijamente. Venus estaba en ese entonces en oposición, unos diez grados, y se alejaba... Aunque eso no tenía importancia, pues la nave bordearía la órbita del planeta.

El hombrecito se llevó un dedo a los labios.

—Hasta luego, señor —me dijo.

Me pasé el resto del viaje con los ojos clavados en las peludas orejas del conductor y preguntándome a mí mismo que habría querido decir el hombrecito.

Kathy y yo nos pasamos la tarde paseando y contemplando el paisaje. Las famosas flores de cerezo eran realmente muy hermosas, pero mis sentimientos conservacionistas, recientemente descubiertos, me las hicieron ver como algo demasiado ostentoso.

—Una docena hubiese bastado —objeté—. Desparramadas todo alrededor, florero tras florero, es, simplemente, derrochar el dinero de los contribuyentes. ¿Te imaginas lo que costarían en la florería Tiffany?

Kathy se rió.

—Mitch, Mitch —me dijo—, espera a que estemos en Venus. ¿Te imaginas lo que será todo un planeta con cosas como éstas? ¿Hectáreas y hectáreas de flores... árboles... todo?

Una joven robusta, que estaba reclinada en la barandilla, con todo el aspecto de una maestra, nos echó una mirada, levantó la nariz y se alejó de nosotros.

—Estás arruinando mi reputación —le dije a Kathy—. Vámonos antes de que nos metas en dificultades... vámonos al hotel.

Me desperté con un chillido de excitación de Kathy. Desde el cuarto de baño, mirándome con ojos redondos y maravillados por encima de la toalla con que se envolvía el cuerpo, me dijo:

—Mitch, ¡hay una bañera! ¡Abrí la puerta de la casilla de la ducha y no había una casilla! ¿Puedo, Mitch? ¿Por favor?

Hay veces en que hasta un honesto conservacionista siente el placer de dominar a la Sociedad Fowler Schocken. Bostecé, le envié un beso y le dije:

—Claro, Kathy. Y que sea con agua fresca, ¿eh?

Kathy simuló un desmayo, pero advertí que no perdía tiempo en llamar a la camarera. Me vestí mientras corría el agua.

Desayunamos cómodamente y nos fuimos caminando hasta el Capitolio, tomados de la mano. Instalé a Kathy en el palco de la prensa y bajé a la sala. Nuestro apoderado en Washington se acercó hacia mí —abriéndose camino a codazos por entre la muchedumbre— y me entregó una hoja de papel de seda.

—Todo está ahí, señor Courtenay —me dijo—. Este... ¿ninguna dificultad?

—Ninguna, gracias —le dije.

Lo despedí con un ademán y miré el papel. Era de Dicken, desde el cohete.

«Pasajeros y tripulantes alertas en sus puestos. El primer embarque se realizará a las 11:45 Este. La carga se completará a las 16:45 Este. Combustible y alimentos listos desde las 09:15. Se tomaron medidas de seguridad, pero MIA, CIC y la Time-Life han logrado enviar mensajes cifrados. El cuarto de navegación me pide que le recuerde: partida posible sólo en horas AM».

Apreté el mensaje entre las palmas de las manos. Se deshizo en cenizas.

Mientras subía a la plataforma alguien me tomó por el codo. Era el Presidente, inclinado sobre la baranda de su palco de ceremonias.

—Señor Courtenay —murmuró, con una sonrisa de máscara—, me imagino que habrá entendido lo que quise decirle ayer. Me alegro de que el cohete esté listo. Y... —sonrió abiertamente y sacudió la cabeza imitando con precisión a un político que cambia palabras sin importancia con un distinguido visitante— ...usted quizá ya lo sabe, pero... él está aquí.

No pude descubrir quien era «él». El Presidente de la Cámara se acercó hacia mí con el brazo extendido y le sonreí forzosamente. Fue sólo un movimiento de mis músculos faciales, nada más. Si las últimas noticias sobre el cohete de Venus habían llegado hasta el presidente, yo no tenía muchos motivos para sonreír.

Fowler Schocken era un viejo y bondadoso hipócrita, un amable embustero, pero si no hubiese sido por él yo no hubiese pronunciado ese discurso. Podía oír su voz en mis oídos: «Véndeles, Mitch. Podrás venderles cualquier cosa si logras convencerte a ti mismo de que ellos quieren comprar».

Y les vendí a los legisladores lo que ellos querían. Les hablé brevemente de la iniciativa americana y de la patria. Les ofrecí un mundo abierto al saqueo, y luego la posibilidad de robarnos todo el universo. Sólo era necesario que los esforzados pioneros de Fowler abrieran el camino. Les ofrecí una brillante imagen de una fila de planetas explotados por sus únicos propietarios: los hombres de negocios norteamericanos que habían creado la grandeza de la civilización. Les gustó muchísimo. El aplauso fue ensordecedor.

Aún no se oía el eco de los primeros aplausos cuando ya una decena de figuras pedían, de pie, el uso de la palabra. Apenas me di cuenta. Asombrosamente Kathy no estaba en el palco de la prensa. El Presidente de la Cámara señaló al viejo y canoso Colbee, dignificado por cuatro décadas de servicio.

—Tiene la palabra el representante de la Goma-Cola.

—Muchas gracias, señor Presidente —dijo Colbee.

Su sonrisa era cortés, pero sus ojos me parecieron los de una víbora. Goma-Cola era, nominalmente, una de las pocas compañías que gozaban aún de cierta independencia, pero recordé que Fowler había comentado en una oportunidad sus sorprendentes relaciones con Tauton.

—Si me permiten hablarr en nombrrre de la Cámara Alta —dijo Colbee—, quisierra agradecerle a nuestro distinguido visitante los acertados comentarios de él. Yo soy completamente seguro de que a todos nos ha encantado por igual oír a un hombre de su importancia y posición.

Vuelve a la Berlitz, embustero, pensé amargamente. Ya veía venir el ataque.

—Con el permiso de la Cámara me gustarría hacerle a nuestro huésped aquí algunas preguntas respecto a la ley que hoy vamos a considerrar.

La considerarás sin duda, hijo de perra, pensé. Hasta las galerías habían notado lo que estaba ocurriendo. Apenas necesité oír la continuación.

—Habrrá escapado a vuestra atención de ustedes, pero tenemos la fortuna de tener con nosotros a otro notable huésped. Me refierro naturalmente al señor Tauton.

Colbee hizo un gracioso ademán señalando la galería de visitantes. La cara enrojecida de Tauton sobresalía entre dos corpulentas figuras que reconocí en seguida como sus guardaespaldas.

—En una brrreve charla anterrior a esta sesión de hoy, el señor Tauton fue lo muy amable como parra darme unos informes que yo quisierra comentar con el señor Courtenay.

»Primerro —los ojos de serpiente de Colbee tenían ahora un brillo metálico—, le preguntarría a señor Courtenay si el nombrrre de George Grroby, buscado por rupturra de contrato y homicidio, le es familiar a señor Courtenay. Segundo, me gustarría además

preguntarle si él es señor George Groby. Tercero, le preguntaría a señor Courtenay si es cierto que según me ha informado alguien que puedo confiar enteramente —así me lo aseguró el señor Tauton—, el señor Courtenay es uno de miembros principales de la Asociación Conservacionista Mundial conocida por la mayoría de los buenos americanos como...

Ni siquiera Colbee pudo oír el final de su frase. El rugido de la asamblea fue como la explosión de un volcán.

19

Visto a través del tiempo, todo lo que pasó en aquel terrible cuarto de hora se borra y desvanece como las figuras de un calidoscopio giratorio. Sólo recuerdo algunas escenas, algunos petrificados instantes que no parecen tener ninguna relación entre sí.

Las olas de desprecio y de odio que se levantaron a mi alrededor; la cara retorcida del Presidente que gritaba algo inaudible dirigiéndose a la casilla del técnico de sonidos; la mirada amenazante del Presidente de la Cámara que trataba de acercarse a mi plataforma.

Luego la repentina inmovilización de todo aquel salvajismo, mientras la voz enormemente amplificadas del Presidente salía de los altoparlantes y rodaba a través de la Cámara.

—¡Doy por terminada la sesión!

Y los rostros estupefactos de los legisladores ante esta increíble temeridad. Había cierta grandeza en el hombrecito. Antes de que nadie pudiera moverse o reaccionar, golpeó las manos —el ruido sonó a través de los altoparlantes como una fisión atómica— y una patrulla elegantemente uniformada se acercó a nosotros.

—Llévenselo —ordenó el Presidente, con un ademán de magnificencia.

La patrulla me rodeó con rapidez y me sacó de la tribuna. El Presidente nos acompañó hasta la puerta mientras la asamblea trataba de salir de su estupor. El hombrecito estaba muerto de miedo, pero alcanzó a decirme en voz baja:

—No podré detenerlos, pero les llevará toda la tarde conseguir un fallo de la Cámara de Comercio. Dios lo bendiga, señor Courtenay.

Y se volvió dispuesto a hacerles frente. No creo que los cristianos de Calígula hubiesen bajado con más valentía a la arena.

Los guardas eran parte de la escolta personal del Presidente, premios de honor de la Academia de Oficiales de Brinks. El teniente no me dirigió una sola vez la palabra, pero alcancé a ver en su rostro una mueca de mal disimulado disgusto mientras leía la hoja de papel que le había dado el Presidente. Comprendí que las órdenes no le gustaban, pero que las llevaría adelante.

Me llevaron a Anacostia y me metieron en el avión de transporte presidencial. Me hicieron compañía y me alimentaron, y uno de ellos hasta jugó a las cartas conmigo. Pero nadie me habló. Los chorros de las turbinas brillaban en el aire.

El viaje de aquel viejo crucero de lujo que la «tradición» regalaba al Presidente, me pareció muy largo. Perdimos bastante tiempo en el aeródromo de llegada. Debajo de nosotros comenzaron a encenderse las luces de los límites del campo.

Cuando descendimos ya era de noche. Y la espera no terminó ahí. Seguí preguntándome qué habría sido de Kathy. Cuándo volvería a verla. El teniente abandonó el aparato. Tardó mucho en volver.

Yo traté, mientras tanto, de contestarme a mí mismo algunas preguntas. Preguntas que ya se me habían ocurrido antes, pero a las que no había prestado mucha atención. Ahora, con un tiempo ilimitado y un futuro desconocido, volví a examinarlas.

Por ejemplo:

Kathy, Matt Runstead y Jack O'Shea habían tratado, literalmente, de deshacerse de mi persona. Muy bien, eso bastaba para explicar la mayor parte de las cosas que tanto me sorprendieron un día. Pero no aclaraba la muerte de Hester. Y, si uno se detenía a pensarlo, tampoco las actitudes de Runstead.

Los consistas estaban a favor de los viajes interplanetarios. Pero Runstead había saboteado las áreas de prueba de México-California, no existía duda alguna; su testamento me había dicho algo que equivalía a una confesión. Pudo haber sido una traición doble. Runstead fingió ser un consista que fingía, a la vez, ser un jefe de publicidad. ¿Qué sería realmente?

Comencé a desear nuevamente la presencia de Kathy; pero por otros motivos. Cuando el teniente regresó, ya era media noche.

—Muy bien —dijo—, un taxi lo espera afuera. El conductor sabe adónde tiene que ir.

—Gracias —dije torpemente. Salí de la nave y me desperecé.

El teniente lanzó un preciso escupitajo que cayó entre mis pies. La compuerta se cerró, y me alejé rápidamente de la línea de despegue.

El conductor del taxi era mexicano. Me acerqué y le pregunté algo, pero no sabía inglés. Hice otra tentativa con mi español de Clorela. El hombre me miró con asombro. Yo tenía cincuenta razones para no querer entrar en ese taxi, pero lo pensé un rato y comprendí que no había mucho donde elegir. El teniente había seguido ciertas órdenes. Y ahora, con las órdenes ya cumplidas, podía imaginarme cómo su menudo cerebro de soldado estaba tejiendo el informe que denunciaría al notorio consista Mitchell Courtenay.

Yo iba a ser simplemente un blanco de tiro. Y no sabía quién me alcanzaría primero: si Tauton o los guardias. Pero esa alternativa no merecía que me rompiera la cabeza.

De modo que subí al taxi.

El hecho de que el conductor fuera un mexicano debió de haberme dado algún indicio; pero no. Sólo cuando vi el reflejo de la luna en el macizo proyectil, comprendí que estaba en California, y el favor que el presidente me había hecho.

Una patrulla formada por hombres de Pinkerton y algunos de los nuestros, se acercó hacia mí. Me llevaron entre las casillas de los centinelas y a través de las desiertas arenas. Llegamos al cohete. El oficial de guardia me hizo un gesto de complicidad y me dijo:

Está usted a salvo, señor Courtenay.

—¡Pero yo no quiero ir a Venus! —grité.

El oficial se rió.

Corre. Espera. Corre. Espera. El vuelo horrible e interminable había sido algo extático. En los extremos, en cambio, sacudidos por el movimiento, yo no había podido pensar. Tampoco podía pensar ahora, aquí. Alguien me tomó por los fondillos de los pantalones y me lanzó adentro de la nave. Me arrastraron, más que me llevaron, hasta una hamaca de aceleración. Me ataron a ella y me dejaron solo.

Luego la hamaca se balanceó y se sacudió, y sentí como si doce gigantes se sentaran a meditar en mi pecho. Adiós, Kathy; adiós, edificio Schocken. Me gustara o no, ya estaba en camino hacia Venus.

Pero no era adiós a Kathy. Pasó la primera sacudida, y ella misma vino a sacarme las ataduras.

Salí de la hamaca y trastabillé falto de peso, golpeándome la espalda. Abrí la boca para saludar a mi mujer. Pero sólo me salió un chillido:

—¡Kathy!

No fue un discurso muy brillante; pero no pude preparar otro. Los labios de Kathy se unieron a los míos.

—¿Qué alcaloides te pones? —le pregunté.

Pero Kathy sólo quería que la besara. La besé. Era difícil no caer. Cada vez que nos movíamos chocábamos contra la baranda y nos levantábamos unos cuantos centímetros del suelo. Sólo estaba funcionando una de las turbinas de suspensión y ya comenzábamos a superar el límite de gravedad.

Nos sentamos. Y después de un rato comenzamos a hablar. Me estiré y miré a mi alrededor.

—Bonito lugar —dije—. Óyeme, ahora que todo está arreglado quisiera decirte algo que me da vueltas en la cabeza. Dos preguntas...

Le dije de qué se trataba. El sabotaje de Runstead en San Diego. Y la muerte de Hester.

—Oh, Mitch —dijo Kathy—. ¿Por dónde tengo que empezar? ¿Cómo has llegado a ocupar tu posición?

—Fui a la escuela nocturna —le dije—. Te escucho.

—Bueno, deberías saberlo. Nosotros los conservacionistas deseamos la conquista del espacio. La raza humana necesita Venus. Necesita un planeta virgen, nuevo, intacto...

—Oh —exclamé.

—...inexplotado. Bueno. Necesitábamos, es claro, una nave para ir a Venus. Pero no queríamos a Fowler Schocken allí. Por lo menos, no mientras Mitchell Courtenay fuese un individuo capaz de destruir todo un nuevo mundo con tal de poder aumentar su cuenta. No son muchos los planetas que pueden ser colonizados por nuestra raza. Y no podíamos permitir que el proyecto de Fowler Schocken para Venus tuviese éxito.

—Hum —dije, mientras trataba de asimilar las palabras de Kathy—. ¿Y Hester?

Kathy sacudió la cabeza.

—Eso es asunto tuyo.

—¿No sabes qué pasó?

—Lo sé. No es difícil adivinarlo.

Insistí, pero todo fue inútil. Así que besé otra vez a Kathy hasta que un entrometido con unas insignias de oficial entró sonriendo en la cabina.

—¿Quieren ver las estrellas, señores? —nos preguntó, con antipática voz de cicerone.

No traté de demostrarle que yo era su superior. Los oficiales de las naves siempre hablan con un tono de cierta suficiencia. Y además...

Además...

El pensamiento me inmovilizó unos instantes. Yo estaba acostumbrado a mi categoría. No sería nada agradable ser otra vez un cualquiera. Le di un repaso a mis conocimientos de conservacionismo... No. Era muy difícil que volvieran a mimarme.

Hola, Kathy. Adiós, edificio Schocken. Subimos hasta la plataforma delantera, donde estaba instalado el puesto de observación. Todas las caras me eran desconocidas.

En los cohetes que van a la Luna, equipados con unos tentaculares aparatos de radar, no hay ventanas. El estético pero inútil espectáculo de los astros está reemplazado por una sólida pared de acero. Yo nunca había visto las estrellas desde el espacio.

Desde el puesto de observación se veía la noche, una noche blanca. Las estrellas más brillantes resplandecían sobre un fondo de partículas estelares desparramadas a su vez sobre un telón de polvo de estrellas. No había ni una migaja de espacio que no fuera blanca. Todo era luz, todo era manchas ardientes. Un anillo de fuego señalaba la posición del Sol.

Kathy y yo nos dimos vuelta.

—¿Dónde está Matt Runstead? —le pregunté.

Kathy se rió entre dientes.

—En el edificio Schocken, sosteniéndose con la ayuda de píldoras antisomníferas, tratando de deshacer la madeja. Alguien tenía que quedarse, Mitch. Afortunadamente, Matt cuenta con los votos de tus testaferros. No pudimos hablar mucho en Washington. Tendrá que hacer muchas preguntas, y nadie va a contestárselas.

La miré fijamente.

—¿Qué demonios estaba haciendo Runstead en Washington?

—Trataba de limpiarte el camino, Mitch. Cuando Jack O'Shea quebró...

—¿Cuándo qué?

—Oh, Señor. Te contaré las cosas por su orden. O'Shea se emborrachó varias veces una noche, y no pudo ponerse una inyección, y se lo contó todo a la muchacha menos indicada. Hicieron con él lo que quisieron. Habló de ti y de mí, y del cohete, y de todas las cosas.

—¿Quién se lo sacó?

—Tu buen amigo B. J. Tauton.

Kathy encendió un cigarrillo. Pude leer sus pensamientos. El menudo O'Shea, treinta kilos de porcelana gelatinosa y cera fundida; ochenta centímetros de sebo y músculos. Muchas veces, en las últimas semanas, Jack O'Shea no me había gustado. Pensé en ese frágil enanito en manos de los antropoides de Tauton y di por saldadas todas mis deudas.

—Tauton lo supo todo, Mitch —dijo Kathy—. Todo lo importante, por lo menos. Si Runstead no hubiese tenido un micrófono en el cuarto de Tauton, también nosotros hubiésemos ido a parar allí. Pero Matt logró llegar a tiempo a Washington y avisarme a mí y avisar al Presidente... Oh, el Presidente no es conservacionista, pero sí un buen hombre. Y aquí estamos...

El capitán nos interrumpió.

—Dentro de cinco minutos corregiremos el rumbo —nos dijo—. Será mejor que vuelvan a las hamacas. Las sacudidas no serán muy grandes, pero nunca se sabe bien...

Kathy asintió y caminamos hacia la cabina. Le saqué el cigarrillo de los labios, aspiré una bocanada y se lo devolví.

—¡Caramba, Mitch! —exclamó Kathy.

—Estoy reformado —le dije—. Este... Kathy. Otra pregunta. No es muy agradable...

Kathy suspiró.

—Lo mismo que entre tú y Hester —me dijo.

—¿Qué había entre tú y... ¿Cómo?

—Ya me has oído —me dijo Kathy—. Lo mismo que entre tú y Hester. Exacto: Jack estaba enamorado de mí. O algo parecido. Yo no —y añadió rápidamente:—. Yo estaba enamorada de ti.

—Oh —dije.

Parecía el momento indicado para volver a besarla, pero indudablemente no lo era, pues Kathy me dio un empujón. Mi cabeza golpeó contra las paredes del pasillo.

—¡Ay! —me quejé.

—Qué tonto eres a veces, Mitch —me dijo Kathy—. Jack me quería, pero yo sólo pensaba en ti. Y tú no te dabas cuenta. Lo mismo te ocurría con Hester. Pobre Hester... Comprendió, al fin, que nunca podría conquistarte. Pero, por Dios, Mitch, ¿cómo puedes ser tan ciego?

—¿Hester enamorada de mí?

—Sí, maldito seas. ¿Por qué crees que se suicidó?

Kathy golpeó el pie contra el suelo y se elevó por el aire algunos centímetros. Me froté la cabeza.

—Bueno... —dije, algo aturdido.

Sonó la señal. Faltaba un minuto.

—Las hamacas —dijo Kathy, y los ojos se le llenaron de lágrimas. La abracé.

—Esto es insoportable e indigno —dijo Kathy—. Falta un minuto y tengo que besarte y hacer las paces contigo. Esperar a que se te pase esa fiebre de las preguntas, y llevarte a mi cabina, donde hay dos hamacas, y ponernos las correas...

Me incorporé rápidamente.

—Un minuto es bastante, querida —le dije.

No tardamos tanto.

FIN

Descargado desde <http://racionalismo.org>